



MONSIEUR ANDRES TARDIEU

Que después de una crisis laboriosísima, en que han fracasado varios prohombres, ha logrado constituir el nuevo Gobierno francés. Monsieur Tardieu es un político de larga historia y un ex alumno de la Escuela Normal, que tantos hombres ilustres ha dado á Francia (Fot. Ortiz)



MI PASO POR EUROPA

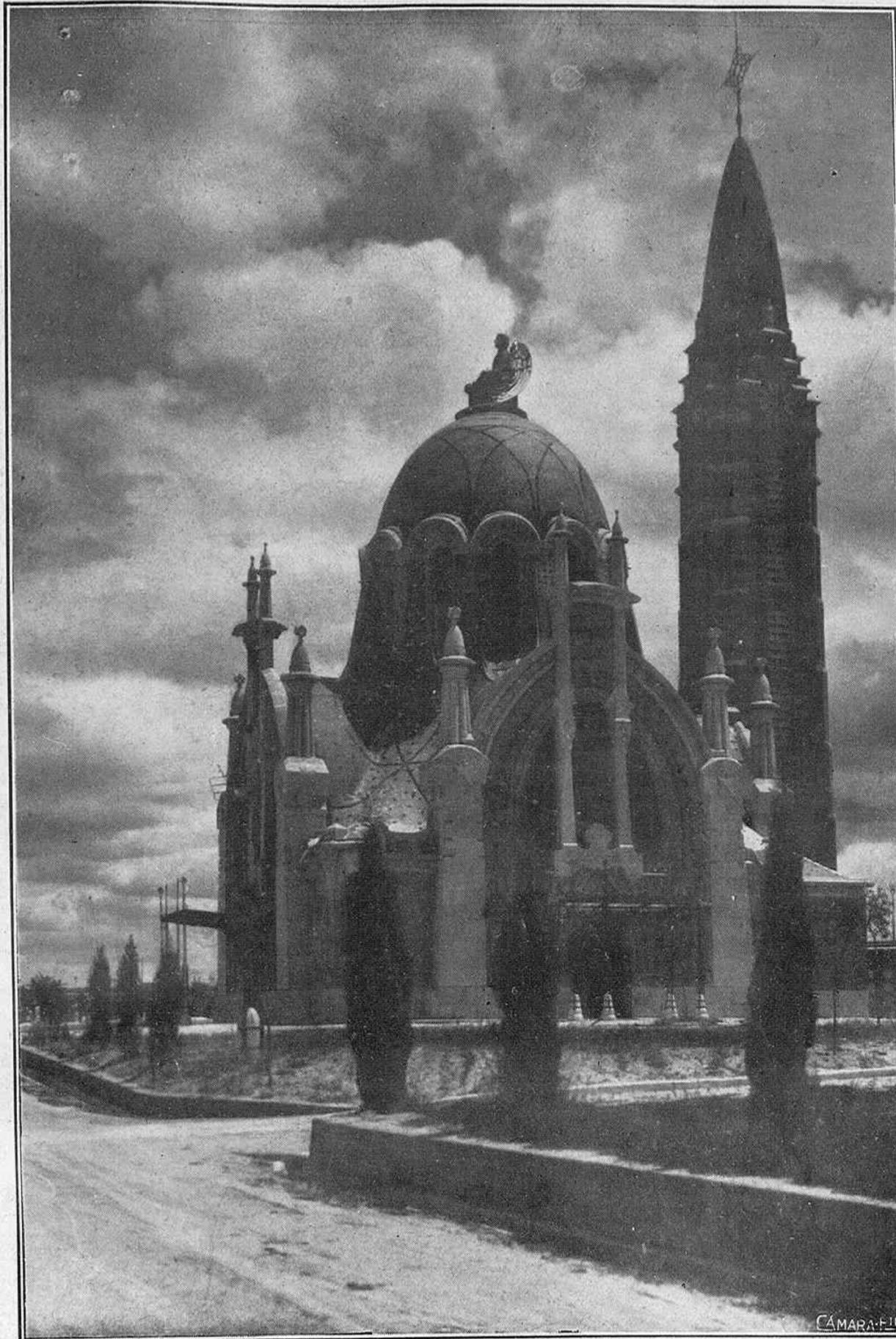
El arte y la muerte.--El encanto de algunas tumbas

Esto es verdad: sólo España deja sus camposantos abandonados á la muerte, aunque esto parezca un contrasentido. En los viejos cementerios de nuestra patria, parece ser como si el recinto que guarda el tesoro de las vidas pretéritas no significase nada para nosotros. Recorred los jardines mortuorios de Suiza, de la misma Inglaterra, con su maravilloso «Rincón de los poetas» londinense; los ensoñadores de Italia: en ellos veréis algo sagrado, artística y recordativamente. No es la idea macabra; no es el sentimiento de terror el que nos sale al paso, al recorrer sus inmensidades, los largos pasillos en los que se reposa eternamente.

Mirad ese «Panteón de Hombres Ilustres» de nuestro Madrid. Nada inspira, nada hace sentir ni palpar el corazón. Ese largo catálogo de monumentos, que más que recordación de nuestras glorias, semeja una exposición de bocetos funerarios, nada se identifica con el sentimiento.

No sentimos esa emoción dulcísima que ante la solemnidad de la muerte nos acaricia, diciéndonos: Mira: ¡Hay más allá!

En aquella cumbre del convento de Capuchinos de El Pardo, desde cuya portería se descubren esos montes diminutos de la árida Castilla y esas planicies de verdes gramales argentinos, como pampas del Cauca, en esa mansión de paz, oasis del olvido, hay un camposanto chiquito, humilde por excelencia, con la humildad de aquel



Capilla del cementerio de Nuestra Señora de la Almudena

Francisco que decía: «Hermana violeta y hermano lobo!» Sólo veréis unas cruces toscas, más que sencillas, talladas por manos que saben golpear el pecho; pues ese cementerio pobre, encalado y sin flores, aun sin ramas sarmentosas y agrestes, impone con su majestad, más que esas necrópolis suntuosas de jaspes y mármoles de alabastro y bronce.

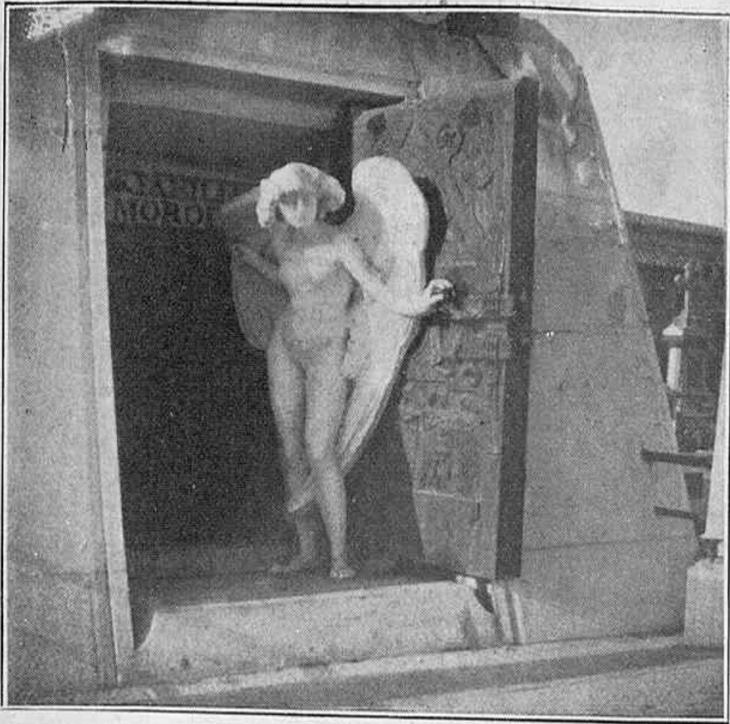
Mirad la maravilla de ese alcázar mortuorio en Génova, «la ciudad luz y encanto», como en Nápoles la oí llamar. Entrad en ese cementerio de Staglieno. Mirad unas tumbas no más. ¡Qué maravilla, qué derroche de arte, de lujo! Se

piensa ante sus filigranas, ante sus orfebres labores, ante el desborde de sus rosales y al escuchar el trino sonoro de los pajarillos, en los mausoleos romanos, en el esplendor con que la muerte soberbia se amortajaba. Allí no hay arte de sentimiento, de emotividad; sólo hay suntuosidad, maravilla, como en las ruinas de los sepulcros aztecas. Se piensa en las riquezas de Lolia Paulina, en algo soberbio que perpetuase la depravación de una Actea ó de una Octavia; en un monumento que patencie á la posteridad las tragedias infames de Dursulina y de Livia, de Mesalina y Lépida. No es esa paz, ese encanto de la tumba de Michelet en París, donde yo daba cañamones y migas de pan á los mil pajarillos que revoloteaban sobre la estatua yacente del gran historiador. No vemos ahí, en esos mármo-

les suntuosos, el sentimiento de esos sarcófagos humildes de aquel minúsculo camposanto de una aldehuera cercana á Florencia, por el cual corrían alegres y gozosas gallardas bandadas de mirlos.

Yo he sentido temor, ese temor respetuoso que intimida y sobrecoge, en aquel lugar mortuorio de Pisa, cuando en el silente caer de la tarde, al tornasolarse de amarillo y grana el espacio infinito, las losas y mausoleos parecen adquirir más solemnidad; mas no tanta como la de aquellos asilos del eterno descanso de la Cartuja de Miraflores, en Burgos, ó el de los Trapenses, en aque-

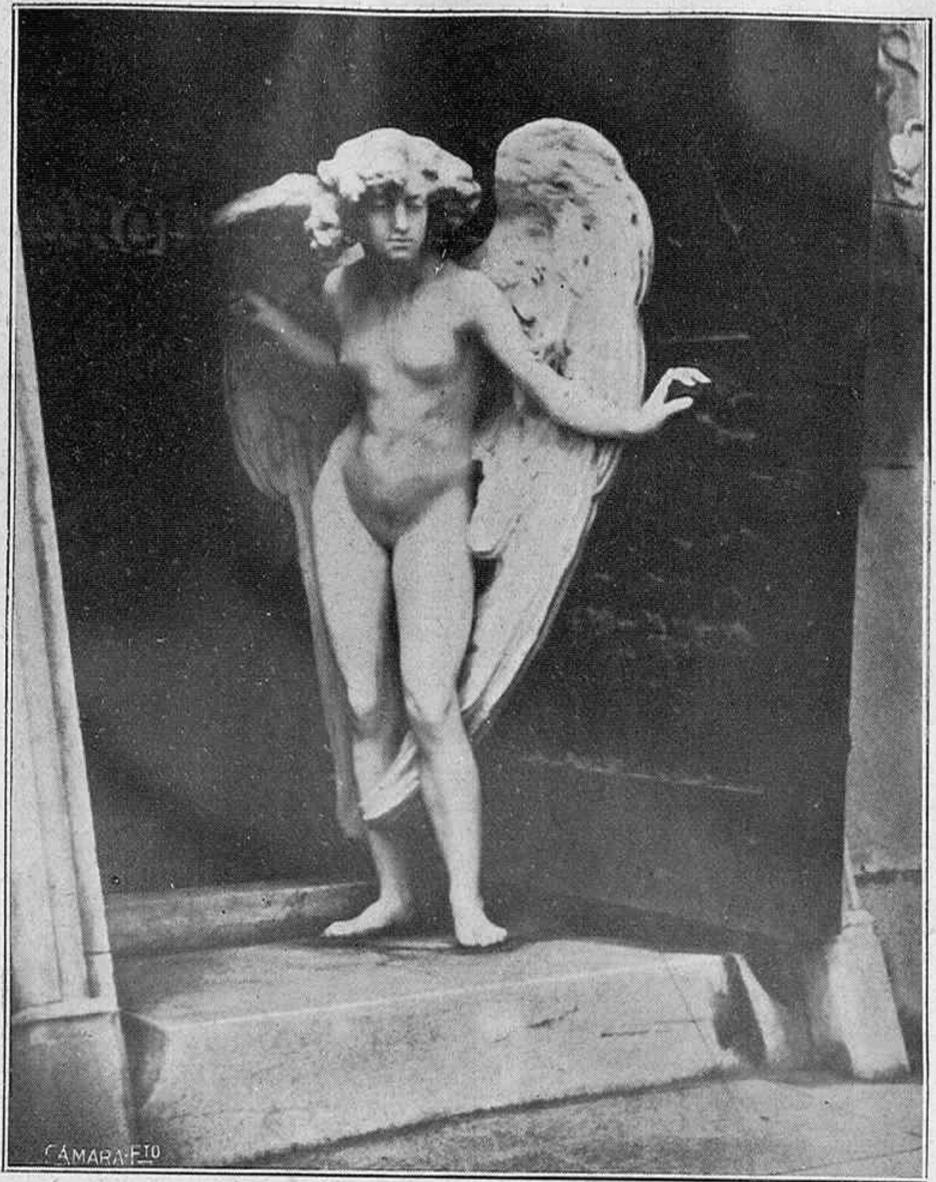
CÁMARA-FLO



Conjunto del panteón de Moroder en el cementerio de Valencia

la soledad castellana, cuando, en el callar del día, al morir el sol entre policromos celajes y recostado en la inmensidad azul, se escucha el canto de los *laudates* ó los versículos del *De profundis*, y entonces se anonada el espíritu ante el reino de lo que fué.

Esta majestad la he sentido yo en aquella altura del restaurante Righi, en Génova, mirando, en el atardecer, allá abajo, su maravilloso composanto. Y al ver nuestros oasis de la muerte descuidados y olvidados, nostálgico como Diocleciano en sus jardines de Salónica, y meditativo cual Carlos I en Yuste, he recordado esos sitios de paz, de silencio, llenos de arte, saturados de piedad. Sin blasón de riqueza; sin alarde de lujo, con una piedra á cuyo pie, de tosca cruz, una mata de pasionarias se abrazaba amorosamente. Donde se piensa en el dicho del príncipe Sakia-Muni: «La vida es fugaz, como el chispazo producido por el fro-



El precioso ángel que decora la puerta del panteón de Moroder en el cementerio de Valencia, obra del ilustre artista Mariano Benlliure

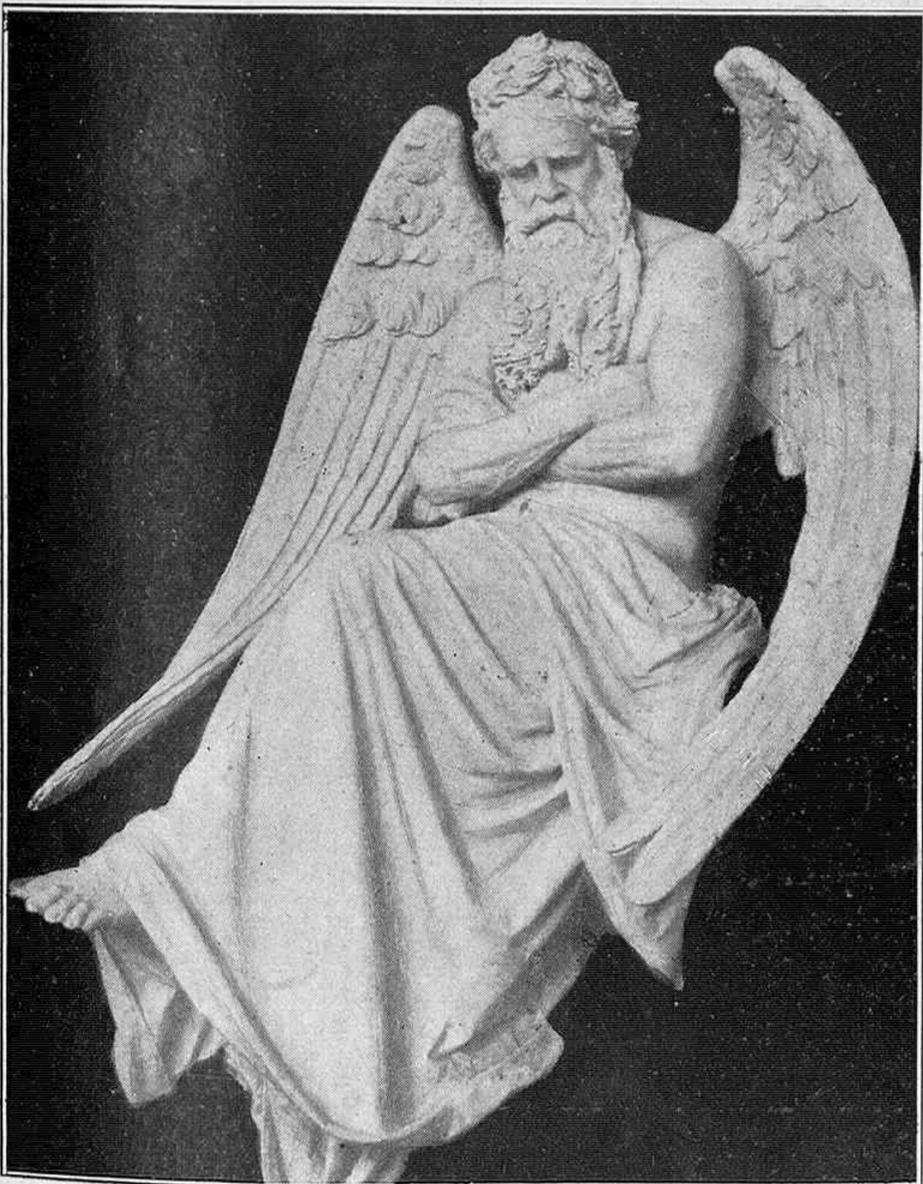
tamiento de la madera»; ó el canto del filósofo: «La felicidad es algo que huye y no deja tras de sí más que el polvo brillante que levantan sus pies.»

Por eso amo las tumbas sencillas, el lecho de tierra, no el ataúd de mármol. Porque así el hombre se anonada más ante Aquél, que aceptó una roca para su sepulcro y se iguala á la azucena del valle que se agosta en el invernadero. Por eso venero las tumbas pobres y al mismo tiempo artísticas, donde la pobreza es su guardián y su esperanza.

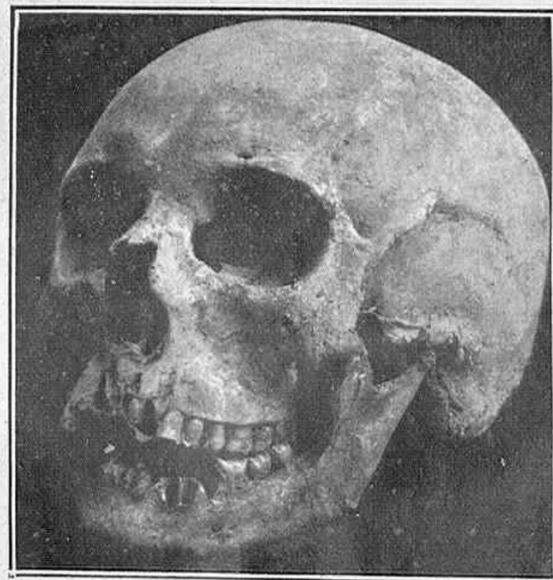
Mil veces bendita la santa humildad de la muerte, tan distante del soberbio lujo, como la lágrima del brillante, como el relámpago del Sol, cual la sencilla margarita de los campos á la enferma orquídea del saloncillo, que no tiene más que orgullo y quiere mejor ser prendida con un broche de brillantes, que agostarse humilde en la pobre fosa del desamparado.

MARIO DUPLESSIS

Noviembre de 1929.



Símbolo de serena placidez de la muerte de Riago, existente en el cementerio de Génova



Cráneo de Roger de Lauria, en el Real Monasterio de Santa Clara, de Játiva (Fots. del autor)



EN LA FIESTA DE LOS MUERTOS

Los muertos, al llegar la jornada tradicional que el otoño nos trae, ejercen sobre mi persona hechicería. Son como lámparas votivas, á modo de interrogaciones abiertas ante el tabernáculo del corazón...

Producto de mis observaciones y de mis andanzas son estas notas divulgadoras, descriptivas, compuestas con el fin de que sean gratas y sirvan de ejemplo y de enseñanza á nuestros lectores.

DON PELAYO

Don Pelayo era capitán del ejército de don Rodrigo. Cuando los árabes se hicieron dueños de la Península, los cristianos que habían sobrevivido al derrumbamiento nacional se refugiaron en las fragosidades de la cordillera pirenaica. Don Pelayo, á quien sus leales proclamaron rey, inició en Covadonga la epopeya de la Reconquista, á la que los Reyes Católicos pusieron digno remate en Granada.

La rota de Covadonga que ganó D. Pelayo en la cueva de Santa María sirvió para establecer la dominación española en Asturias, siendo, por tanto, la piedra angular sobre que descansa el edificio que, recogiendo los restos de la monarquía visigótica, dió continuidad á la historia patria.

Murió D. Pelayo en su real residencia de Cangas de Onís el año de 733. Sus restos, accediendo á su voluntad soberana, trasladados á Covadonga, descansan en un sencillo mausoleo, en el interior de la cueva de Santa María, escenario de sus hazañas.

EL DONCEL

Acompáñame, lector. Vamos á ir á Sigüenza para orar ante una tumba. Se guarda en la soberbia Catedral de traza guerrera, una de las más bellas y más antiguas de la Península, y constituye el principal ornato de la capilla de Santa Catalina y San Juan.

En esta capilla, y por privilegio especial, tienen su enterramiento los Arce. Uno de los sepulcros que se emplazaron allí es tan sugestivo, tan bello, tan ricamente delicado, tan exquisitamente maravilloso, que ha sido reputado, por críticos y viajeros, escritores y artistas, como uno de los más bellos del mundo: el de D. Martín Vázquez de Arce, conocido por *El Doncel*.

Al cobijo de un arco, caído suavemente sobre un cojín, se encuentra el caballero, irguiendo el busto para leer un libro. En el pecho, la roja cruz de Santiago; en la cabeza, un casquete, y sobre el cuerpo juvenil, la ajustada cota de mallas. Apoya los pies sobre las lanas de



Sepulcro del heroico teniente coronel D. Fernando Primo de Rivera

un perro, y surge junto á éste, con cara de melancolía, un escudero.

El artista anónimo que ejecutara esta yacija ha puesto tan sugestiva serenidad en este cuerpo sin alma, en este cadáver, del que voló el espíritu, que en todo aquel que lo contempla produce una reiterada atención admirativa, á la que contribuye su lírica epigrafía:

«Aquí yace Martín Vázquez de Arce, caballero de la Orden de Santiago, que mataron los moros socorriendo el muy Ilustre Señor Duque del Infantado, su Señor, á cierta gente de Jahén á la acequia gorda en la vega de Granada. Cobró

encajes de la más compleja vistosidad, dando vida corpórea á la imagen del cardenal.

Ha pasado el tiempo, y ni mis compañeros, que aun viven, ni yo hemos podido olvidar el poder misterioso y cautivador de este mausoleo, que contemplan desde el fondo barroco de sus cuatro altares siete imágenes quiméricas de largos pies retorcidos que brotaron, alucinadas, del pincel del Greco.

GARCILASO DE LA VEGA

El famoso «vate-príncipe» — como se le llama en la lápida colocada en su casa natalicia —; el cantor más excelso de la madre Castilla; la más gentil figura literaria que cruzó el jardín de nuestra poesía; el más apuesto de los caudillos que pusieron cerco á las murallas de la historia; el más pulido de los cortesanos que hollaron con sus plantas los reales alcázares, duerme su último sueño en una humilde yacija de la iglesia toledana de San Pedro Mártir.

La imperial ciudad fué su cuna y quiso ser su tumba. Muerto en la plenitud de sus treinta y tres años en los reales de Niza, sus soldados pusieron sus restos camino de España, por donde rodaron hasta llegar á Toledo.



Tumba de Julián Gayarre en el cementerio de El Roncal

RECUERDOS Y EVOCACIONES

en la hora su cuerpo Fernando de Arce, su padre, y sepultólo en esta capilla.

«Año 1486. Este año se tomaron la ciudad de Loja, las villas de Illora, Motril y Montefrío, por cercos en que padre é hijo se encontraron.»

El ilustre doctor César Juarros, refiriéndose á este mausoleo, ha dicho: «El Doncel del libro de la Catedral de Sigüenza justifica por sí solo, prescindiendo de los restantes tesoros de esta prodigiosa ciudad momificada, una peregrinación.»

EL CARDENAL TAVERA

Nos servía de guía Ramírez Angel (que había de morir pocos meses después, víctima de dolorosa enfermedad), y juntos visitamos el magnífico Hospital de Afuera, una de las joyas más interesantes de la imperial Toledo.

Luego de admirar cuanto de interesante encierra el edificio, penetramos en el templo, cuajado de poesía. En el crucero, bajo la cúpula clara que alumbraba el sol, el fundador del artístico recinto, eminentísimo señor cardenal Tavera, era como un símbolo de lo emocional y de lo sugerente.

Pasmo de los ojos, recreo del espíritu, compendio racial del vigor de la Raza, esta obra maestra de Alonso de Berruguete. En ella puso el artista el numen jocundo de su soberana fantasía trazando en el mármol delicados

En la iglesia antes mencionada de San Pedro Mártir, cerca de la plaza siempre callada y solitaria siempre de Santo Domingo el Anzigu, habían los Garcilaso su panteón familiar. Allí recibió sepultura el vate. Restaurado en diferentes épocas, borradas sus aristas, despojado de adornos, disfrazado con su albo vestido de alabastro, el valor histórico del mismo reside en las orantes estatuas y en la epigrafía funeraria, que dice así: «Aquí están sepultados los restos del eximio vate toledano Garcilaso de la Vega, exhumados en 1869 para ser conducidos al Panteón Nacional. El amor de la imperial ciudad, representada por su Ayuntamiento, los restituyó á este sarcófago familiar el día 17 de Agosto de 1900.»

CONCEPCIÓN ARENAL

Concepción Arenal, símbolo de todas las ternuras y de las perfecciones todas, la criatura cuya virtud y sabiduría fueron asombro de la Humanidad entera, había de nacer en España, progenitora de veintinueve naciones, y en Galicia, el rincón delicioso donde todo induce al sentimentalismo.

La dulce amiga del desvalido y del preso pasó por la vida para prodigar el bien á manos llenas. Cuando á su alrededor estuvo todo hecho, obedeciendo á los dictados de una voz interior, instrumento elegido por Dios para la realización de excepcionales empresas, corrió hasta donde yacían postrados los misericordiosos, los humildes de corazón, los que han hambre y sed de justicia, para llevarles el bálsamo de su consuelo.

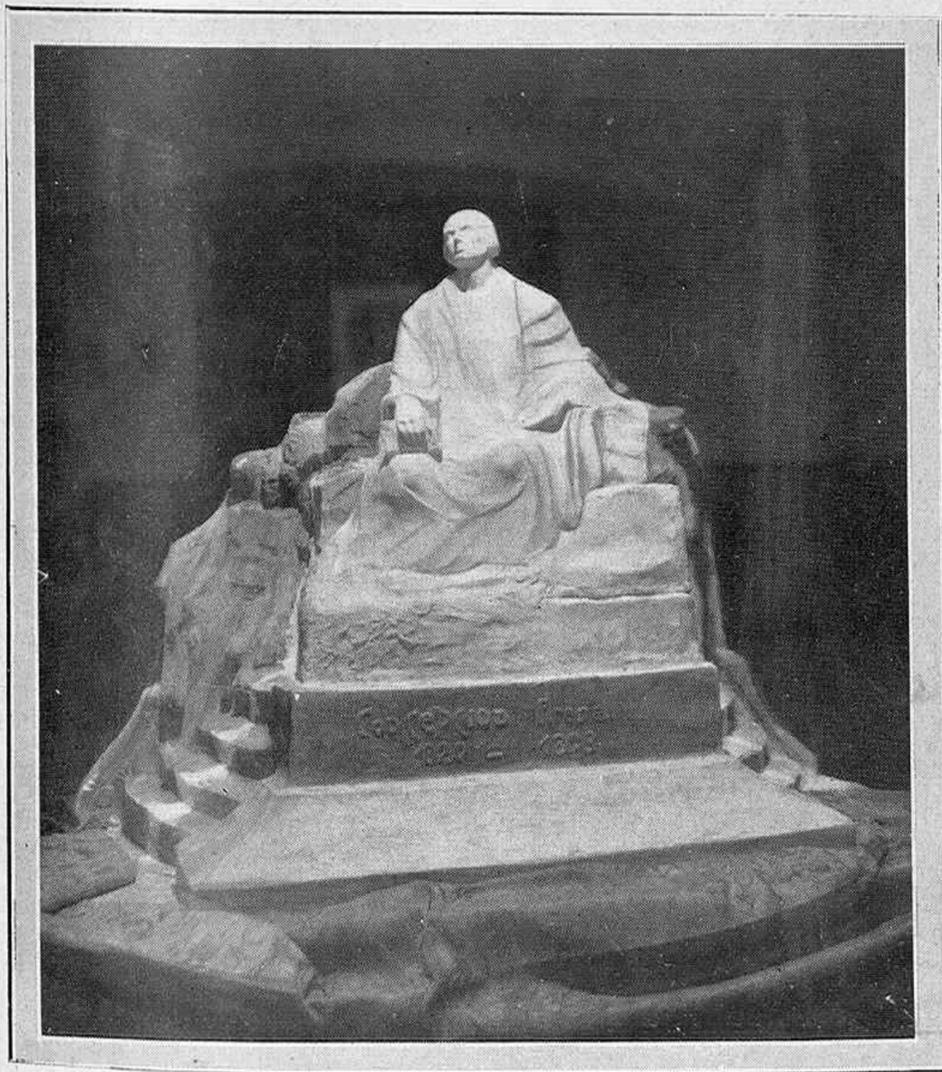
Yo he visitado á Concepción Arenal en su magnífica tumba del cementerio de Vigo. En el rincón apacible de la más hermosa de las rías gallegas, bajo el suelo bendito de la ciudad que amó tanto, descansa eternamente la que hizo de su vida un poema de misericordia y dejó entre nosotros una estela de luz.

GAYARRE

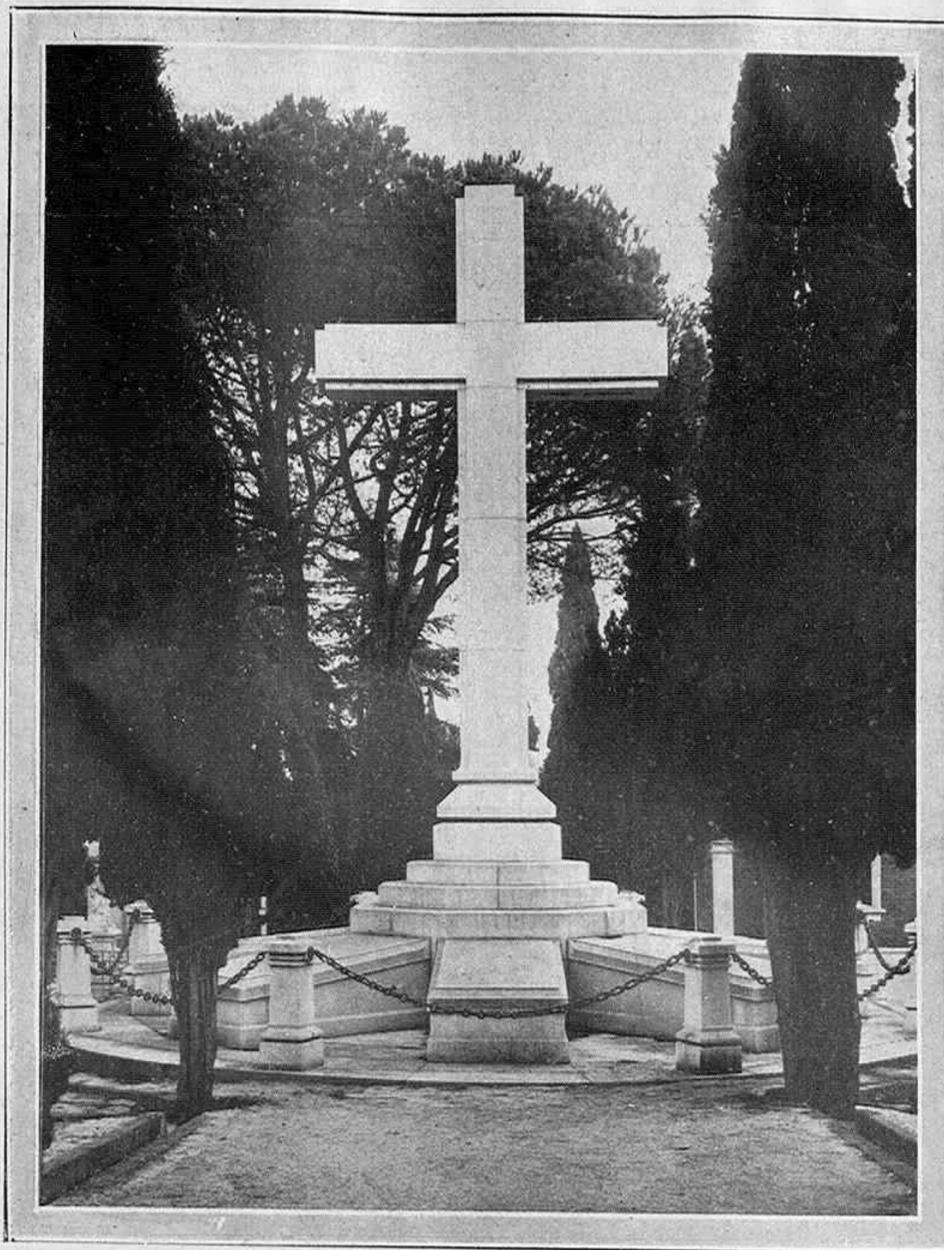
Julián Gayarre fué el ruiseñor de España, uno de los más grandes domadores del éxito en el último tercio del siglo XIX. En su garganta prodigiosa, las notas musicales eran risa de plata, trino de ave canora, canción de surtidor desgranando el rosario de sus notas sobre el tazón de la fuente encantada. ¡Y era, á veces, catarata, torrente y rugido de león! Yo sé de la hora glauca del atardecer en el humilde cementerio navarro de El Roncal, junto á la tumba del ruiseñor de España, eternamente silencioso, profundamente dormido dentro de la caja de sándalo que labró Mariano Benlliure. Unos lánguidos cipreses que inclinan sus cimbras en señal de reverencia son los únicos habitantes del lugar, tan sencillo, tan primitivo, tan silencioso y tan triste, que, aparte del valor espiritual é intrínseco de la tumba de que nos ocupamos, diríase construido para servir de motivo á aquellos desolados y amargos versos de Gustavo Adolfo Bécquer, el eterno desesperanzado:

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

Y hay quien dice que en las altas horas de la noche el alma de Gayarre sale de la tumba, y en la soledad del cementerio canta.



Monumento á Concepción Arenal



Mausoleo de D. Antonio Maura en el cementerio de San Isidro, en Madrid

FERNANDO PRIMO DE RIVERA

En el viejo y poético cementerio madrileño de San Isidro hemos saludado en su tumba al teniente coronel Primo de Rivera.

El mausoleo del jinete que en Monte Arruit escribió con sangre una de las más interesantes páginas del heroísmo español, es sencillo, sin dejar por eso de parecernos grandioso. Mariano Benlliure supo armonizar en él sabiamente el bronce y el mármol, para asegurar el culto al recuerdo de este militar inolvidable. La figura de un oficial de Caballería, la siniestra junto á la empuñadura de la espada y en la diestra el banderín de los caballeros de Alcántara que se cubrieron de gloria en Monte Arruit, hace guardia de honor al perfil del héroe que surge nervudo y vigoroso en el relieve del medallón.

Sobre la lápida que cubre la tumba, tierna y severamente, una negra cruz de jaspes abre de par en par la misericordia de sus brazos. Y en derredor del mausoleo romántico, muchas flores: rosas, claveles, geranios, pensamientos y una cortina de enredaderas que, cayendo sobre la figura del caballero y sobre el busto del caudillo, dificulta la lectura de esta viril epigrafía:

«El Arma de Caballería á su Teniente Coronel. A Ti que en nuestra gloriosa misión llegaste á la sublimidad de la abnegación y del heroísmo.»

MAURA

Psicología infinita y complicada, cerebro clarísimo, talento privilegiado, su figura, bien destacada en la España de los últimos tiempos, desnuda de viejas pasiones y de viejos heroísmos, constituye un ejemplo de firmeza, de bondad y de sabiduría que puede muy bien servir de estímulo á las futuras generaciones.

Murió casi de repente al declinar el sol en la tarde de un domingo. Caballero cristiano, aquella mañana había asistido al santo sacrificio de la misa. Luego confesó y comulgó. Sin presentir que su fin estaba cerca, D. Antonio Maura se estaba preparando á bien morir.

Le enterraron entre los extáticos y puntiagudos cipreses de la vieja sacramental de San Isidro, á ras del suelo, en un mausoleo bello y esbelto, todo lleno de proceridad. Sobre el vértice adonde convergen diversos planos de berroqueña piedra, una cruz maciza, grande, monumental, una de esas cruces que al margen de «las carreteras de polvo y de lágrimas», á la orilla de un camino, son cual jalones de fe que bañan el pensamiento con el rocío de la oración. Al pie del símbolo de la redención, estas dos frases: ANTONIO MAURA.

(Fots. Díaz Casariego)

JOSÉ RICO DE ESTASEN



NOTAS GRAFICAS DE ACTUALIDAD

LOS REYES EN SEVILLA



La Familia Real presenciando las carreras de caballos

La estancia de la Familia Real en Sevilla ha contribuido á dar al certamen hispanoamericano nueva actualidad y máximo esplendor.

La Exposición sevillana, como la Internacional de Barcelona, está actualmente en pleno apogeo, y el excelente éxito de que en algún momento dudaron los pesimistas es ya perfectamente visible.

La repercusión de ese éxito en el Extranjero ha sido ya muy grande, y lo demuestra el gran número de turistas que, no obstante todas las propagandas tendenciosas, visitan ahora ambos certámenes.

Sin duda, por eso se habla ya insistentemente de la conveniencia de que las Exposiciones continúen abier-



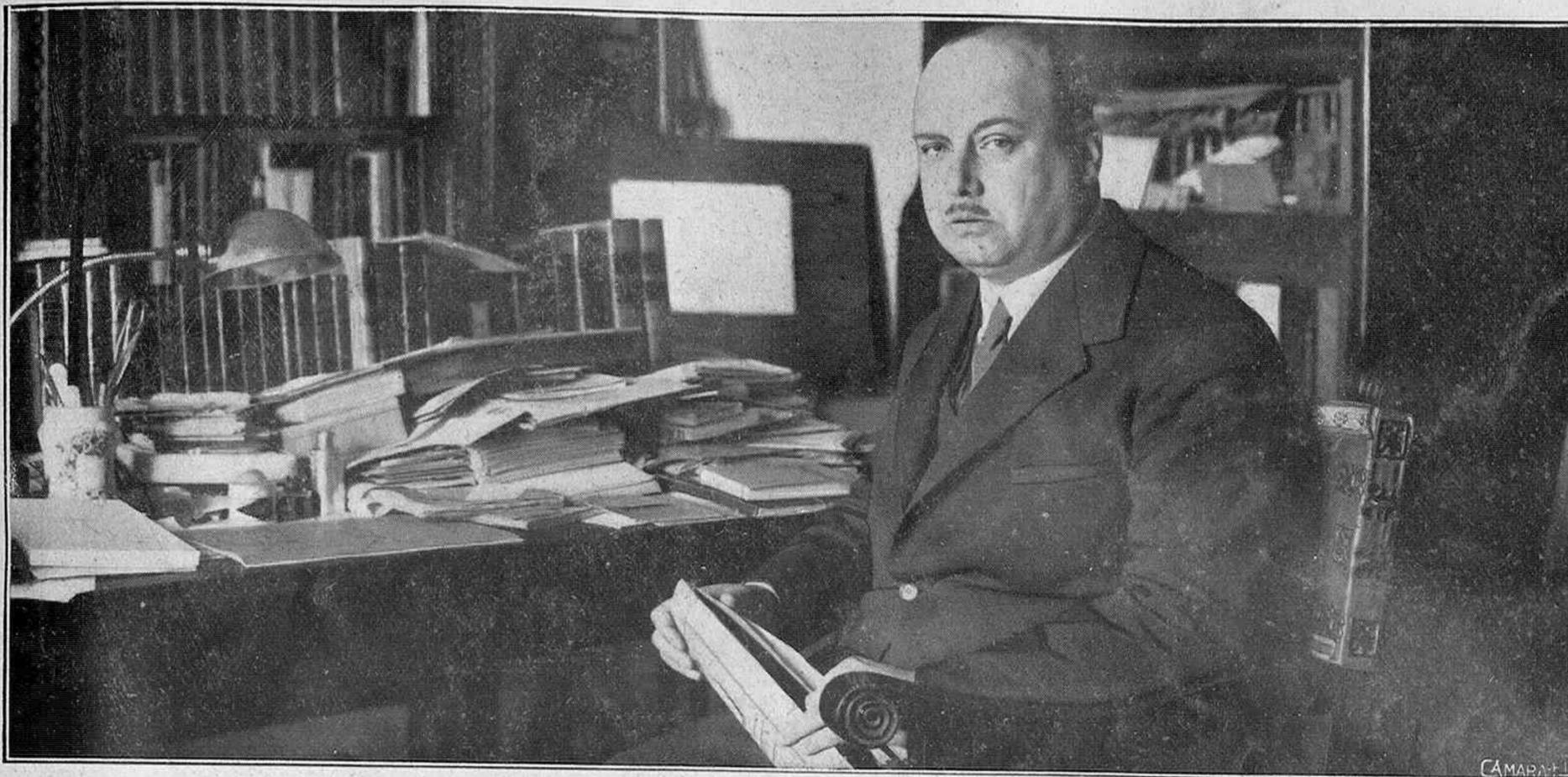
S. M. la Reina, con SS. AA. los Infantes, visitando los Pabellones

tas; y sería, á nuestro juicio, una medida muy acertada, si hubiere posibilidad de hacerlo.

En todo caso, si la prolongación no pudiese ser, sobre todo para la Exposición Internacional de Barcelona, y por su carácter, tan larga como algunos piden, siempre sería útil hacerla, aun siendo más breve de lo que sería deseable; y en cuanto á la de Sevilla, parece que la prolongación más fácil podría ser acordada como el magno certamen merece. No creemos que haya para ello dificultades insuperables, y en cambio son muchas las ventajas que de la prolongación podrían resultar. Sevilla, que en todo tiempo tiene atractivos por sí misma, tiene ahora los del clima.

ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?



ANTONIO MENDEZ CASAL

Ilustre crítico de Arte

(Fot. Cortés)

La opinión de D. Antonio Méndez Casal

CAMINANDO por las trochas y vericuetos de Andalucía, en una época en que aún no habíamos alcanzado la categoría ciudadana, tropezábamos en cualquier recodo de la carretera á un trajinante arreando á un borrico que llevaba á lomos una angarilla. Al trote de la bestezuela se oía el ruido de los apatuscos y trebejos que ésta portaba, y al saludar con parsimonia y respetuosa deferencia, como es costumbre en los despoblados andaluces entre viajeros encontradizos, sacábamos por el sonido la mercadería que portaba el asno. Y decíamos:

—Quincalla.

Muchas veces, en la ciudad, cuando nos acercamos á algunos hombres, al entablar conversación con ellos—la conversación es el medio que empleamos para juzgarnos y darnos un mutuo veredicto—al oír á nuestro interlocutor hemos repetido con desabrimiento:

—Quincalla.

Pero otras veces también, como nos ocurre ahora con Méndez Casal, el ilustre crítico de arte de *Blanco y Negro*, al oírlo hablar comprendemos que la mercadería intelectual del camarada es finísimo brocado y no feble y deleznable baratija.

Hemos hablado con Méndez Casal en el claro gabinete de su casa, donde la cuchilla de un sol otoñal nos cortaba las piernas.

LO QUE OCURRIÓ EN LA EXPOSICIÓN DE FILADELFA

—Al artista español—nos dice el ilustre crítico con palabra fervorosa—se le maltrata en nuestro país, se le desatiende y abandona y se le deja, como á los pájaros, que se busque como pueda la vida. Los directores de Bellas Artes, que debían ejercer una acción tutelar y protectora sobre los artífices, no hacen nada porque no tienen fuerza dentro del Estado para imponer su criterio ni sus ideas. Vea usted lo acaecido en la pasada Exposición de Filadelfia que pone bien

de relieve la frialdad, el abandono, y hasta podíamos decir el desprecio, que se siente por todo lo que afecta á nuestro arte. A esa Exposición fué un delegado del Gobierno, cuyo nombre no recuerdo ahora. Se concedieron premios en metálico á bastantes artistas expositores. Estos premios, pasado cierto tiempo, prescribían. Pues bien; á los premiados no se les comunicó que lo habían sido, y se enteraron cuando—Ramón Zaragoza y Ortiz Echagüe, entre otros—les devolvieron las obras y vieron en los cuadros unas placas pegadas por el Jurado.

Y se cometió también en esa Exposición el absurdo de meter y embalar, juntos, en grandes cajas, los cuadros con las estatuas. Un cuadro de Ortiz Echagüe llegó roto, hecho jirones; otro de Ramón Zaragoza vino estropeado, con manchas de una substancia corrosiva, y una escultura—creo que de Juan Cristóbal—llegó sin nariz y sin orejas. ¿No es lamentable que ocurran estas cosas?

EXPOSICIONES PERMANENTES

Porque, pese á la decadencia del arte en todo el mundo, nuestra pintura se halla actualmente en un estado de exaltado privilegio que hace que nuestro arte pueda presentarse con el decoro necesario en las Exposiciones internacionales. Pero como todas las manifestaciones de la vida tienen que descansar sobre una base económica, si el artista no gana, no puede vivir. Y hay que buscar medios de protección eficaces para ellos. Pensando en este, yo dije, no hace mucho, al conde de las Infantas que se debían hacer Exposiciones permanentes de arte en los salones de anticuarios de las capitales más importantes de Europa y América. Estos anticuarios debían estar subvencionados por el Estado español y bajo la inspección directa de la Embajada, que habría de invitar á la inauguración de las Exposiciones al cuerpo diplomático extranjero. Esto les daría prestigio y autoridad. Y no crea usted que al Estado le costaría mucho dinero esta protección al arte nacional. Yo calculo que el sacrificio pecuniario no rebasaría la cifra de 30 000 duros.

POR FASTIDIAR Á OTRO

—Yo—añade el señor Méndez Casal—no creo que deban suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. Lo que más bien creo que deban desaparecer son las medallas. Estas dan lugar á un pugilato de bajas pasiones, de choques enconados y de trapacerías lamentables. ¡Cuántas veces se da una medalla á un artista, no porque éste se la merezca, sino por fastidiar á otro!

Y dado el estado de la moral social hoy en España que lleva á las gentes á vivir de la mendicidad oficial, no es posible, por muy bien hecho que esté un reglamento, que se evite la injusticia. Porque no está el daño en la ley escrita, sino en los hombres que han de interpretarla.

EL ARTE APLICADO

—¿Su opinión acerca de las Escuelas de Artes y Oficios?

—Creo—nos dice Méndez Casal—que están hoy mejor que antes, y que su profesorado es más selecto. Ahora, lo que yo opino que es un poco atrabiliario es que se le dé una cátedra de indumentaria femenina, cerrajería, carpintería artística, etc., á un artista porque éste haya ganado una primera medalla en pintura. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

Hoy debemos ser muy exigentes en este terreno, porque el público tiene actualmente una marcada predilección por el arte aplicado. Lo prefieren al arte puro. Recientemente, el artista de cueros repujados señor Lapallete exhibió en la Sociedad de Amigos del Arte una colección de cueros y los vendió todos, sin que le regatearan el precio que marcó. Y hace pocos días el forjador D. Pablo Remacha también tuvo un éxito de venta con sus hierros artísticos.

Las Escuelas de Artes y Oficios han de ser las fuentes docentes adonde han de acudir los que se dedican á estos trabajos. Y cada día debe ser mayor la aplicación y el esfuerzo inteligente de los artífices que quieran conquistar una reputación en este arte, porque ya no se conforman con esos remedos de obras que son la mixtificación y reproducción de tipos antiguos.

JULIO ROMANO



CAMARATA



El Presidente de los Estados Unidos, con Edison, su colaborador Mr. Yehl y Ford, ante uno de los aparatos con que fué inventada la lámpara incandescente

(Fot. Vidal)

El cincuentenario de la lámpara incandescente

EL cincuentenario de la lámpara incandescente, celebrado el día 10 de Octubre, ha puesto una vez más en la esfera culminante de la actualidad al inventor de esa como de otras muchas aplicaciones de la electricidad, Tomás Alva Edison, y ha hecho que el Presidente actual de los Estados Unidos visite al sabio en su laboratorio de Greenfield Park, cerca de Dearborn.

La lámpara incandescente, que nos parece hoy, por corriente y usual, vulgarísima, fué hace cincuenta años un descubrimiento prodigioso que revolucionó en breve tiempo la economía social, y tuvo, además, enorme eficacia higiénica, conservadora de la vista, para los que se veían obligados á trabajar de noche.

La primitiva aplicación de la electricidad para producir luz fué, efectivamente, el arco voltaico;

pero, aparte su falta de perfección en los primeros momentos, que determinaba una gran irregularidad, tenía el inconveniente gravísimo de que apenas si era aplicable, por no decir que era inaplicable absolutamente en la vida moderna.

Fué entonces cuando Tomás Edison tuvo la feliz idea de utilizar como foco luminoso un alambre mantenido incandescente en el vacío.

Aun se conserva en el laboratorio de Greenfield Park el aparato con que Edison, ayudado por su colaborador Francisco Yehl, hizo el vacío para sus primeras experiencias demostrativas de la exactitud de su invento.

Huelga hablar de la fecundidad de él. En poquísimos tiempo y en todas partes, los viejos sistemas de iluminación cedieron rapidísimamente el campo á las lámparas de incandescencia, que permitían, utilizadas en grandes espacios y en

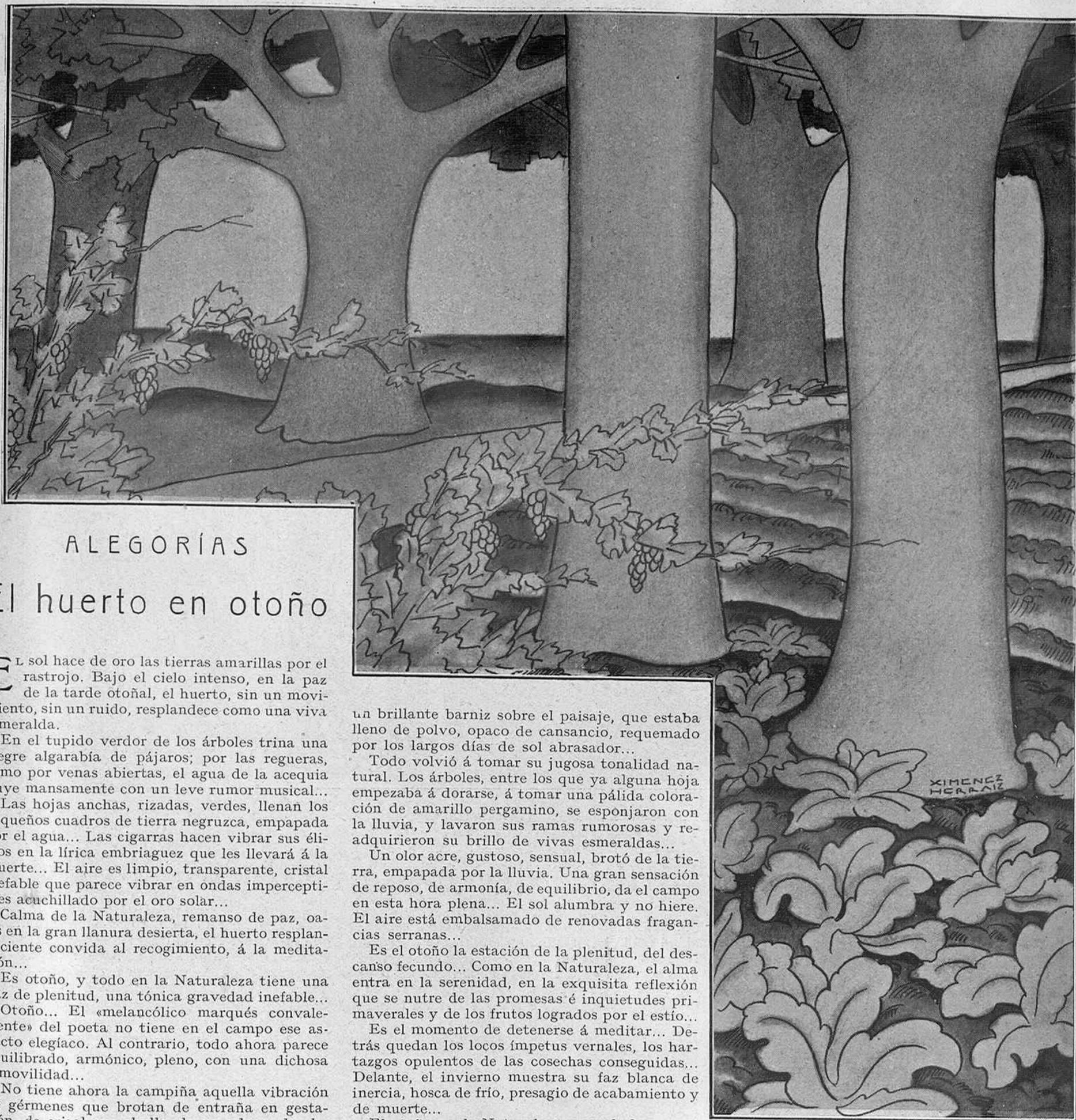
lugares elegantes, las más bellas fantasías, y a mismo tiempo redimían á los más humildes de la esclavitud á que, aminorando su labor y acrecentando su esfuerzo, les tenían sometidos las lamparillas, y todavía en España, en muchos lugares, el candil ó el velón, que hoy nos parece tan arcaico; la vela de diferentes substancias, los quinqués de petróleo y, aun en los casos más favorables, los mecheros de gas.

Una estadística hecha poco después en Bélgica demostró que el uso de las lámparas incandescentes había hecho disminuir enormemente la miopía en los escolares, y demostraciones análogas confirmaron el hecho en otros países.

Ahora, á los cincuenta años de haber sido lanzado el invento, la lámpara incandescente se ha introducido casi en todas partes, y sin ella apenas nos parece concebible la vida moderna.

Revoluciones edisonianas

CÁMARA-FIU



ALEGORÍAS

El huerto en otoño

El sol hace de oro las tierras amarillas por el rastrojo. Bajo el cielo intenso, en la paz de la tarde otoñal, el huerto, sin un movimiento, sin un ruido, resplandece como una viva esmeralda.

En el tupido verdor de los árboles trina una alegre algarabía de pájaros; por las regueras, como por venas abiertas, el agua de la acequia fluye mansamente con un leve rumor musical...

Las hojas anchas, rizadas, verdes, llenan los pequeños cuadros de tierra negruzca, empapada por el agua... Las cigarras hacen vibrar sus élitros en la lírica embriaguez que les llevará a la muerte... El aire es limpio, transparente, cristal inefable que parece vibrar en ondas imperceptibles acuchillado por el oro solar...

Calma de la Naturaleza, remanso de paz, oasis en la gran llanura desierta, el huerto resplandeciente convida al recogimiento, á la meditación...

Es otoño, y todo en la Naturaleza tiene una paz de plenitud, una tónica gravedad inefable...

Otoño... El «melancólico marqués convaleciente» del poeta no tiene en el campo ese aspecto elegiaco. Al contrario, todo ahora parece equilibrado, armónico, pleno, con una dichosa inmovilidad...

No tiene ahora la campiña aquella vibración de gérmenes que brotan de entraña en gestación, de crisol que ebulle, de gozo loco, de alegría dionisiaca que la primavera le dió... En Mayo la Naturaleza parece reír, con la risa insultantemente dichosa de lo demasiado joven, de lo demasiado fuerte...

El verano hizo de la promesa logro, y tiene la abrumadora pesadez de todo lo cumplido... La tierra se colmó de rubias mieses que formaron mares de oro... El afán agrario llenó la campiña de hombres atareados y sudorosos que cogían la cosecha ópima... Trajín de carretas á lo largo de los caminos polvorientos; somnolientos cantares de trilla, siestas pesadas, hirvientes, excusivas... La tierra, como una madre cansada, se dormía bajo el bárbaro sol agosteño... Su misión cumplida, parecía reposar... De sus entrañas, el hombre recogía el fruto, y había una laxitud, un hastío de cosa superada en todo...

Pero ya las primeras brisas serranas trajeron las primeras lluvias, y el agua del cielo fué como

un brillante barniz sobre el paisaje, que estaba lleno de polvo, opaco de cansancio, requemado por los largos días de sol abrasador...

Todo volvió á tomar su jugosa tonalidad natural. Los árboles, entre los que ya alguna hoja empezaba á dorarse, á tomar una pálida coloración de amarillo pergamino, se esponjaron con la lluvia, y lavaron sus ramas rumorosas y adquirieron su brillo de vivas esmeraldas...

Un olor acre, gustoso, sensual, brotó de la tierra, empapada por la lluvia. Una gran sensación de reposo, de armonía, de equilibrio, da el campo en esta hora plena... El sol alumbró y no hiere. El aire está embalsamado de renovadas fragancias serranas...

Es el otoño la estación de la plenitud, del descanso fecundo... Como en la Naturaleza, el alma entra en la serenidad, en la exquisita reflexión que se nutre de las promesas é inquietudes primaverales y de los frutos logrados por el estío...

Es el momento de detenerse á meditar... Detrás quedan los locos ímpetus vernaes, los hartazgos opulentos de las cosechas conseguidas... Delante, el invierno muestra su faz blanca de inercia, hosca de frío, presagio de acabamiento y de muerte...

El otoño, en la Naturaleza y en el alma, es el fiel de la balanza... Aun no se marchitaron todas las hojas, galas de la ilusión, alegres, musicales... Todavía quedan entre los surcos reliquias de la gran cosecha que colmó todos los apetitos... Todavía han de pasar muchos crepúsculos antes que todas las flores se marchiten, antes que la nieve lo cubra todo con su manto; antes de que el frío, negación de la vida, nos acobarde primero, nos aniquile después...

Es el momento de detenerse y el momento de meditar. Serenidad en el cielo azul y en el corazón que aun ama la existencia...

Revisemos el granero; que la cosecha lograda esté en él bien dispuesta, bien segura para los meses crueles que acechan en el porvenir; y junto á los costales llenos hasta crujir de trigo, que no se olvide guardar el esqueje de rosas, las semillas de malvas reales, que todavía podrán ser gala del huerto en la primavera futura...

Pan para el invierno próximo; seguridad de flores para el Mayo por venir...

Serenidad, suave alegría, dulce mirada, como de despedida, sin rencor á todo...

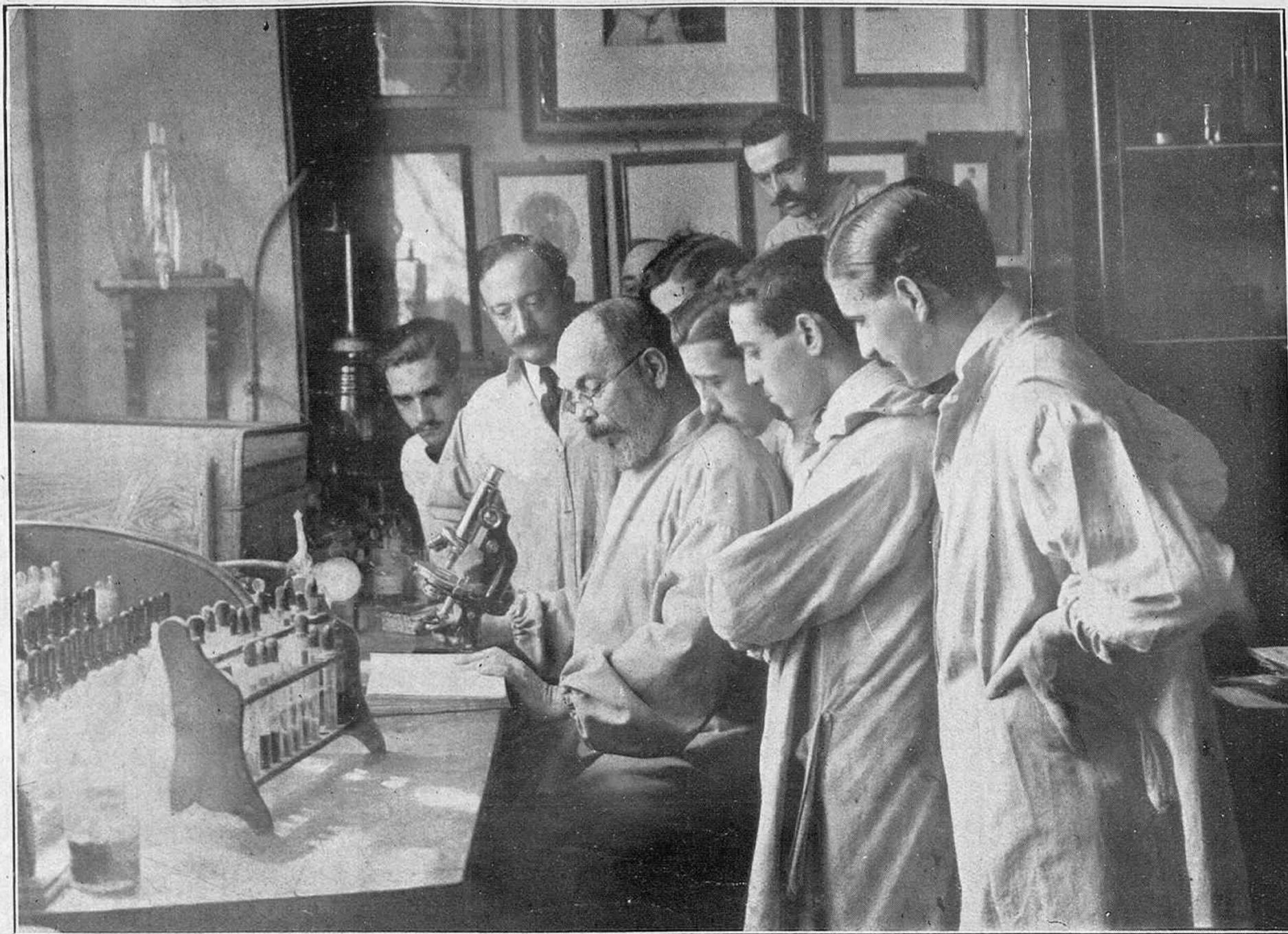
Otoño, fiel de la balanza, equilibrio, armonía, balance sentimental.

Hagámoslo sin tristeza, sin melancolía. Otoño es el principio del fin, y por su pendiente hemos de empezar á deslizarnos sin dolor... Que para alegrar el tránsito, para hacer aún alegre é ilusionado el descenso, otoño cuida de que su sol bueno, que alumbró y no quemó, vaya madurando en las parras los dorados racimos, las cápsulas gemelas que encierran el zumo de la buena locura, de la buena ilusión, sin la que todo es nada en nuestra vida...

ALVARO REAL

(Dibujo de Ximénez Herráiz)





El doctor Maestre explicando una lección de micrografía aplicada

Otra injusticia legal

La última lección del doctor Maestre

La última lección del doctor Maestre! El viejo maestro no se resigna, y hace perfectamente, á enmudecer, porque la ley imponga á los catedráticos la jubilación á los setenta y dos años. Seguirá hablando, y donde haya una disertación ó una charla, habrá, digan lo que quieran los legisladores, una lección.

Pongamos, pues, última lección oficial del doctor Maestre, y estaremos más en lo justo. Así, además, nos plantaremos otra vez el eterno problema de las jubilaciones intempestivas: una vez más, efectivamente, se jubila á un maestro cuando aun podían ser muy provechosas sus enseñanzas.

Es el inconveniente de pensar que la igualdad es cosa absoluta, y de creer que todos los hombres tienen los mismos setenta y dos años cuando se cumple el 72 aniversario de su nacimiento. Esa edad podrá ser lo que podríamos llamar «edad administrativa»; pero hace muchos años se descubrió ya que «cada hombre tiene la edad de sus arterias», y después cayeron los psicólogos en la cuenta de que aun había otra edad distinta, de las anteriores, y que sería la única atendible, si procediéramos lógicamente, para esos asuntos de maestros y alumnos: la edad mental.

En el caso del doctor Maestre, el daño es más absurdo aún, y tiene aspecto paradójico: el doctor Maestre y sus discípulos, por haberlo aprendido de él, han hablado reiteradamente, informando como peritos ante los tribunales, de la edad mental de los procesados: lógicamente, cuando se trataba de condenar á muerte oficial

al catedrático de San Carlos, una justa reciprocidad debió hacer que algún perito dictaminase sobre la capacidad mental del doctor Maestre; y es seguro que el informe hubiera demostrado que Maestre no está aún «mandado retirar», aunque la legislación vigente, tantas veces reconocida injusta, le obligue á retirarse.

Es lógico, y el propio doctor Maestre lo afirmaba rotunda y prácticamente, con ejemplos nominales en su seudolección final, que el Estado, la Sociedad, utilice en su óptima sazón las energías intelectuales de los jóvenes; pero sería necesario buscar el modo de conseguir que esa utilización no fuese incompatible con el adecuado empleo de las energías que aun perduran en los viejos, y están en ellos avaloradas por la experiencia.

El doctor Maestre es un caso típico en cuanto á posibilidad de esa colaboración: sus discípulos han trabajado siempre con él en una colaboración íntima y cordial; lejos de sentir, como algunos maestros del antiguo régimen, celos profesionales por la obra de los que fueron sus alumnos, ha tenido siempre para ella calor paternal, idéntico, por lo menos, al sentido por la obra propia. Lejos de alejar de sí á los que, según el dicho vulgar, podían «hacerle sombra», los ha tenido siempre lo más próximos posible, y ha procurado que la obra de ellos destaque junto á la suya, en plena luz.

Lecha-Marzo, Piga, Salvador Pascual, son tres ejemplos suficientemente demostrativos: seguramente que ninguno de ellos sentía impacien-

cia por suceder al maestro en la cátedra... El doctor Maestre, en el discurso epílogo de su labor en la cátedra oficial, se lamentaba, nostálgico y paternal, de que, por necesidades económicas, hubiesen tenido que abandonar el laboratorio algunos de sus auxiliares: mezclar la economía con el escalafón, obligando á que desaparecieran unos para que asciendan otros, es aceptar como inevitable una concepción híbrida que, por serlo, no puede tener fecundidad.

Si el doctor Maestre y sus discípulos hubiesen podido elegir, seguramente hubieran preferido seguir conviviendo en dulce y cordial colaboración científica; pero, naturalmente!, todos necesitaban resolver su problema económico personal: bastante han hecho algunos pidiendo la excedencia de cátedras muy bien ganadas para seguir trabajando al lado del maestro. Si el Estado fuese lógico y comprendiera sus intereses, hubiese pagado á todos lo suficiente para que la convivencia deseada como ideal hubiera podido convertirse en efectiva.

Con ello se hubiera perdido mucho menos—un puñado de pesetas, gota de agua en la inmensidad oceánica del presupuesto—que perdiendo las lecciones del doctor Maestre, porque el doctor Maestre tiene aún los bríos juveniles, los entusiasmos científicos y la agilidad juvenil de hace treinta ó cuarenta años. No escribe ya dramas, como entonces, porque encontró definitivamente su vía en los dramas reales de la vida; pero en lo demás su mente actúa hoy tan fresca y tan lozana como al escribir *Los degenerados*,

drama en que llevó á la escena uno de los problemas que habían de acuciarle constantemente durante su vida científica.

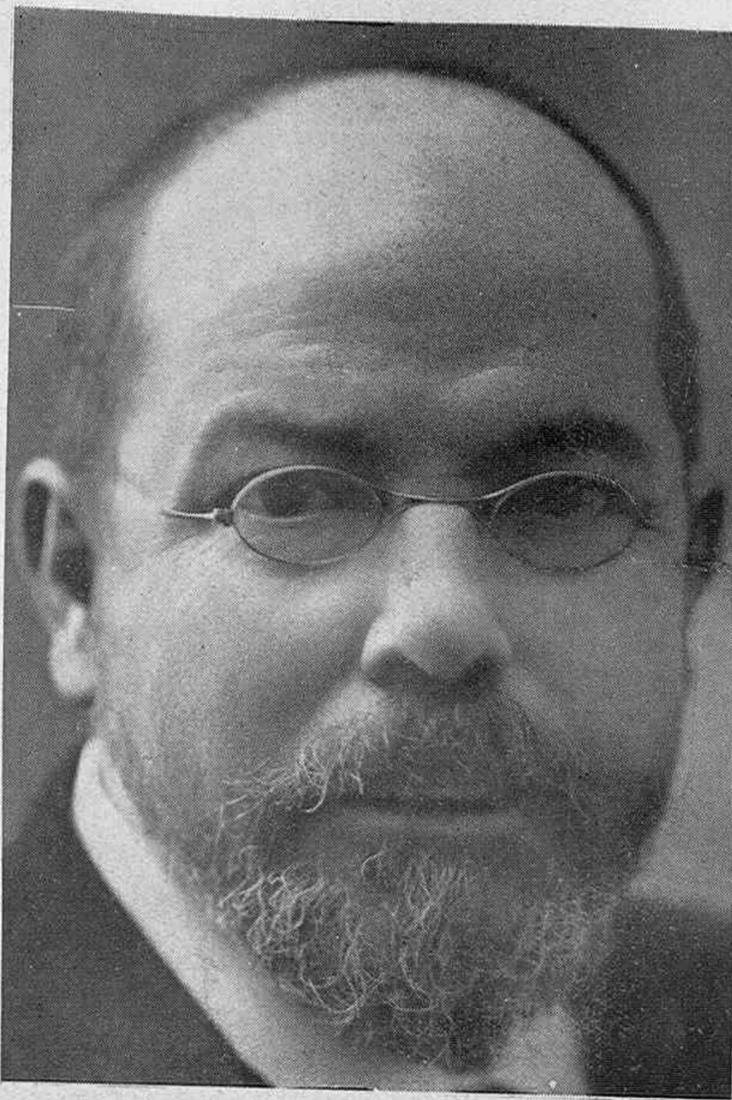
De aquellos escarceos literarios quedó al sabio el estilo, el instrumento de trabajo que había de permitirle hacer en los problemas medicolegales peritajes claros, luminosos y con la intensidad dramática indispensable para llegar al ánimo de los juzgadores por los dos caminos reales: la emoción y el razonamiento.

Uno de los primeros éxitos forenses, ruidoso en su época é inolvidable luego, fué el famoso crimen de Mazarete, la primera manifestación en España de los métodos de policía científica que salvaron de la terrible pena á tres inocentes injustamente acusados y agobiados por pruebas falaces.

Maestre tiene en grado acentuadísimo la perspicacia analítica de los grandes detectives, no sólo de la realidad, sino de la literatura policíaca; de haber seguido en el campo literario y haber tenido menos corazón, hubiera podido ser algo más que un émulo de Conan Doyle.

Prefirió quedar en su laboratorio. Sin duda por ser más cordial que el novelista famoso inglés, le gustó salvar inocentes en la vida real y no en el capítulo final de una novela, y en crímenes famosos como aquel «de la calle Mayor», en que una pareja de idiotas cometió un asesinato é intentó otro, pudo no ser entendido por juzgadores demasiado imbuidos de viejas ideas; pero demostró con toda claridad que los delincuentes eran irresponsables, cosa que no equivale, sino todo lo contrario, á decir que no eran reclusibles.

Apenas si hay proceso célebre durante los últimos años con problema medicole-



EL DOCTOR MAESTRE
Recientemente jubilado

gal en que no haya intervenido el doctor Maestre, y siempre llevó á ellos un convencimiento científico que era la confirmación de aquel espíritu de amplia generosidad con que escribió *Los degenerados*.

Con doble personalidad bien acusada no fué sólo un psiquiatra ni un psicólogo, sino además un micrógrafo y un microquímico.

Aún recordaba en su lección final, mostrándolos de nuevo, con juvenil frescura, sus trabajos interesantísimos sobre los glóbulos rojos, sobre las manchas de otros productos orgánicos, sobre las huellas dactilares invisibles..., y á todo y en todo momento aplicó por igual su espíritu analítico, su penetración agudísima, su clarividencia exquisita.

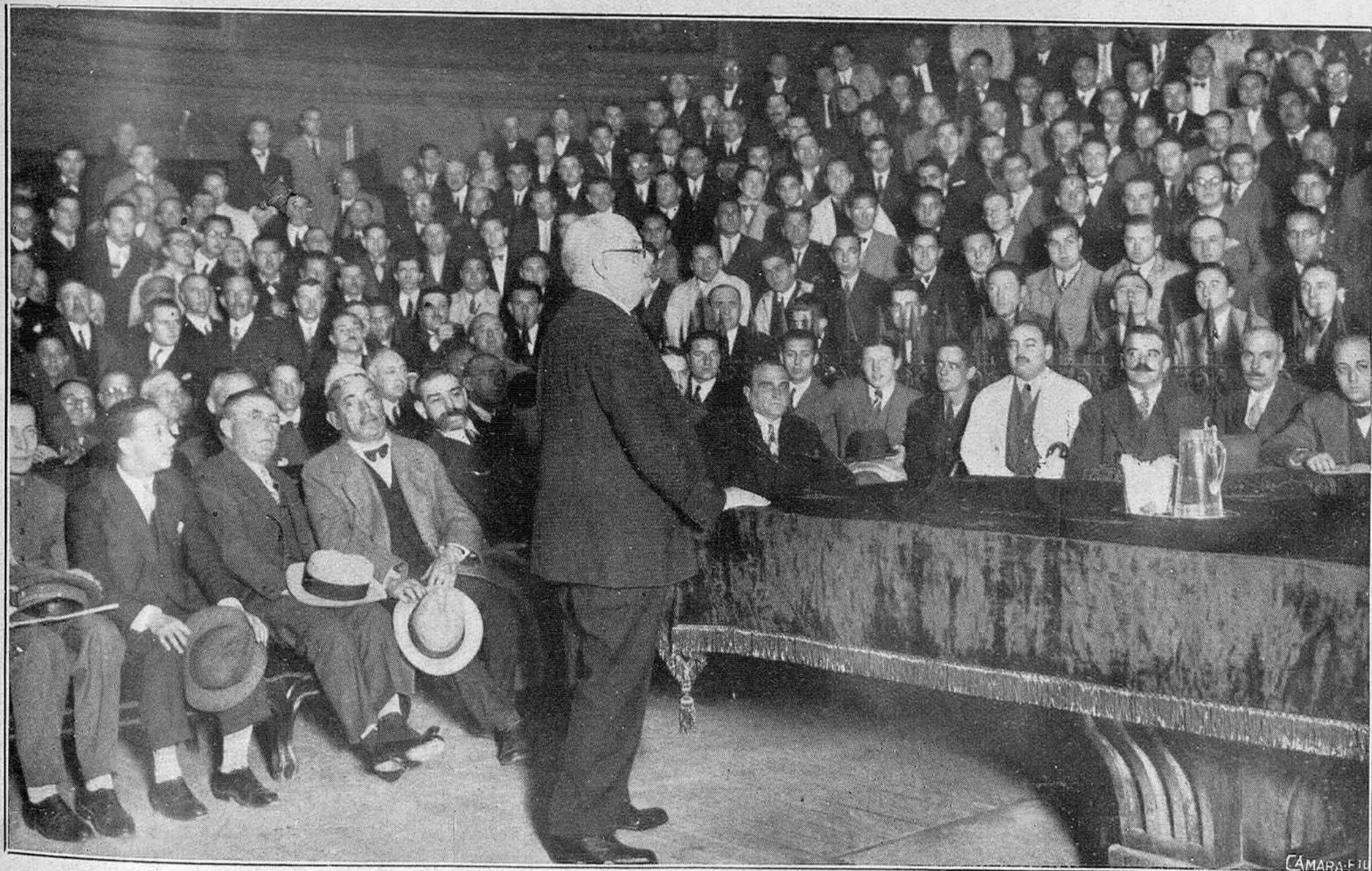
Ahora, sin cátedra ya, el doctor Maestre seguirá informando en la Real Academia de Medicina, y seguirá informando ante los Tribunales de Justicia. Si la ocasión surge, podrá de nuevo salvar de la horca á los injustamente condenados á ella; pero no podrá enseñar, no podrá seguir creando generaciones nuevas de médicos forenses. Toda la experiencia adquirida en tantos años de labor asidua queda esterilizada para la enseñanza, porque así lo quiere una ley que apenas es aplicada una vez sin que sea justamente combatida.

Los legisladores no se han enterado aún de que la igualdad de las apariencias no es la igualdad de las realidades.

Lástima que no hayan leído y meditado aquellos versos famosos que dicen:

«Para él la simetría es la belleza,
aunque corte á las cosas la cabeza.»

A. M.



El doctor Maestre explicando su última lección oficial en el anfiteatro de San Carlos

FRASQUITA

LA ANTIGUA CRIADA.

POR HUGO MORENO
ILUSTRACIONES DE ARISTO-TÉLLEZ



CUENTOS DE «LA ESFERA»

AL cabo de los diez años, he vuelto de nuevo á mi tierra en este mes de Agosto. Llevo aquí una semana, y todavía no he tenido tiempo de visitar á mi tía Braulia, y era éste uno de los encargos especiales de mi madre: «Niño, que no dejes de ver á tía Braulia, y de darle, en nombre mío, un abrazo á Frasquita; ya sabes lo que nos quería la pobre.» Pero los

amigos no me dejan á sol ni á sombra; me llevan y me traen, y, en el deseo que tienen de que vea la maravillosa transformación que se ha hecho en la ciudad, me obsequian con paseos, jiras y excursiones, que duran casi todo el día y parte de la noche. Esta tarde me han llevado al asilo de las «Hermanitas de los Pobres», fundación de los señores de Castro, gente que nada

en oro. Uno de mis amigos es pariente de la superiora y bienhechor además del asilo. El edificio está enclavado á unos dos kilómetros de la ciudad, en medio de una extensa huerta, donde junto con el naranjo, el peral y el ciruelo, lucen su gallardía y hermosura la palmera y el roble, el álamo y el castaño, el abeto y el lauro real. A la entrada de la portería hay una parra abundan-



tísima, exuberante y rica en racimos de uva negra, del tamaño de nueces, donde clavan el guisqué las avispas. Debajo de este parral nos hemos sentado. Han salido á saludarnos casi todas las religiosas. ¡Cómo se refleja en sus rostros la alegría con que se entregan á los trabajos de esta vida de sacrificio! Son regocijadas, afables, complacientes, sencillas, comunicativas. La que habla conmigo—una andaluza graciosísima—me informa de todo: no hace un año que se ha inaugurado la casa y ya tienen cerca de doscientos asilados. Los fundadores han hecho donación de la huerta; han levantado la fábrica y costean cincuenta plazas... Lo demás se debe á las almas caritativas y buenas. Abundan los bienhechores, si cabe, más entre la gente humilde que mira con simpatía la institución. En el mercado no hay vendedor que no las socorra diariamente si no en metálico, en especie. Lluven las recomendaciones hasta del señor obispo y otros personajes; pero es imposible admitir más. Todo se hace por turno riguroso. Los asilados son viejos y viejas. Viven separados en distintos pabellones. No se reúnen más que en la iglesia, y, así y todo, los viejos ocupan la nave principal y las viejas el coro bajo. Es necesario—insinúa la religiosa que me habla—tener gran vigilancia y cuidado; porque, á pesar de los años, el hombre es siempre fuego, y la mujer, estopa.

Y estalla en una franca y ruidosa carcajada.

Nos han agasajado con dulces, vino de misa y refrescos de limón y naranja. La superiora nos ha invitado después á recorrer el asilo. Hemos pasado por el patio central, cuya techumbre es una enredadera de campanillas azules y blancas. A un lado del patio se halla el pabellón de los hombres, y á otro el de las mujeres. Todo respira limpieza, pulcritud, esmero. La mano de la mujer ha pasado sembrando alegría por todos los aposentos. Se nota esto en el más insignificante pormenor... Hasta en los comedores hay macetas de albahaca y jarros con rosas y claveles... Bien es verdad que el patio es un jardín, y allí se cultivan mil distintas flores que quieren competir en olor con el jazmín, el algalia y el don diego de noche. Todo el asilo trasmina á gloria.

Yendo por la galería del pabellón de mujeres,

... una vieja se me ha echado al cuello y me ha mojado la cara de saliva y de lágrimas

amplia y llena de luz como la de los hombres, una vieja se me ha echado al cuello y me ha mojado la cara de saliva y de lágrimas.

—¡Señorito, señorito! ¿No me conoce usted?... ¡Soy yo, Frasquita, la criada de su tía Braulia! ¡Qué alegría tan grande de ver al señorito!...

La he reconocido por el metal de la voz, porque no parece ni su sombra. Es un manojito de huesos liado en una piel...

—Estoy bien, señorito; ¡pero me falta el calor de los míos!...

Tía Braulia, viuda, joven y rica, prima hermana de mi madre, tenía á Frasquita en su servicio más de treinta años. Ella era los pies y las manos de la casa. Rondando la vejez cuando la conocí, ¡bien comía el pan con el sudor de su frente! Barría, limpiaba, zurcía, cocinaba. Es de advertir que Frasquita no cobraba salario; se daba por contenta con el vestido y la comida. Huérfana desde niña, sin deudos ni parientes, sus únicos amores eran mi tía y la casa.

Tía Braulia apenas podía ocuparse de nada. Andaba siempre de prisa y corriendo, consagrada en cuerpo y alma al apostolado, á la acción social católica, á la regeneración de los humildes. Era, además, presidenta, secretaria, tesorera de varias asociaciones y archicofradías. Cuando mi madre y yo íbamos á su casa, Frasquita, la persona de su confianza, nos hacía la visita y compartía con nosotros; por esto llegamos á co-

brarnos un mutuo cariño. «Dale un abrazo en mi nombre á Frasquita»—me dijo mi madre.

No entiendo cómo esta mujer haya venido á parar aquí... Muy atendida, muy considerada; pero le falta el calor de los suyos... Los suyos son mi tía Braulia y la casa donde se dejó la sangre y media vida. ¿Por qué tía Braulia la ha traído al asilo? Las religiosas me lo han explicado.

•••••

Frasquita era un trasto inútil; no servía ni para atender á la puerta. ¿Cómo tenerla en la casa? Para eso son los asilos. Tía Braulia no se decidía; pero sus amigas se lo aconsejaban.

—¿Dónde va á estar mejor que en un asilo, cuando la infeliz no aprovecha para nada?

Doña Braulia es una santa; es de las principales bienhechoras; comulga diariamente; tiene capilla en su casa y privilegio para tener reservado al Señor; da limosnas á manos llenas; pertenece á todas las asociaciones católicas... Cuando muera va derecha al cielo. ¡Qué alma tan hermosa la suya! ¡Si fueran así todas las personas ricas y cristianas!

•••••

Decididamente no voy á ver á tía Braulia y sacó á Frasquita del asilo. Repito que está mimada, servida, atendidísima... Cuanto se diga es poco; pero, ¡pobrecita mía!, le falta el calor de los suyos. ¿Cómo tía, tan santa, no ha conservado á Frasquita toda la vida á su lado? ¿Por qué ha amargado su vejez? De rosas y flores debía haber sembrado su aposento...; hincada de rodillas debía haberla asistido, limpiándole el sudor, componiéndole la cama, sirviéndole el agua y la comida...

•••••

—Mira, Frasquita, te vienes con mi madre y conmigo y allí morirás. Aunque no aprovechas ni sirves para nada, te estarás sentadica en amor y compañía de mi madre. ¡Poco que se va á alegrar cuando te vea! Ese calor que te hace falta lo encontrarás entre nosotros. Anda, agárrate de mi brazo; despídete de las monjas; dale las gracias... ¡Te vas á remozar, chiquilla!... ¡Y vas á estar más contenta!

Frasquita llora á lágrima viva; pero no quiere venirse y me dice entre sollozos:

—¡Señorito! ¿Y doña Braulia? ¿Qué va á decir doña Braulia tanto como yo la quiero?



Una nota de Puertomarín. La calle es el camino que conduce á la vieja iglesia románica y á la hospedería de los peregrinos de Santiago

VIDAS DE MUJER

LA BARQUERA DE PUERTOMARIN

TIENE que ser robusta una barquera del río Miño, y alegre y de buena traza, para ganarse la vida. Aquí está la barquera de Puertomarín. La barca es recia, y ella más. El sol madruga, y ella más. El río canta, y ella más. A veces la contesta un vago desde la orilla:

Ladran los canes
y estoime en la cama;
no hay mejor vida
que no tener nada.

Pero la barquera ni aun tiene barca, porque no es suya. Y, sin embargo, sale con el día y trabaja hasta la noche. Tiene un trabajo fuerte, de hombre, y lo lleva tan alegremente, que no se diría trabajo, sino deporte. Cuando el río baja todo es fácil. Las vacas saben buscar el vado, y llegan hasta donde pueden pacer la grama de unas isletas que parecen canastillos de hierba y flor. Un poco más, y darían con el belfo en la otra ribera. Pero aun en el buen tiempo, el Miño es ancho; y algunos que han querido pasarlo, con mucho tiento, sin llamar á la barquera, han dado el salto del sapo.

¿No sabéis cuál fué «el salto del sapo»? Un sapo iba andando, andando, por el puente de Puertomarín, y llegó adonde está roto. Estuvo pensando siete años cómo pasaría el río, y al cabo resolvió saltar hasta el otro pedazo del puente. Y saltó y cayó en mitad del río. Y cuando estaba casi ahogado se volvió á las primeras piedras de donde había

salido, y dijo: «¡Malditas sean las prisas!»

Pues cuando el Miño trae riada, lo mejor sería amarrar la barca. Y la barquera de Puertomarín, lejos de amarrarla y de quedarse en tierra, sale con los hombres á pescar. Porque en estos días de temporal es cuando se pesca la trucha. El agua viene sonando desde los montes, y da miedo verla entrarse como un jabalí por los arcos del puente roto para acabárselo de llevar.

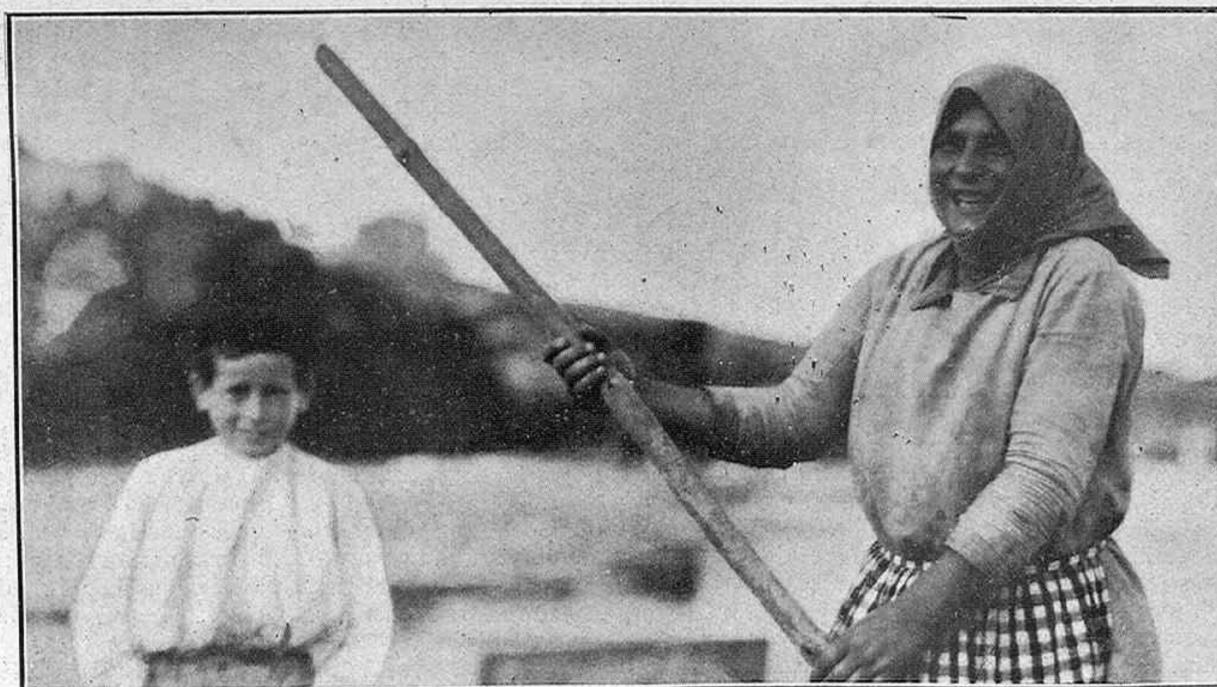
Yo he llegado á Puertomarín por el camino nuevo, y he visto el puente por donde entraban los peregrinos de Santiago. Pero ya está mediado el otro, de piedra blanca, y antes de un año la barquera tendrá que cambiar de oficio. El pueblo se pondrá contento, y ella también. Habrá más salida para el aguardiente de Puertomarín. Plantarán más cepas, y es posible que empiece una vida próspera para la vieja villa. La bar-

quera se hará pescadora, ó entrará, como todas, en las labores del campo para ganarse su sustento cotidiano.

Estos oficios antiguos se extinguen sin que nadie los llore. Es una persona sola, aparentemente, la que sufre. Una mujer tiene que buscarse otra manera de vivir. Pero si consideramos cuántos pasos de barca van poco á poco siendo relevados por todos los caminos de España, ya no será una barquera, sino una época. A veces, como en Puertomarín, es una mala época de sueño y decadencia mortal. Allí había un soberbio puente del camino romano que por la peregrinación se llamó luego el camino francés. Empezó á flaquear sólo por un punto, el más vulnerable, y llegó á ser el paso peligroso hasta para los peatones. Entonces el puente herido hubiera sido fácil de curar. Nadie quiso atender las peticiones y quejas del pueblo. Parecía que el puente estaba entero y que él podría arreglárselas para repararlo sin acudir á nadie.

Entonces surgió allí la idea de volarlo, para que no hubiera más remedio que construir otro. Y costó tanto trabajo cortar el puente de Puertomarín como el de Cuenca; pero más trabajo aún había de costar que les hicieran el puente nuevo.

La vida de esta barquera, la de su madre, la de su abuela y acaso otras, porque yo no sé desde qué fecha quedó aislada esta villa, que debía su existencia al camino.



La barquera de Puertomarín

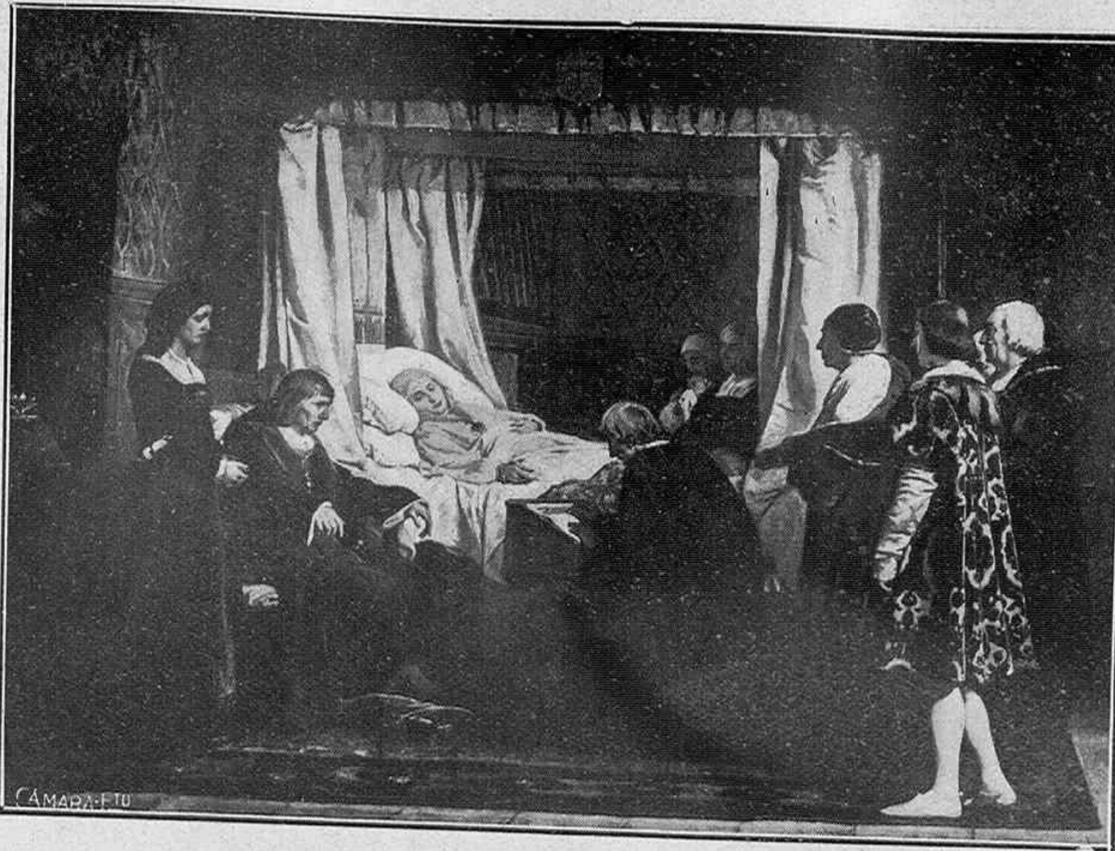
(Fets. Lira)

LUIS BELLO

DESDE la víspera, desde el nefasto 26 de Noviembre de 1504, en que aquella alma grande de D.^a Isabel la Católica voló á otro reino más puro que el que aquí abajo dejaba, no han cesado de doblar las campanas de Medina del Campo. Es un sollozo que rompe en lo alto de las torres, que se responde de mechina en mechina. Lloran San Miguel; lloran San Martín; lloran la Colegiata con el mayor de los dolores, con el dolor de Job... Nunca tañeron sus bronces con más honda tristeza... Hasta los vencejos que anidan en sus guindastes no saltan, no se mueven, guardan el luto de su silencio...

El cielo encapotóse de vísperas y sigue cubierto con una cerrazón tan baja que parece un techo de plomo descansando sobre los tejados de las casas. Como al mediodía del 26 la desoladora noticia corrió desmelenada por todo el pueblo! ¡Ha expirado! Y desde ese punto y hora la noble Medina no vivió sino para la muerte; no tuvo vida más que para acompañar á los restos de su Reina. Quiso despedirla una y otra vez; no acertaba á despedirla por última vez; no quería despedirla definitivamente; no quería perderla. Se echó á la calle; no durmió, no comió; se olvidó de él para no acordarse más que de ella.

Primero ha desfilado por el salón de actos de aquel palacio de rica y labrada piedra de la Plaza Mayor... Ese alcázar regio, luego derribado, es el palimpsesto de fábrica de Medina. Allí han escrito sus torpezas, sus odios, sus crímenes, Don Pedro el Cruel, Don Juan II, Don Enrique IV. Sus muros exudan sangre. La población, que sabe de esas historias luctuosas, que oyó contar junto á la lumbre á las bocas de varias generaciones, recibió, abiertos los brazos y el corazón, á esa Reina magnánima, que vino á purificar la casa con sus virtudes. Y he aquí que esa mujer



El testamento de Isabel la Católica

ejemplar es la que han visto, la que ven yacente, orlado el rostro de cera con la toca habitual, las manos juntas implorantes, como dormida con la serenidad de un sueño tranquilo, y toda envuelta en el pardo sayal franciscano, en testimonio de suprema humildad...

Cerradas las puertas del palacio por la hora intempestiva, aún ha permanecido buen golpe de gente ante las cerradas puertas sin alzar el más leve rumor. Muchedumbre de sombras. Sólo en esas horas eternas ha roto el silencio el ruido de los obreros, levantando el tablado para la proclamación de Doña Juana como Reina de Castilla.

La mañana del 27 ha visto el pueblo el traslado del cadáver al contiguo San Antolín, llevado á hombros por la flor de la nobleza heráldica, con un séquito brillante de hombres de armas, de magnates esclarecidos, de capellanes de altar,

que de Alba, portador del pendón real. El prócer ondea la enseña, y con voz fuerte, y entre los vivas del pueblo, apiñado al pie, proclama, por tres veces, como Reina á Doña Juana, y como gobernador de sus estados, en su ausencia, á su padre Don Fernando.

Pero aún queda la última despedida. Todo Medina va á dar el postrer adiós á aquel cortejo viajero de caballos y mulas que parte en derecha á Granada, donde dormirá eternamente Doña Isabel. El viudo cabalga abatido al frente del séquito, del que se separará fuera de puertas; como si el cielo quisiera manifestar también su duelo, caen las primeras gotas de lluvia, que anuncian un diluvio... Salva el recinto de la ciudad la comitiva, se aleja; la gente contristada se detiene, todo el mundo se descubre...

¡Requiescat, reina amada!

ALFONSO PEREZ-NIEVA

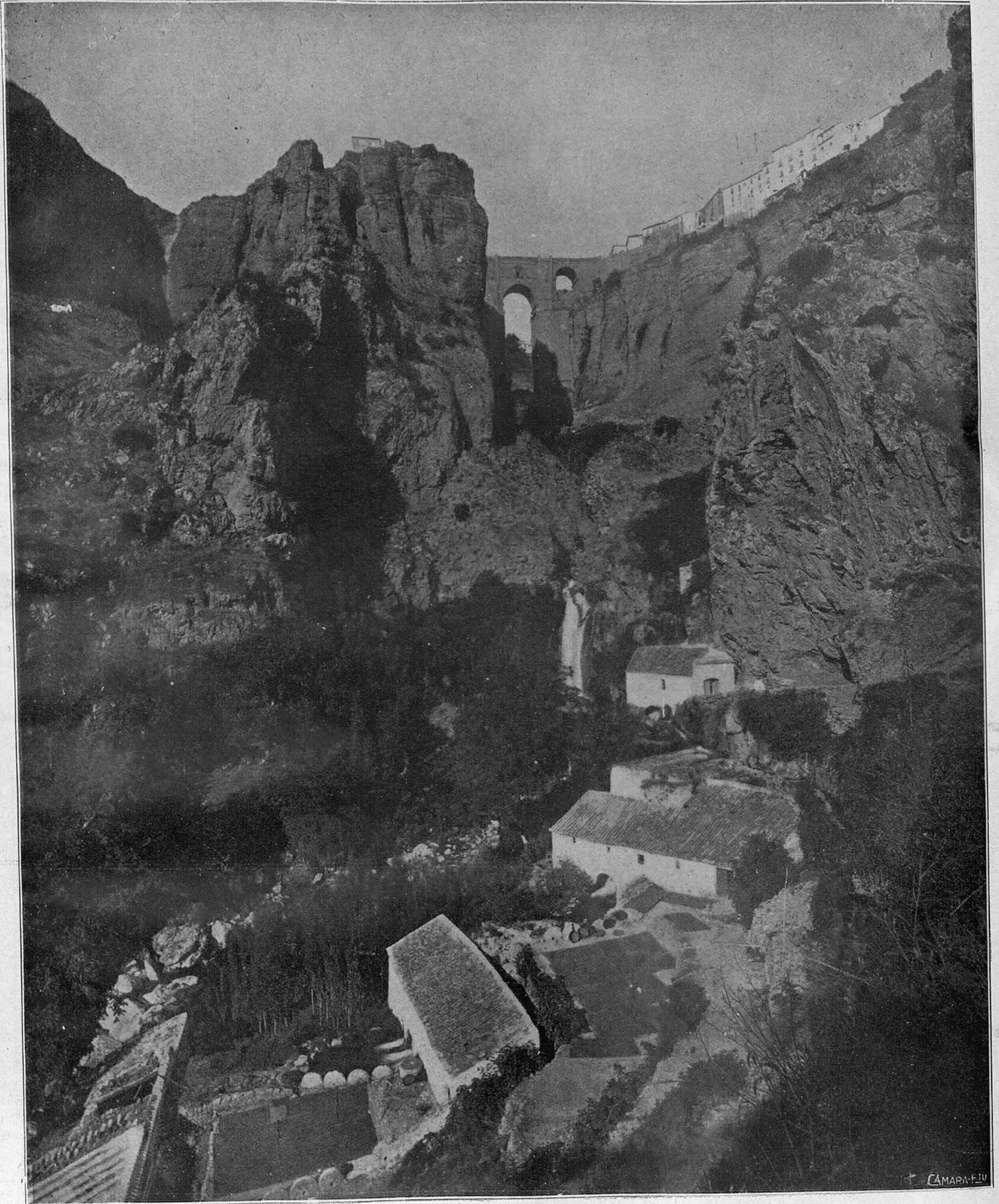


Sepulcro de los Reyes Católicos en la Capilla Real de la Catedral de Granada



CÁMARA-FIU

LUGARES PINTORESCOS DE ESPAÑA



El Tajo de Ronda, con los molinos

(Fot. Ruiz Vernacci)

CÁMARA-FIU

SENSACIONES DE ARTE

ENSEÑANZAS DE POMPON

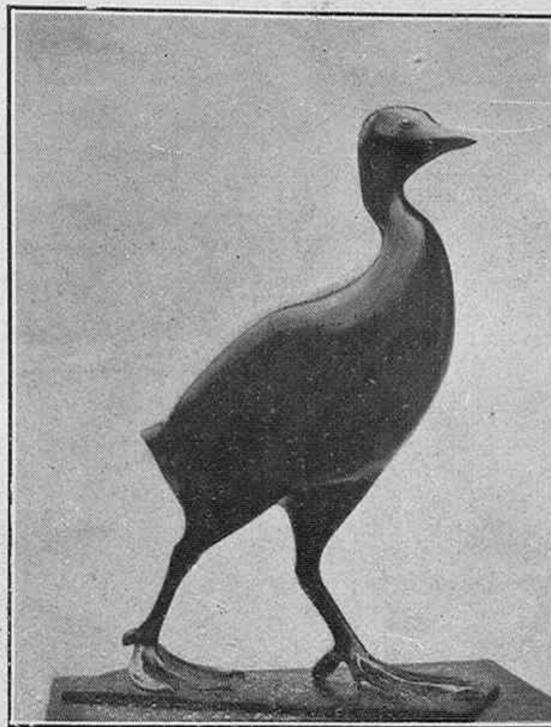
No hace mucho que el Luxemburgo ha acordado adornarse y aun ennoblecerse con obras de Pompon. El caso va á permitirnos desarrollar y remachar ideas flotantes en torno á este maestro, cuya labor nos interesa, más que por su maestría, por su honradez artística.

Sesenta años atrás, François Pompon empezó siendo marmolista, y hubo de trabajar para los otros—Mercier, Rodin, Saint-Marceaux—durante dos decenios. Ello nos corrobora cierta sospecha que hemos abrigado siempre: la de que la escultura tiene una mitad de oficio, la de que son básicamente obreros los mejores escultores de distintas tendencias, llámense Mateo Hernández ó Bourdelle. ¿Por qué no? La menor estatua requiere tanta dosis de esfuerzo físico y costumbre técnica como de fuga lírica y fuego pigmaliónico. Lejos de nuestro ánimo aprovechar la anterior conclusión con miras á emprender una defensa calurosa de la talla directa, la cual, si bien nos parece loable, nos parece asimismo secundaria; suministra un ejemplo decisivo el propio Pompon, quien no la practica, aunque justificaría lo contrario el dato de hallarse muy caracterizado y mejor pertrechado que nadie.

¡Oh! La vida y la estética del viejo *animalier* francés—preferible á su antecesor Barye—están llenas de enseñanza, porque comportan una vida y una estética de artesano doblado de artista, de artesano que cultiva un arte sano. Emanan simpatía, por añadidura, pues simpatía honda provoca la bondad, sobre todo esa bondad consciente que impregna la existencia y las producciones del septuagenario á quien besa la gloria un poco tarde, sorprendiéndole quizá y sin entusiasmarle ni envanecerle, de seguro.

Desde luego, Pompon ha seguido el camino que debía seguir, camino largo, el derecho, el único, sin perjuicio de experimentar profundas modificaciones dentro de una evolución lógica. Le plugo aplicarse á las reglas elementales y descubrirse los pequeños secretos de taller, lo que á un profano convierte en un sesudo artífice, asistiendo, además, á los cursos rutinarios de una Escuela de Bellas Artes; naturalmente, se mostraba *pompier* hasta el paroxismo, particularidad

que le valdría una tercera medalla en el Salón de 1888 por su *Cosette*, digna de burguesa chimenea, y encargos de santitos por cuenta de unos mercaderes de buendioserías; después, disgustado de los hombres acaso—¡bah!, ¿qué importa?—, se dedicó á los animales, detentadores de mayor pureza, y los animales, ya que no á él, tan puro, purificaron su factura; hoy, ante sus estatuas preteritas ó recientes, incluso los santitos y *Cosette*,



«Gallina acuática»

el escrupuloso estatuario no reniega de nada, no se avergüenza de nada, persuadido de que no cometiera adrede ningún pecado nunca, y en las postrimerías de su éxodo, avanza aún por la ruta recta, á cien leguas de sus primeros pasos... ¿Qué artista de ahora, excepto el probo artista á quien



«El cóndor»

nos referimos, no sentirá remordimientos, reprochándose alguna mala acción, cuando menos alguna claudicación cobarde, de afrontar cualquier examen de conciencia á fondo?

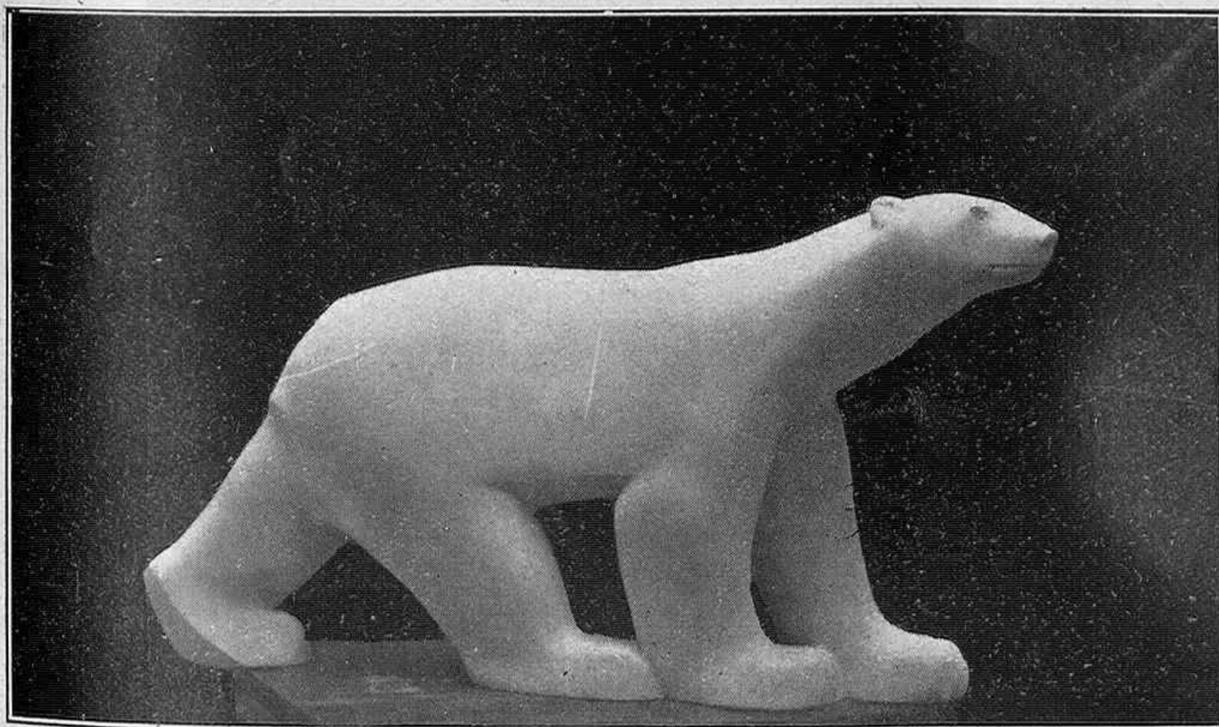
Una de las normas del Pompon animalista consiste en observar á las bestias mientras se mueven, estudiando la mecánica y el ritmo de su dinamismo. Esto podría inducir á suponer que el escultor procura evocarnos el movimiento, anhelo antiesculturístico. Sólo se trata, empero, de buscar el centro de gravedad—antítesis del movimiento precisamente, puesto que lo aploma—, según explica el escultor mismo, y por más que un biógrafo suyo le achaca representar «el movimiento sin sus actitudes tradicionales ni sus contracciones fotográficas», no representa sino el equilibrio de la materia palpitante en reposo.

Por lo pronto, Pompon enfoca á distancia el contorno de un animal y su volumen, lo que le impide ver inútiles pormenores, y en seguida le contempla de cerca, para interpretar al cabo desprovisto de superfluidades, armónico, alterado á menudo con objeto de volverle expresivo. Esta síntesis, simplificación ó estilización, conseguida tras de sacrificar numerosas minucias, nos revela al verdadero creador, al verdadero artista aparte del artesano y del artífice.

A propósito de semejante fauna decantada por virtud de un criterio claro, se ha hablado de los animalistas chinos, asirios y egipcios, de clasicismo respetuoso y modernismo agudo. Erucción fuera de lugar, influencias presuntas. En resumen, tales piezas plásticas no acusan más que euritmia, cualidad específica del arte á través del espacio y del tiempo.

También se ha dicho de las formas debidas á Pompon que constituyen *bibelots* sin grandeza á causa de sus exiguas proporciones. He aquí un aserto erróneo, sin duda. Al *bibelot* lo identifica su concepto, no su tamaño, donde jamás reside la magnitud efectiva. Todas estas estatuillas se denotan susceptibles de agrandamiento, conforme se ha ampliado á seis veces la dimensión original el célebre *Oso blanco* que dió al autor justa fama, y que no ha perdido al ampliarse. En cambio, cabe construir *bibelots* ciclópeos, minúsculos á despecho de sus colosales apariencias.

Frente á las últimas realizaciones del insigne obrero-taumaturgo y su definitivo prestigio, deducimos la suprema enseñanza de que logra cuanto desea—conocimiento, inspiración, renombre—aquel que lo merece, enseñanza melancólica si se atiende al plazo que le cuesta lograrlo. Pero, ¿hay plazos siquiera para quien, al igual del ejemplar anciano, se obstina en un diseño loable que apunta hacia la eternidad?...



«Oso blanco»

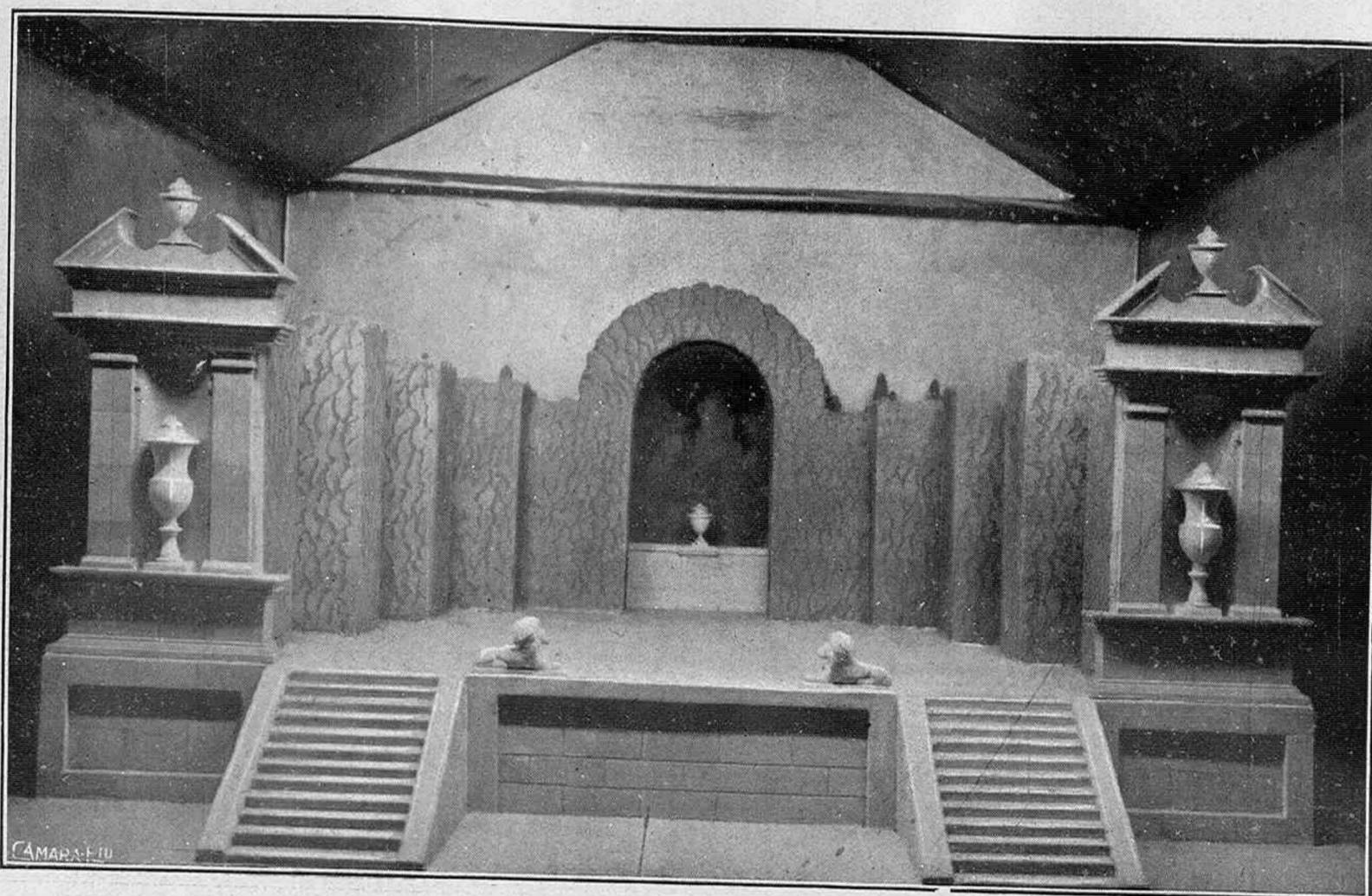
GERMÁN GOMEZ DE LA MATA





«Retrato de D. Tiburcio de Redin», original de F. Juan Rizi, que se conserva en el Museo del Prado

BIEN
BIBLIOTECA
MADRID



Un escenario para Teatro Jardín, que admite, sin variaciones, obras muy diversas

UN PROBLEMA DE ESCENOGRAFIA

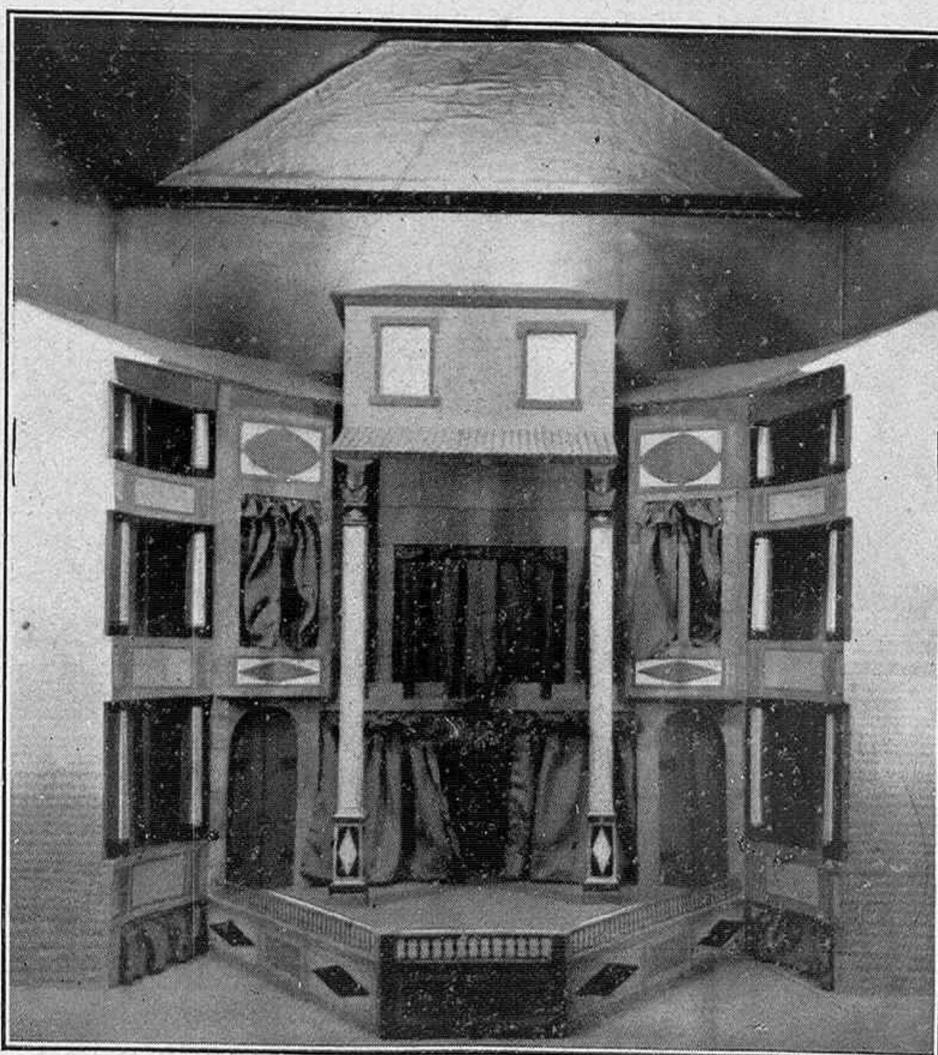
ESCENARIOS MODELOS

LA Exposición del Teatro en el Palacio de Proyecciones de Barcelona ha proporcionado nuevos datos para resolver, si tiene solución definitiva, el problema de la interpretación escenográfica de las obras teatrales.

Es posible, sin embargo, que ni aun contando con esas nuevas aportaciones el problema quede resuelto. Hay un obstáculo, que consiste en el monoideismo, ocasional, por lo menos, de los que intervienen en la postura de las obras escénicas: se dejan influenciar demasiado por las ideas dominantes en cada momento en el ambiente artístico, y por pensar más en ellas que en las obras mismas que han de interpretar caen á veces en incongruencias dañosas para el arte escénico y para el éxito de esas obras.

La causa primera de esas incongruencias está en la falta de sincronismo de las diversas manifestaciones artísticas: la literatura dramática y la pintura escenográfica no evolucionan sincrónicamente, y aun hay menos coincidencias de tiempo entre la evolución de los artistas que cultivan las diversas especialidades del sintético arte teatral.

Por esa razón hemos visto obras literariamente realistas interpretadas pictóricamente con escenarios de un modernismo casi cubista, y, recíprocamente, obras literarias de un idealismo muy acentuado en escenarios que preten-



El teatro de «El Globo», de Londres, en el siglo XVI

dían ser exacta copia del natural. Esta segunda discordancia resulta menos lamentable, porque, al cabo, un personaje puede sentir exaltado su idealismo en el ambiente más vulgar; pero la discordancia contraria suele ser menos tolerable y más antiartística.

En la Exposición del Teatro se marca una tendencia á evitar esas discordancias por un sistema sencillo, rápido y económico, que podríamos denominar de los escenarios impersonales; es decir, de los escenarios que por no tener relación demasiado íntima con ninguna obra, puedan tenerla suficientemente admisible con todas.

Reproducimos hoy algunos de esos escenarios: un escenario de *cabaret*, un escenario para teatro-jardín y un escenario cubista. En cualquiera de los tres podemos concebir las obras más diversas, y, en cambio, ninguno de ellos responde al «programa de necesidades», punto de partida inicial de todo escenógrafo, de una obra determinada.

¿Será éste el ideal? Si la literatura dramática llegase á la sublimación que algunos consideran momento próximo de su evolución, impulsada por la creciente expansión del cinematógrafo, y fuese alguna vez eminentemente literaria, esos escenarios serían perfectamente admisibles. En ese caso el público iría al teatro á oír, á escuchar los pensamientos y las frases del autor interpretadas por los autores. El fondo le interesaría in-

finitamente menos que las figuras movidas sobre él, y en ese caso un fondo puramente invariable serviría muy bien á todas las obras.

Pero ese no es aún el momento actual, y, sin embargo, si pensamos un poco en cómo son y cómo fueron las interpretaciones escenográficas en las diversas épocas en relación con los momentos literarios diversos, veremos que no fueron los momentos de mayor esplendor de medios escenográficos los de máximo esplendor literario.

Baste recordar, como ejemplos, las fastuosidades de postura de obras en el Buen Retiro con que se inicia la decadencia de nuestro teatro áureo y la sencillez del teatro de *El Globo*,

en que Shakespeare dió á conocer sus obras.

La tendencia moderna, inaugurada hace mucho tiempo por los escenógrafos alemanes, era una máxima simplicidad en la escenografía en general y en las decoraciones particularmente.

Durante el período de mayor boga del teatro naturalista, los escenógrafos fueron, por esa orientación de los literatos, detallistas y minu-

ciosos; pero poco á poco se convencieron de que no eran los detalles los que daban la sensación, y de ese convencimiento vinieron las simplificaciones sucesivas cada vez mayores.

Llegamos así á los escenarios con que Pitoef sorprendió á muchos espectadores madrileños. Escenarios simplicísimos con meras notas indicadoras; algo, en definitiva, semejante en el fon-

do, aunque menos ingenuo en la forma, á la manera clásica de aquellos escenógrafos primitivos que señalaban el lugar de la acción, invariable en la realidad, con rótulos: «Una calle», «Un palacio», «Un bosque».

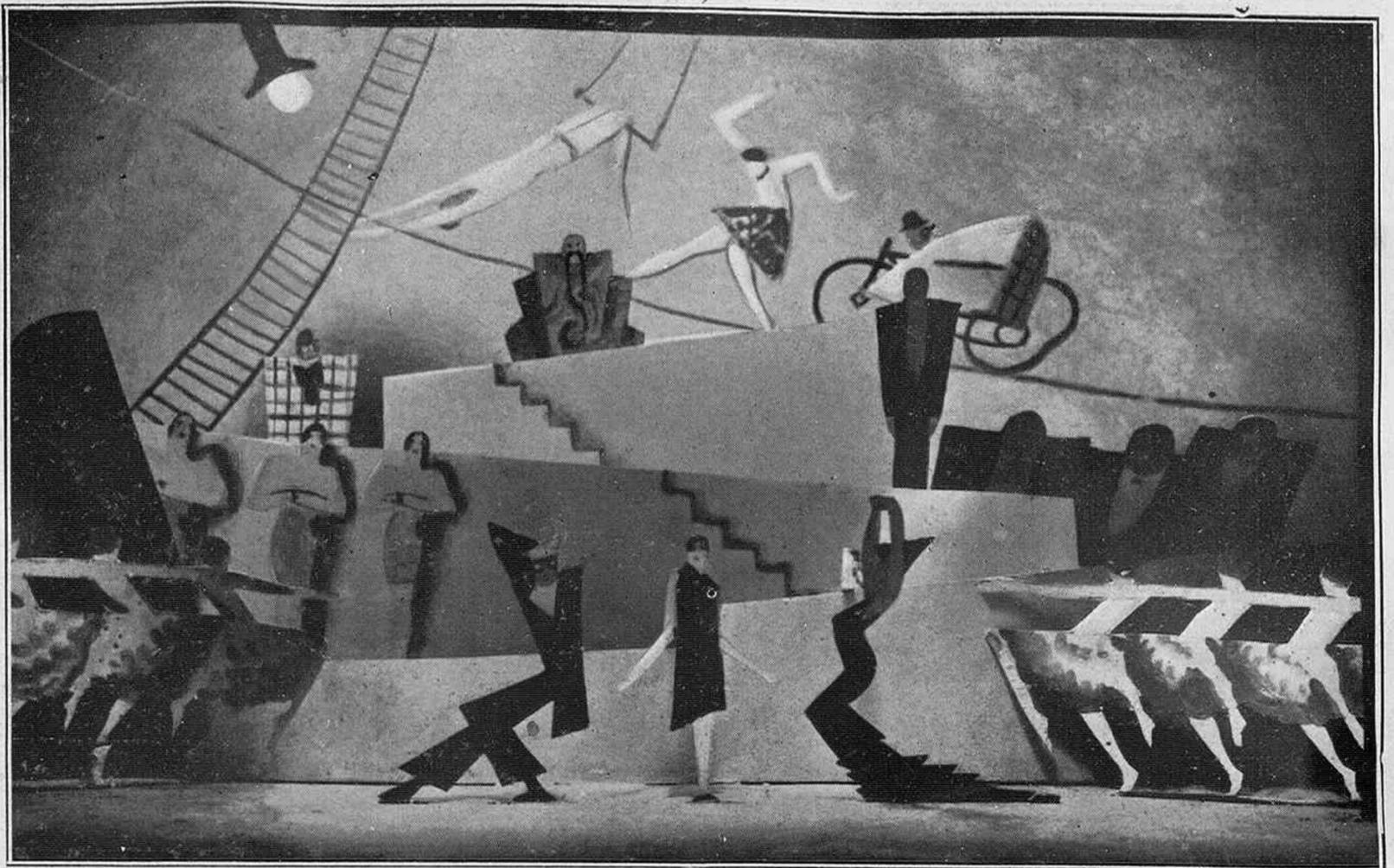
En realidad, esas diferencias lo son de etapas en la evolución artística, y por esa razón cada escenario debe corresponder al momento literario del drama ó de la

comedia á que ha de servir. Es la misma conclusión de que partíamos antes.

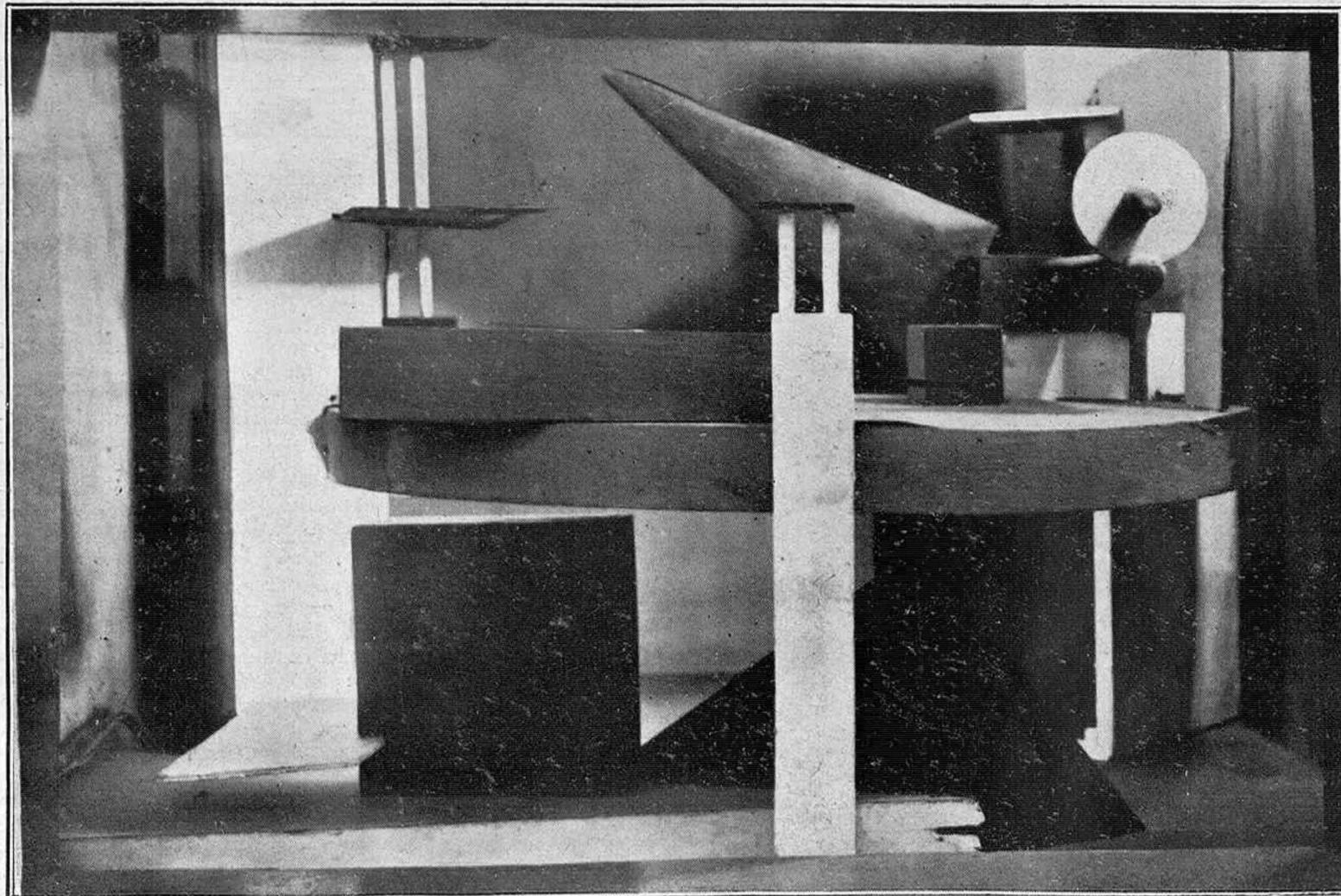
En los teatros al aire libre, teatros de la naturaleza, teatros de verdura, etc., esa simplificación es una necesidad ineludible; no hay modo de montar ni de mover grandes decorados; por esa razón se recurre á escenarios sin carácter, ambiguos, que permitan las acciones más diversas; pero, aun en esas condiciones, sería absurdo pretender que todas las obras eran igualmente representables en tales teatros. Hay obras que rechazan el aire libre, como hay obras que le piden imperiosamente, y las hay también de tan fuerte intensidad literaria que el público prescindiera pronto de lo que no es la obra misma.

En suma, la escenografía ha de ser un auxiliar, fortísimo en muchos casos, de la literatura dramática; pero á condición de servirla, no de esclavizarla

A. M.



Un escenario de «cabaret» muy típico para su género, pero capaz de admitir todas las variantes de él



Un escenario cubista propicio para que sobre él elabore una escenografía la imaginación del espectador

La sala del gran escultor José Capuz



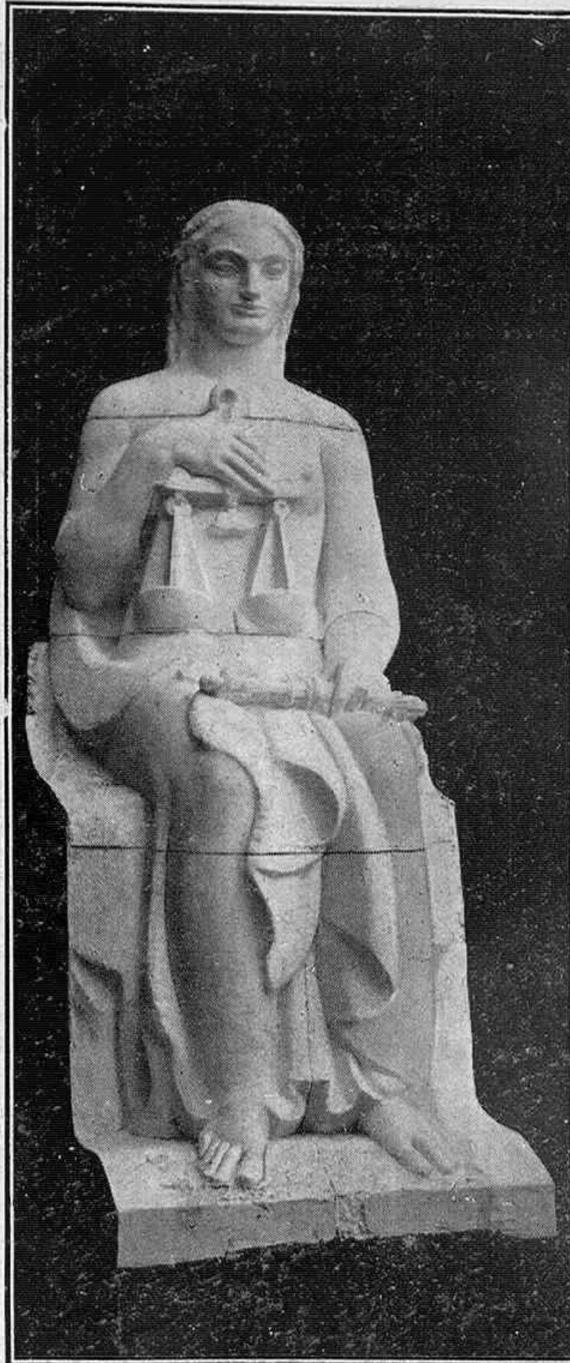
«El Trabajo»

se recuerde cuál fué la evolución de todos los grandes artistas que lograron ver glorificados sus nombres; la de Capuz es tan perfectamente pareja con ella que aun sin otras razones, y sobran muchas igualmente convincentes, bastaría para acreditar su superioridad

Estas obras que el gran escultor exhibe ahora, amplias, amplísimas de concepto y sencillas, muy sencillas, de expresión, traen, efectivamente, á la memoria, cuando se pretende trazar imaginativamente la trayectoria seguida por el arte de Capuz, las primeras que produjo; las que bastaron ya para esclarecer su nombre, y que eran, sin embargo, tan distintas de las que produce ahora.

La comparación tiene, además, un interés magistral, docente, que los artistas jóvenes, impacientes, excesivamente enamorados de las obras de los grandes maestros, y que, por sentir las todo lo más, creen comprenderlas, harían bien en aprovechar como lección y norma de vida y de labor artística. Dejarse impresionar por un Rodín es ya mucho; pero es aún demasiado fácil; pretender imitarle en sus creaciones geniales, últimas definitivas, sin haberle seguido en su evolución total aprendiendo en ella á sublimar los conceptos y á depurar los medios para expresarlos, es inútil y estéril; por apretada que sea la imitación externa, hasta semejar plagio ó copia servil, las obras serán esencialmente distintas, porque hay algo que no se copia, y es lo definitivo: el espíritu

Hay más cerca de nosotros un gran artista,



«La Equidad»

Figura que decora el palacio de «La Equitativa»
(Fots. Cortés)



«La Riqueza»

que se me antoja como hermano mayor, muy parejo de Capuz, Mateo Inurria, que es en el mismo sentido profundamente ejemplar; desde sus obras primeras, de enorme tamaño, recio naturalismo y buscada trascendencia social, á las que con reducidas proporciones materiales, pero inmensas por su intensidad emotiva, le valieron la medalla de honor, parece haber un abismo y, sin embargo, no hay sino un camino árido, penoso, fatigante para quien no reposa de la fatiga en los brazos del ideal; pero un camino perfectamente visible para quien siga los pasos del artista traducidos en las sucesivas expresiones de su sentir artístico.

Las primeras obras de Capuz, como las primeras obras de Inurria, como las primeras obras de Rodín, fueron, naturalmente, de un realismo apretado y crudo que se mostraba como un barroquismo exuberante.

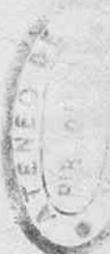
Situándose frente á la realidad, ante el modelo vivo, lo ven todo minuciosa, detalladamente, con vista de miope, como el niño que aún no logró todo el perfeccionamiento de que es susceptible su función visual. Dueños de la técnica, lo copian todo con la máxima exactitud, y en una primera época son esa minucia los elementos fundamentales de su triunfo.

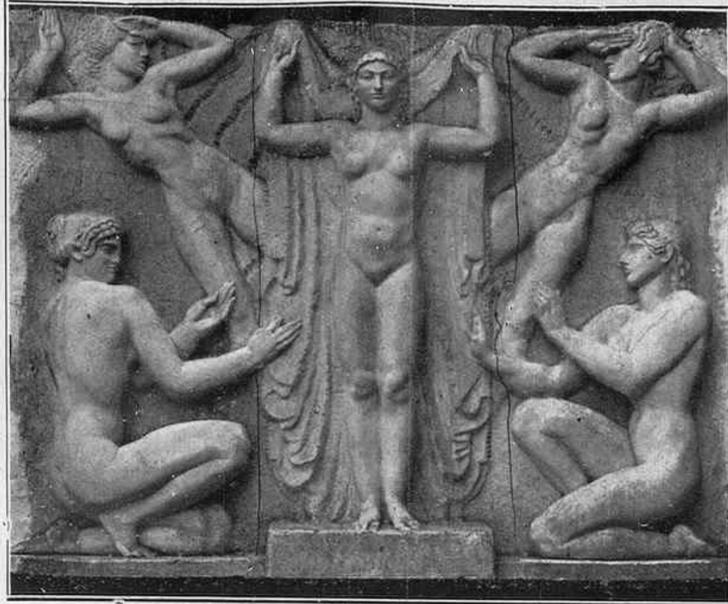
El Salón de Otoño, tan anodino casi siempre, tiene este año una nota de interés culminante: la sala en que expone sus obras José Capuz.

Por el número de obras y por la fuerza é intensidad de cada una de ellas, aquel recinto es, por sí solo, una Exposición completa y muy digna de estudio, y en ella el escultor se nos muestra en plena madurez; pero, como todos los grandes artistas, ávido siempre de íntimas satisfacciones estéticas, cada vez más hondas, caminando, con medios suficientes para alcanzarle, hacia un ideal claramente percibido ya.

No es Capuz un artista puramente verbal, de esos que, pletóricos de teorías mal digeridas, disertan constantemente sobre una obra que ni realizaron ni realizarán nunca. Tiene el arte más dentro, en íntima consustancialidad con su espíritu, y como en los amantes tímidos de que habló el filósofo, en él el corazón habla con las manos; parco en palabras, es pródigo en obras; pero sus esculturas son suficientemente expresivas para no dejar duda acerca de lo que piensa y siente el autor; viendo las obras reunidas en el Salón de Otoño se percibe muy claramente hacia qué ideal artístico camina Capuz.

Y esa claridad es más grande aún á pcco que





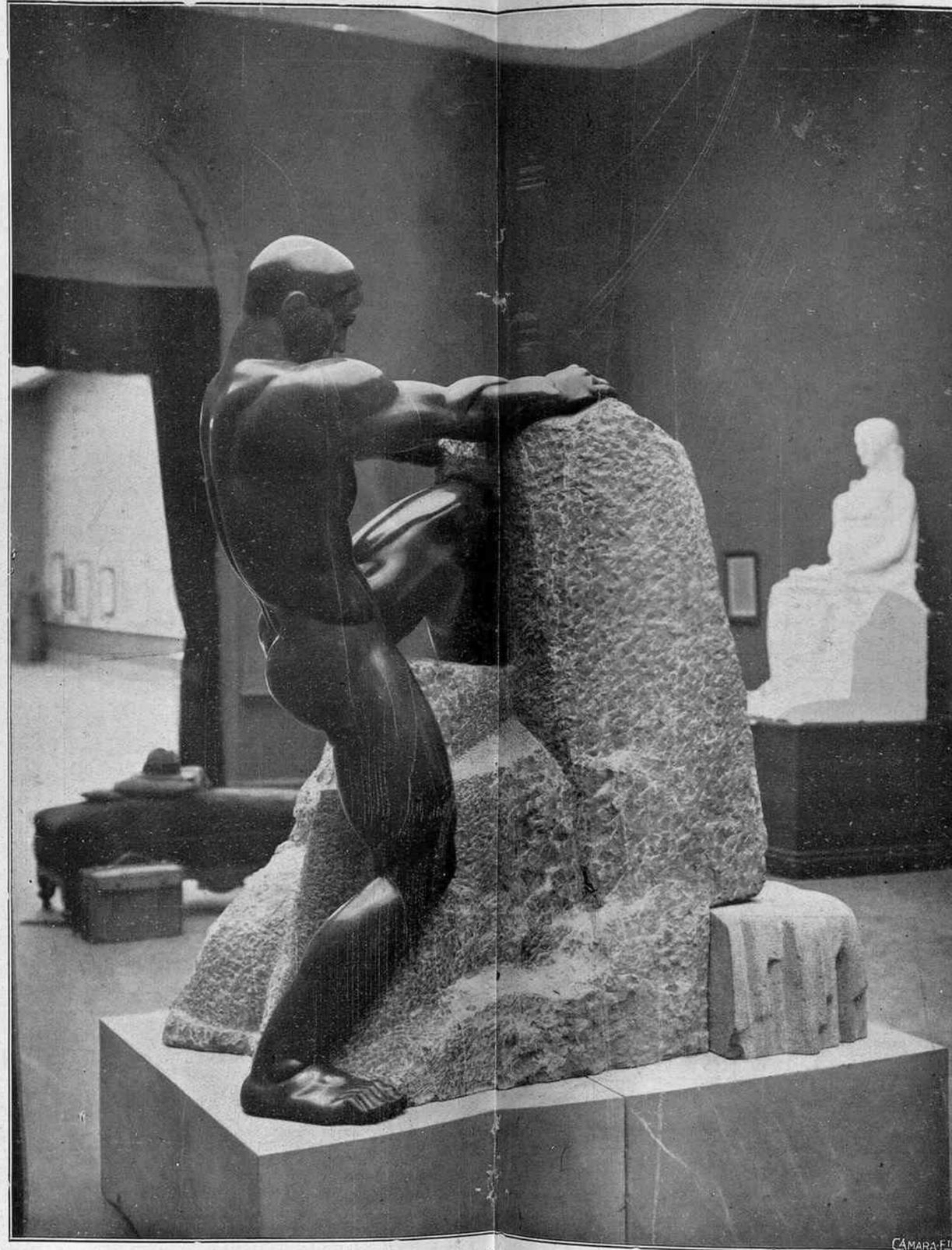
Fragmento del friso que decorará la fachada del Círculo de Bellas Artes

Los artistas mediocres no pasan de ahí, si llegaron a tanto, ya que son muchos los que se quedan en la vacua imitación de los grandes modelos. Los artistas de más elevado vuelo no se conforman con esos triunfos iniciales; más que satisfacer a la multitud anhelan la propia, íntima satisfacción de su anhelo artístico; miran al natural desde más lejos, desde más arriba—en un sentido ideal de la palabra—; ven cómo en la inmensidad del espacio libre, tan distinto de la confinada entre las paredes del estudio, los detalles se esfuman, como si se borrarán, y se percatan de que con medios de expresión más sencillos, quizás sólo aparentemente más sencillos, puede lograrse no ya la misma emoción, sino una emoción más fuerte aún. Entonces los grandes artistas, únicos capaces de llegar a ese período, simplifican sus obras y llegan, si como Inurria y Capuz son capaces de tanto, a la suprema serenidad de las obras clásicas que durante siglos y siglos son asombro de las gentes.

La trayectoria es igual en todas las artes, y su final, tanto más lógico y necesario para lograr una manifestación artística definitiva, cuanto mayor sea el espacio en que la obra ha de vivir: Galdós, al ir de la novela al teatro, realizó esa misma evolución; y si los que juzgaban su nuevo estilo, fruto de la moda, pudieron acuarle de simbolismo, como de un pecado, no necesitó mucho para demostrarles, con una clara exposición de su concepto del simbolismo, que no era, en definitiva, sino esa misma depuración artística de los medios de expresión, indispensable cuando las obras han de ser vistas en amplias perspectivas ó en relaciones espaciales muy amplias.



«La siesta», escultura en madera



Fragmento de fuente, piedra pulida, obra de José Capuz y proyecto del arquitecto Antonio Flores

(Fots. Cortés)

En la obra de Capuz se ve perfectamente manifiesta esa preocupación del destino ulterior de su obra: al concebirla, la ve ya, de seguro, terminada y puesta en su lugar, y la relación de valores que en esa visión imaginativa establece le permite después, al realizar la

estatua, llegar a esa suprema simplicidad, fruto de madurez y depuración. Pero harían mal los artistas jóvenes en buscar, ilusos, esa misma simplicidad sin seguir el mismo camino: un crítico de pintura dijo,



«Fe, Caridad y Trabajo», relieve en yeso

con mucho acierto, que para pintar un bigote de un brochazo era necesario haber pintado antes muchos bigotes pelo á pelo; para llegar á la suprema sencillez escultórica es necesario haber pasado por el barroquismo y haberse detenido en él lo suficiente para comprender, mediante el análisis minucioso, las grandes síntesis de las líneas y los planos combinándose en el espacio sin fin.

Por eso Capuz fué inicialmente barroco. No ya en sus obras anteriores á la pensión en Roma, en sus primeros envíos de pensionado (*El voto y Paolo y Francesca*), y mucho más tarde aún apuró las formas en una representación minuciosa.

Fué en la exposición que realizó, hace siete ú ocho años, en el palacio de Bibliotecas y Museos, donde apareció ya iniciada la fase actual de su evolución, y donde Capuz, viendo que á la satisfacción del público, unánimemente manifestada ante sus obras, no correspondía la suya de artista que pone cada vez más lejos su ideal, consciente de sus medios, comenzó á recorrer el nuevo camino.

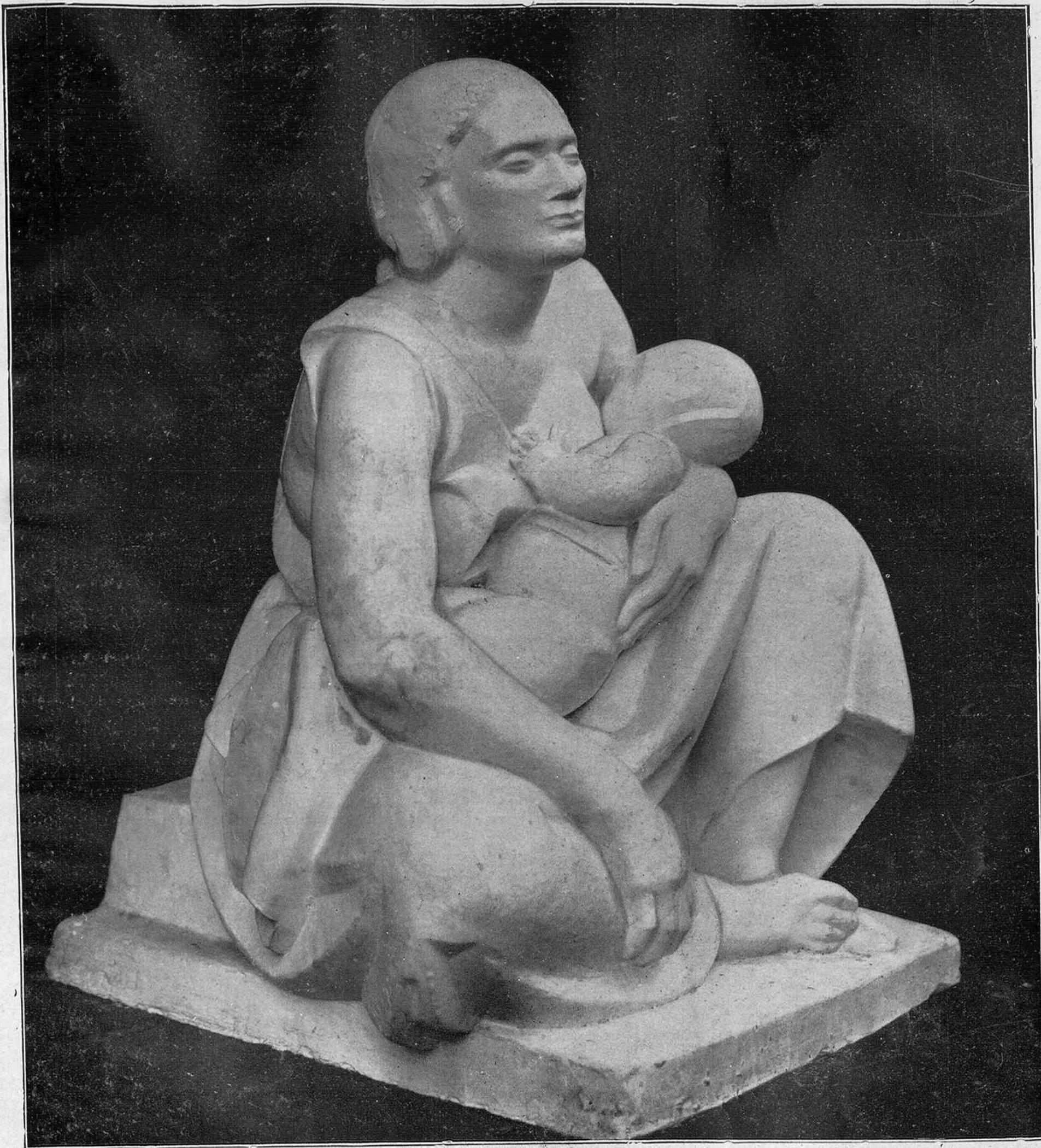
Dos obras figuran en la exposición actual que estuvieron también en la de hace ocho años, y marcan el enlace entre los dos períodos; y en comparación con otras más actuales, los progresos indudables del maestro: una talla (*La siesta*) y un bronce (*Piedad*). Si comparamos estas obras con el fragmento del monumento á don Justino Flores, vemos, efectivamente, que la tendencia es la misma; pero en la realización hay un progreso evidentísimo.

Junto á la última de estas obras figuran, con perfecto derecho de superioridad, en el Salón de Otoño, el friso para el Círculo de Bellas Artes; tres de las esta-



«Piedad» grupo escultórico de Capuz





«Madre», escultura del ilustre artista José Capuz

(Fot. Cortés)

tuas destinadas al Palacio de La Equitativa (*El Trabajo, La Riqueza y La Equidad*), y la titulada *Madre*, que es deseo de los admiradores de Capuz, antes de que trasladada á la materia definitiva, granito negro, aumente aún su enorme belleza.

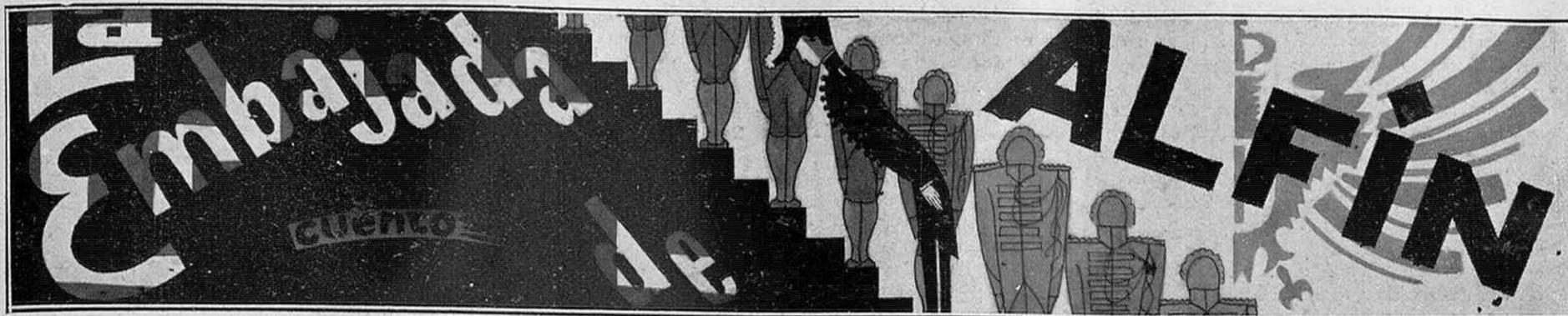
Todos reputamos por obras maestras de Capuz la *Piedad* y el *Cristo*, de Cartagena. Lo eran y lo son; pero también en esas regiones hay grados diversos, y las obras actuales lo son más aún. Hay en la educación artística de Capuz un

período que contribuye también á explicar la etapa actual de lograda sencillez clásica: el período de estancia en Roma, en que el artista que hasta entonces sólo se había visto en presencia del natural, en la Escuela de Bellas Artes, le copió afanosamente; pero copió también con asiduidad de enamorado las más famosas obras clásicas de los museos romanos, y hasta tal punto logró assimilarlas, que hombre tan experto como Muñoz Degraín tomó por copia un relieve original, hecho en estilo griego, que el pensionado en-

vió como prueba de su labor perseverante y bella.

Tal camino de perseverancia en la conquista del ideal artístico ha conducido á Capuz á la etapa en que el Salón de Otoño nos le muestra. Otro artista consideraría ese momento de su arte como el supremo y definitivo; para Capuz, ambicioso siempre de una ideal perfección, será, por mucho que todos le aplaudamos y admiremos, una mera aproximación al definitivo anhelo de su espíritu.

ALEJANDRO MIQUIS



LUCINDA, sin dejar de ser joven y hermosa, estaba en ese momento en que se es invitada por todas las embajadas.

Ya se rizaba su nariz con pronunciadas curvas del caracolillo, y bajo su barbilla aparecía el barboquejo invisible que quiere decir: «de servicio permanente para cenas y recepciones».

El inicio casi invisible de la madurez era señalado por esa actividad en las llamadas á los momentos solemnes. Ya la belleza no tenía esa cosa agraz que puede frivolar demasiado una reunión, sino que era verdadera belleza diplomática con sonrisas de través y hacia la espalda, que caracterize la imprescindible discreción de las embajadas.

De todas las embajadas y legaciones le escribían constantemente reclamándola, como si todas se transmitiesen su nombre en comunicaciones secretas con un sello en seco á la cabeza.

Además, sus trajes de noche la salían de pura etiqueta y con algo de uniforme. Se podría decir que la daban apariencia de «agregada naval», por lo que tenían de sirenes.

Aquella mañana había recibido un sobre como de participación de boda, cruzado de claras verjuraciones, en que la invitaba la Embajada de Alfin.

Lucinda dió gritos á su marido preguntándole dónde podía estar Alfin; llamó por teléfono á varias amigas «sacadoras de dudas», y ninguna la supo aclarar aquel problema.

En eso había llamado su amiga Ana Martori; pero como con ella había que ser más cauta, porque era de las que no perdonaban una plancha, Lucinda, encaminando la conversación hacia Alfin, dijo:

—Hay tantas legaciones nuevas con la variación que ha sufrido el mapa después de la guerra, que no doy abasto para ir á sus recepciones.

Ana le contestó con su sorna proverbial:

—Para mí, ese abigarramiento del mapa de Europa es lo que no me deja aceptar ninguna invitación de las embajadas. Es ya el mapa

diplomático un mapa tan corcusido, tan lleno de remiendos y piezas, que da vergüenza... Además, á mí me gustaba asistir á los saraos de Rusia, y ya no existe Rusia: la ha borrado el cataclismo rojo.

Lucinda se quedó desconcertada, sin atreverse á seguir la conversación; pero con un suspiro lanzó el problema:

—¡Pero hay embajadas nuevas tan encantadoras! Esta embajada de Alfin...

—¿De Alfin?—preguntó, extrañada, Ana.

—Sí, Alfin; el país más encantador del mundo; la perla de los valles que tenía encantado el ogro ruso, hasta que los cañones lo han liberado.

—Pues ahí tienes una recepción á la que me

gustaría asistir—dijo Ana, seducida por el misterio.

—Lo malo es que yo no tengo confianza con el embajador y recibo misteriosamente sus invitaciones.

—Pues yo revolveré Roma con Santiago para ser invitada á esa embajada. ¿Qué día es?

—El viernes, á las once de la noche.

Ana envolvió nerviosamente su muñeca en el rosario, y apretando su devocionario en actitud de salir, salió disparada hacia su teléfono, con ansia de llamar á esos tíos con mucha influencia que lo pueden todo.

•••••

Se había vestido su mejor traje de recepción,

con toda la espalda al aire, con descote en forma de escudo, el escudo de su país. Por tratarse de aquella misteriosa embajada, se había echado unas gotas del perfume oriental que gastaba con más parsimonia que sus entregas de amor.

Seguía siendo una incógnita para ella aquella embajada de Alfin, y el secreto debía ser impenetrable, cuando Ana la había llamado por teléfono hasta última hora preguntándole si sabía algo.

Ante el espejo se veía más interrogante que nunca con aquel traje negro de cristales del Brasil que, recorriendo sus formas, tenía algo de interrogación cigea.

Como si sonase el pulverizador, sonó el timbre, como niño que se despierta pidiendo el pecho cuando la joven mamá está á punto de irse de fiesta.

Lucinda lo cogió porque sabía que si no era peor, y sobre todo en vísperas de salir, que es cuando más se encabrita el teléfono al que no se responde, como si sospechase que se va aquella á quien llama, mucho más parecido á un mamoncillo que siente los pasos de mamá que se va á la calle.

—¿Quién?

—¡Rin! ¡Rin!

«¿Quién será Rin-Rin?», se preguntó á sí misma, mirándose en el espejo.



De todas las embajadas y legaciones le escribían constantemente...

La voz de Ana comenzó á sonar dentro de ella, como en la antecámara de sí misma, en el zaguán de hueso de su oído.

—¡Ah! ¿Vienes por fin?

—He pensado ir contigo, porque tu invitación puede servir para dos...

—No lo pone, pero es lo mismo.

—Suponte que no puedes ir sola, que necesitas ir con tu cuñada... Además, á una embajada á la que nadie conoce puede ir quienquiera.

—¿Y la etiqueta?

—Ya verás qué traje llevo... Eso es lo importante... Me he atrevido esta noche como no me he atrevido nunca.

—Ven corriendo, que ya es muy tarde.

—Salgo corriendo—dijo, por último, Ana, como si fuese una funámbula que hubiese comenzado á correr por la cuerda floja del teléfono.

No tardó mucho en llegar, y Lucinda se quedó sorprendida ante el traje que llevaba Ana.

—¡Parece que sólo estás tapada por un abanico!

—¡Y la parte de la faldilla te la comes!...

—Es que el abanico que yo digo es un abanico roto..., de esos abanicos de pluma que siempre tienen unas varillas desquiciadas que caen hacia abajo, mientras las otras hacen de corpiño.

Las dos se miraron en el espejo, como rozándose en la misma piscina, y poco después, encapuchadas en sus capas, salían para la incógnita embajada.



El conjunto de la recepción era espléndido, y los criados tenían trajes de chambelanes recordados de viejas estampas. Ni ese indicio que son unos criados vestidos de cualquier manera, y en los que se nota la improvisación de una casa, eran dato que valiese en los salones de Alfin.

El embajador tenía tipo de verdadero embajador, hierático, fajado de ascensos y traslados, acartonado de oír siempre lo mismo, absurdo de creerse el representante máximo de una nación.

Era viudo ó soltero, porque él sólo y sus secretarios hacían los honores de la casa y daban un exquisito licor de menta, que, según uno de los secretarios, era la bebida más notable de su país.

Las señoras habían buscado una confidente para lograr que fuese indiscreta; pero sólo se encontraban las damas de todas las recepciones, y no valía tirarlas del tapón dorado de sus cigarrillos, ya que no se les iba á sacar aclaración ninguna del misterio.

—¡Qué bello país debe ser el suyo!—dijo Lucinda por decir algo que agasajase á un embajador tan cumplido, en cuyo salón no faltaba nunca un cenicero á mano, lo más difícil de conseguir en los salones.

—Es un país de muchos árboles y de mucha agua... También hay en él muchos volcanes.

«¿A que va á ser un ministro americano?», pensaban todos los que le escuchaban; pero nadie se atrevió á pedir los límites geográficos de Alfin. Hubiera sido eso de una impertinencia sin límites.

En todas las pecheras se leía la interrogación de quién era aquel embajador y hacia dónde caía su país, y en todas las espaldas descotadas—porque las mujeres son más disimuladas—también había una interrogación, como dragón rampante puntuado por los ligeros puntos de las vértebras.

—Yo he estado en sueños en un salón como éste—decía en un rincón la de Paterna á Ana y á Lucinda.

—¿No será la embajada de los sueños?—preguntó Ana.

—De esa duda sólo se sale pellizcando—dijo Lucinda, mientras buscaba la bizcochada del brazo de Ana.

Los caballeros formaban grupos de relevo, con sigilo de soldados que se dicen el secreto del



El embajador tenía tipo de verdadero embajador, hierático...

santo y seña; pero las camisas almidonadas se devolvían la interrogación, como reflejo en un espejo de varias lunas.

—Esto demuestra cómo han variado los tiempos.

—¿No será una encerrona?

—Eso se sabrá á las doce, como en las películas...

—Lo extraño es que casi no hay un diplomático español... Sólo he visto en un rincón á Manolito Rubiales, que no sabe una palabra del Ministerio, ya que, como sabéis, su única especialidad es entregar la pluma á cada uno de los que firman los tratados, según el orden protocolario.

—¡Vamos, lo que hace el alguacil en los Ayuntamientos de pueblo!

—Pero, ¿qué ha dicho?

—Se muestra muy extrañado de que no sepamos dónde está Alfin.

—Actitud muy de sabio.

—Lo que es una vergüenza es que damas de tanto lucimiento como algunas de las que andan por ahí esta noche se apresuren á aceptar la invitación de una embajada que nadie sabe de qué país es.

—Es que en las embajadas es donde únicamente se da champán legítimo.

—¡Como que está prohibido por el protocolo cubrir el casco con una servilleta, como ya se hace en todas partes!

A las doce la sorpresa fué el champán, y todos brindaron por la prosperidad de Alfin, y hasta alguien se excedió—Rubiales—en considerar á la nueva monarquía como el país de más futuro.

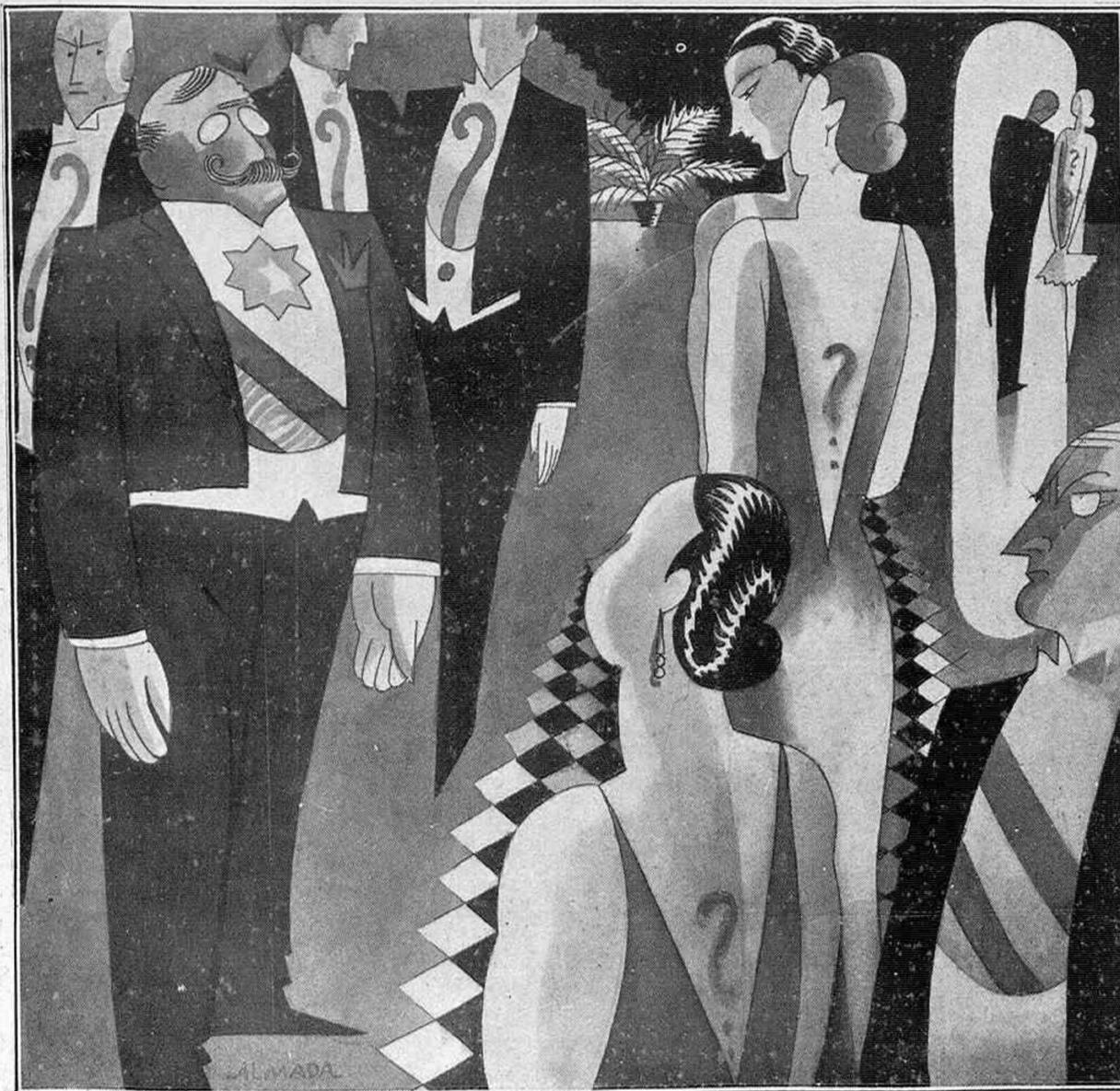
El embajador, por fin, se levantó á dar las gracias, y con leve sonrisa habló de su república, y añadió que, si no materialmente, espiritualmente estaba su patria en el mapa de Europa. Acabó levantando su copa por España, el país de más fantasía del mundo y en que hay «más saleros».

El misterio siguió sin aclarar hasta las cuatro de la mañana, hora en que terminó la recepción, y en que el que más se resistió en la brecha y hasta llegó á preguntar al señor embajador cuánto costaba el viaje á su país, se fué tan desconcertado como los demás, porque hoy se viaja tan barato, que igual podía estar Alfin muy cerca que muy lejos, y más si el precio que le había dado el embajador era un billete circular.

¡Qué sorpresas las del mundo moderno, que se permite el lujo de tener una embajada de no se sabe dónde!

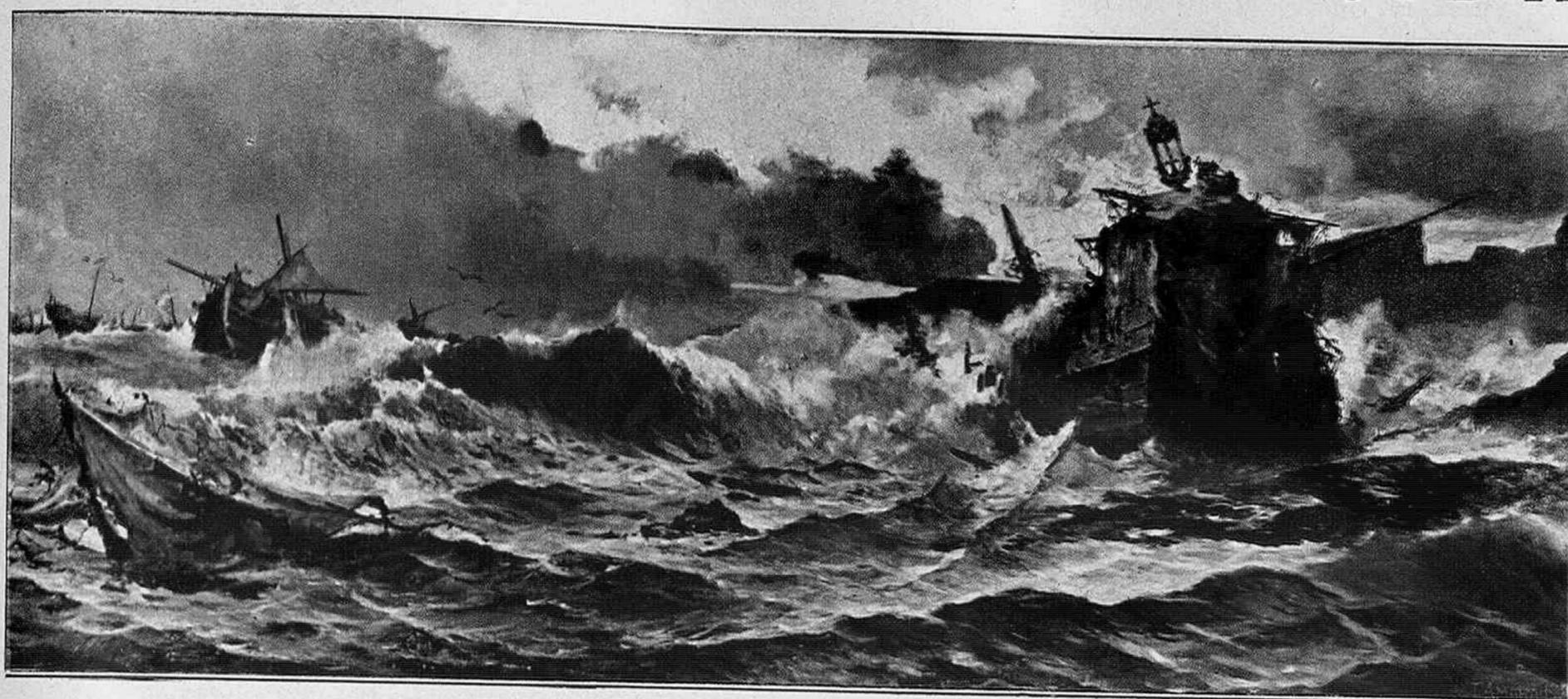
RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Dibujos de Almada)



En todas las pecheras se leía la interrogación...

«LA INVENCIBLE», VENCIDA



«La Invencible», cuadro de Gartner, que se conserva en el Museo de Arte Moderno

EFEMÉRIDES de gloria, aunque en ocasiones fueran de derrota, jalonan como luminarese espléndidos la historia patria... Evocación de fechas que son como monumentos que retan á la inmortalidad; jornadas de España que no por muy historiadadas harán sentir nunca el hastío al airearlas de nuevo... Lecciones y ejemplos magníficos; estrofas del poema gigantesco de una raza cuyo genio prolífico nutrió de obras, de hombres, de gloria y de heroísmo al mundo...

En aquel reinado de Felipe II, gigante cuya fama llena todo un siglo, España vivió días de epopeya. Entonces culmina su gloria, su poderío inmenso, y también se inicia el crepúsculo de aquí sol que jamás se ponía en sus dominios.

El segundo Felipe ostenta en su fama los más brillantes resplandores y también las sombras más acusadoras, las nubes primeras y más terribles que habían de entenebrecer el cielo español...

A su nombre, tan glorificado por unos, tan escarnecido por otros, va unido el recuerdo de uno de los sucesos más importantes y decisivos en nuestra Historia: el armamento y el fracaso de aquella escuadra contra Inglaterra que no se sabe quién apellidó «Invencible». Sarcasmo de un espíritu cruel ó vanidad por encima de la realidad misma de un temperamento todo orgullo.

«La Invencible»... Años después de haber sido aniquilada, se dió este nombre á la escuadra enviada contra Inglaterra por Felipe II en 1588.

¿Qué motivó el armamento de esta escuadra en cantidad de buques y en número de hombres fabulosa para aquellos tiempos?

Felipe II, representando entonces el espíritu de toda la Europa continental, sabía que el enemigo de ella era Inglaterra. El poderío naval de Inglaterra era la pesadilla de los otros reinos europeos, la fuerza que hacía torcer los destinos de todas las Monarquías... Mientras Inglaterra fuera dueña del mar y en el mar tuviera alianzas, Europa no podría estar tranquila...

Aparte esta idea política, no faltaban á Felipe II otras razones de mucho peso para romper las hostilidades con la reina de Inglaterra: la tenacidad con que Isabel persiguiera á la desdichada María Estuardo; los auxilios que aquella reina prestaba á los rebeldes de Flandes; la publicidad con que había agasajado y dádole sus naves al duque de Alençon; la alianza inglesa con los protestantes flamencos; su manifiesto protectorado de las provincias insurrectas contra

España, y, finalmente, la protección más ó menos disimulada que la reina daba á los súbditos de Felipe II protestantes, decidieron al monarca católico á dar un golpe decisivo contra Inglaterra.

Mientras Felipe II organizaba la expedición y hacía aparejar gran número de naves en los puertos de Flandes, de España y de Portugal, el Papa Sixto V estimulaba al monarca español á realizar cuanto antes una empresa de la que él esperaba la restauración de la autoridad pontificia en Inglaterra, y le prometía una ayuda de un millón de escudos de oro.

Resultados de tales preparativos fué tener disponibles unos veintiocho mil hombres para la escuadra.

Estando ésta ya reunida y próxima á zarpar del puerto de Lisboa, ocurrió un grave contratiempo, que bien pudo ser tomado á funesto presagio: D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, reputado como el mejor marino de su tiempo, y que iba á mandar la expedición, enfermó y murió en pocos días, y fué substituído por don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, gran capitán, pero hombre completamente extraño á la práctica naval.

En Junio de 1588 pudo, al fin, salir la escuadra de Lisboa; pero á la vista del cabo Finisterre la dispersó un fuerte temporal, que obligó á parte de la Armada á refugiarse en La Coruña, donde hubo de permanecer algunas semanas reparando averías.

Zarpó luego el 22 de Julio para Inglaterra, y nueve días después se libró el primer combate con la escuadra inglesa, en la que se encontraban las naves de lord Howar y Drake.

El enemigo seguía á retaguardia con propósito de hostilizar y quitar elementos, pero sin entablar combate formal.

El día 2 de Agosto la Armada española embistió resueltamente á las naves inglesas; pero éstas se retiraron, y el día 6 ancló la escuadra en la rada de Calais.

Durante la noche de ese día vieron los españoles acercarse ocho barcos encendidos, que venían de la parte de Wight. Era una estratagema de Drake, que logró su objetivo, pues entró una gran confusión en la Armada, y el duque de Medina Sidonia mandó llevar anclas, cortar cables y salir á combatir al enemigo.

Apenas hecha esta operación, levantóse un

fuerte temporal, y la Armada fué arrastrada hasta frente á Gravelinas.

Ya en alta mar, los españoles lucharon en vano contra los ingleses y contra el viento, que empujaba las unidades hacia las costas...

Mientras los ingleses habían desaparecido, y como el temporal impedía todo movimiento estratégico, se dió orden de regresar á España, dando la vuelta á Escocia por el Norte.

Once días fué la escuadra víctima de una terrible tempestad; durante ellos se dispersaron los buques, y fueron sucumbiendo á las iras de la Naturaleza.

El balance de la expedición fué trágico: ocho mil muertos, dos naves abandonadas al enemigo, tres perdidas en aguas de Francia, dos cerca de Holanda, dos sumergidas en combate, diez y nueve embarrancadas en Irlanda y Escocia, y treinta y cinco de cuya suerte no se supo jamás. Y una pérdida, además, de mil cuatrocientos millones de reales... Tal fué el resultado de la expedición de «La Invencible» contra Inglaterra...

Expedición que el rey católico hizo, convencido firmemente de la incompatibilidad de la grandeza simultánea de Inglaterra y España; empresa desgraciada que intentó no «por ganar más vasallos», sino por defender la fe católica en aquellas islas...

Del desastre ha quedado una frase del rey, quien al conocer la pérdida de la escuadra y sus causas, limitóse á decir: «Envié á mis naves á luchar con hombres, no con los elementos.»

Frase cruel, responso irrespetuoso á las ocho mil víctimas que posiblemente no sea sino una invención de historiadores enemigos. Pues lo que sí es cierto es que Felipe II mandó atender á los enfermos y heridos con sumo cuidado, prohibió llevar luto por el desastre para evitar la depresión en el espíritu público y empezó inmediatamente á preparar otra Armada para acometer la misma empresa...

Tenacidad, fe en los destinos de su patria, clarividencia del problema europeo, y si acaso, como único pecado, un arrogante desdén por el peligro y un desprecio orgulloso por la mala fortuna... Virtud, al cabo, lo bastante española para indemnizarnos de las veleidades de la suerte á la que tantas veces España supo domar y frenar con el mismo gallardo ímpetu que á uno de sus corceles de guerra...

ANTONIO LUPIANEZ

CASTILLA

EN EL JARDIN DUCAL DE ALBA

SIEMPRE que vengo á este jardín abandonado, que fué de los duques de Alba, y que hoy se encuentra en poder de unos pobres aldeanos que riegan sus tomates y sus cebollas, me place abrir un libro de Garcilaso y saborearlo á mis anchas, sentado en uno de los bancos de alabastro que hay en uno de sus rincones más evocadores. Detrás de mí, en unas piedras rotas que antes decoraban una fontana, dos gigantes sostienen el escudo de los Alvarez de Toledo. Enfrente, domina sobre la villa de

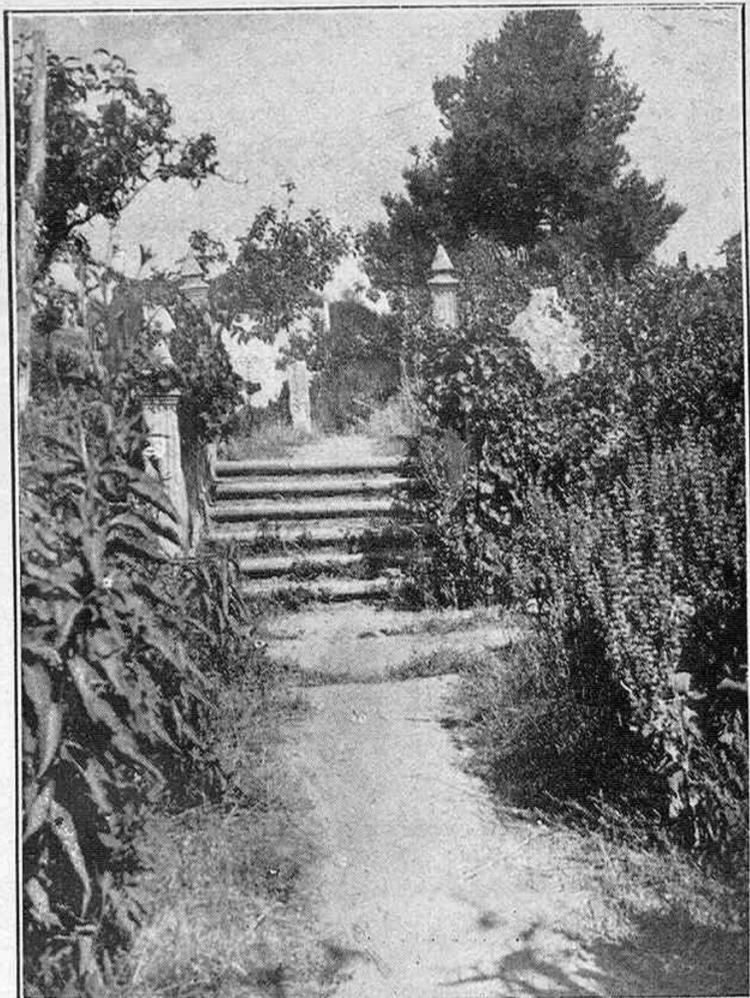
aquesta tierra de Alba, tan nombrada,

la mole ingente del castillo y la torre de San Pedro. Ni un ruido, ni rastro de persona viva en torno á mí. Canta sus lamentos el quejumbroso Tormes en esta plácida hora del atardecer. Unos lindos soportes de alabastro venidos de Italia, que antes sostuvieron unos graciosos leoncillos de mármol de Carrara, se van desmoronando poco á poco. En la que fué soberbia escalinata de acceso, el hortelano riega sus hortalizas. Del convento franciscano de Santa Isabel llega una salmodia lenta de rezos monacales que se van apagando. Unos niños, en el atrio que fué de San Martín—por él pasó Teresa de Jesús en un borriquillo, camino de Peñarandilla—dicen un romance infantil que siempre me llena de melancolía:

Rey moro tenía tres hijas,
todas tres como la plata;
la más pequeña de todas,
Delgadina se llamaba...

En este jardín y en este rincón precisamente, y tal vez en este banco donde yo estoy leyendo ahora, hace ya más de cuatro siglos que Garcilaso de la Vega, calladamente, regaladamente, temblorosamente, dijo sus más inefables secretos del corazón á una dama rubia y portuguesa. Doña Isabel de Freyre—azafata de los duques—se llamaba esta señora. Era alta, dulce, donairoso y gentil. Llevaba sus cabellos en redecilla; rodeaba el cuello esta mujer,

más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por Abril de flores lleno,



Escalinata del jardín ducal de Alba de Tormes

de finos encajes color perla de Milán y un gracioso juboncillo cubría su busto en flor de doncella. El caballero toledano bebió los vientos por doña Isabel. Doña Isabel es la Elisa:

Dime, Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pesas y mides,
y su mudanza ves, estando queda,
¿por qué de mí te olvidas y no pides
que se apresure el tiempo?...

Con Elisa, con la doña Isabel de carne y hueso, el caballero toledano del «dolorido sentir» quiere vivir á solas:

Contigo, mano á mano,
busquemos otro llano;
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse y siempre pueda verte
ante los ojos míos...

Este jardín abandonado de Alba de Tormes, solo, maltrecho, repudiado por los hortelanos porque acaso no produce lo bastante en este siglo de hortalizas que llamamos el siglo xx, era en el xvi el nido amoroso de uno de los hombres más exquisitos y delicados de nuestra raza. Nadie ha escrito, ni antes ni después, en nuestra lengua castellana, versos más regalados y musicales:

¡Oh, más dura que el mármol á mis quejas
y al encendido fuego en que me quemó;
más helada que nieve, Galatea,
estoy muriendo y á la vida temo.
Tiembra mi corazón, pues tú me dejas.

¡Qué humano es evocar, con los versos de Garcilaso delante de los ojos, en este melancólico jardín de mi pueblo melancólico, el triste destino de las cosas!

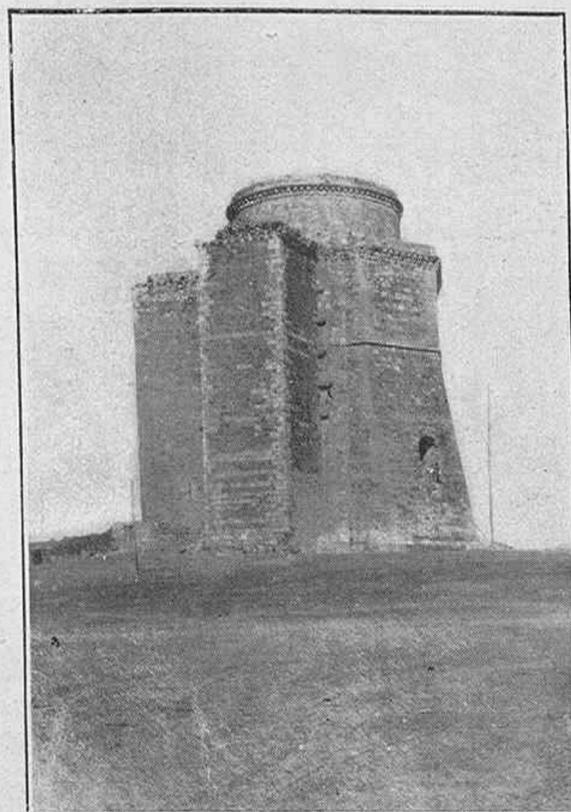
De la villa de las *Eglogas* apenas queda ya nada en pie. Unos paredones quemados apenas si recuerdan el Monasterio de San Francisco. Del atrio de San Martín, los muros de unas eras donde cantan los niños este romance, que también oyó Garcilaso en su niñez. De «la espesura de las torres altas», que tanto enhechiza á Nemoroso, restan dos campaniles nuevos de ladrillo, arañando el cielo crepuscular. Las campanitas de Santa Isabel tañen suavemente la hora del *Angelus*. Un auto rueda sobre la calzada—teresiana—de Peñaranda. Los duques, y los Príncipes, y los Poetas, y las Azafatas, y los Pajes, y los Bufones de la pequeña corte de los Alvarez de Toledo bostezan ahora por esas playas de Dios.

No queda otra cosa eterna sino el dolor de un hombre... Tal vez aquí mismo compuso sus versos Garcilaso. Contemplando lo infinito á través de los ojos azules y anchos de doña Isabel, este inquieto y «dolorido» caballero escribía en su espíritu el perfil y el gesto de la Amada:

Eserito está en mi alma vuestro gesto...
Vos sola lo escribiste; yo lo leo...

¡Cuántas veces el caballero—ojos grises y profundos, barba rubia, jubón negro, de mangas arrocadas, cruz de santiaguista al pecho, espada al cinto, chambergo de altas plumas en la hermosa cabeza pensadora—, cuántas veces dijo aquí el secreto de su «dolorido» sentir!:

Destá manera suelto yo la rienda
á mi dolor, y así me quejo en vano;
ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó su dulce prenda,
que aquel era su nido y su morada.



El castillo de los Alvarez de Toledo, en Alba de Tormes

¡Y cuántas, esquivando la mirada de los ociosos y burlones cortesanos, que leían alegremente en la misma lengua toscana los cuentos de Boccaccio y las ocurrencias del Aretino, Garcilaso sacaba del bolso una pequeña reliquia para besarla!:

Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan.
Descójolos, y de un dolor tamaño,
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.

No se hartan nunca de llorar los ojos del poeta caballero en este jardín. De llorar de alegría, de plenitud, de serenidad, de complacencia en el bien ajeno, que es una suerte de llanto que solamente conocen los buenos y los poetas...

José SANCHEZ ROJAS

Alba de Tormes, 1929.



Un soporte de alabastro, roto, en el jardín ducal



Agua del arroyo

Agua del arroyo,
brunido cristal;
¡quién fuera la brizna
que contigo va,
la clara burbuja,
el quedo cantar,
la hoja verde claro,
color de la mar!...

¡Agua del arroyo,
brunido cristal!

Mi corazón quiere
sus velas izar,

irse por la ruta
de prado en maizal,
amigo del viento,
del humo del lar,
amigo de todo
lo que no se está.

¡Agua del arroyo,
brunido cristal!

Refresca mi alma
con tu claridad;
llévala contigo
de huerto en pomar,

de valle en cañada,
de la tierra al mar;
¡de su celda estrecha
á la inmensidad!

Agua del arroyo,
brunido cristal,
¡llévame contigo
por siempre jamás!

F. MARTÍNEZ-CORBALÁN

(Dibujo de Seguí)





Casas blancas, apiñadas, como un grupo de amigos en confidencias

PALMA DE MALLORCA

« LA ISLA DE LA CALMA »

A la sombra fresca de los pinos jóvenes, frágiles y esbeltos, que cubren los montes de San Cugat, me hablaron una vez de esta isla encantadora. La mayor de todas las que componen el Archipiélago balear. «La Isla Dorada». «La Isla de la Calma». «La Meca de los pintores». «La Perla del Mediterráneo». La joya más valiosa que el Rey Jaime I de Aragón supo incorporar a su corona. La que, con Menorca e Ibiza, ha llegado a formar una interesante provincia española, patria de grandes hombres; entre los que podemos contar, por su fama, al Beato Ramón Llull y a fray Junipero Serra, fundador de San Francisco de California.

Fué una mujer. Y desde entonces, a pesar de la suntuosa visión que conservo de otras islas maravillosas, hasta donde me llevaron un día mis locas aventuras, he recordado siempre la que ella supo dibujar con sus palabras:

—Cuando puedas vete a Palma—me decía—. Allí encontrarás el mejor descanso para tu vida agitada.

Pasó el tiempo, y fui piedra rodada de todos los caminos: América, Francia, Italia, Portugal... Diferentes países me vieron llegar con la carga infinita de mis pesares, para dejar en ellos la música extraña de estos versos que fueron y son las piedras preciosas de mi fortuna. Y, por fin, hoy, fatigado del viaje y de la lucha, decidí hacer un alto donde poder gozar de esa tranquilidad, de ese bienestar y de esa calma que me faltaban.

Palma de Mallorca ha de satisfacer mis ambiciones—me dije—. Y en el vapor *Rey Jaime I* salí de Barcelona hacia la isla encantada.

He pasado la noche dando vueltas en mi litera sin poder conciliar el sueño. Tenía tantos deseos de llegar, que varias veces subí a cubierta, esperando descubrir en el horizonte una luz que calmara mis anhelos. Pero regresé al camarote más triste aún, con los ojos cansados de mirar en vano.

A las cinco de la madrugada, después de pasear mi impaciencia desde proa a popa y desde

popa a proa, recostado en la baranda del puente, pude ver, lleno de alegría, el parpadeo luminoso de un faro. Acto seguido, unas gaviotas fueron a posarse en la punta del palo mayor. Y en medio del mar aparecieron unas rocas negras, como fantasmas gigantes. Sobre ellas, la pincelada verde de unos pinos.

El cielo, siempre azul, de un azul purísimo, iba adquiriendo vivas tonalidades. Estaba amaneciendo.

Pasaron unos minutos, y entonces pude admirar el panorama más bello de mi vida: como una visión fantasmagórica, como la realidad de un sueño inexplicable, como un capricho oriental, surgió del fondo del Mediterráneo la nunca bien elogiada ciudad de Palma. Una ciudad pequeña, de casas blancas, apiñadas, como un grupo de amigos en confidencia que quisieran dedicarnos un saludo.

Antes de entrar en la espléndida bahía, fuimos dejando, a la izquierda, el islote «Dragonera». Unas montañas verdes, de un verde sombrío que se iba difuminando hasta adquirir tonos grises en la lejanía. El «Terreno», con sus balnearios, hoteles y caseríos. Sobre un monte breve, cubierto de frondosa vegetación, altivo, señorial, magnífico, el legendario «Castillo de Bellver»: antigua fortaleza de planta circular; insuperable esfuerzo debido al arte militar de la Edad Media. Y al fondo, como grandiosa atalaya, como el mejor tesoro arquitectónico de los siglos, las góticas y puntiagudas torres de la Catedral...

El vapor *Rey Jaime I* entró en el puerto.

Un mozo. El equipaje. Una tartana. Y a los pocos minutos, en el hotel.



Tipo payés

Verdaderamente, Palma de Mallorca es «La Isla de la Calma». Parece que los mallorquines no conocen la prisa, y menos aún la inquietud. Van por las calles despacio. Quizá demasiado despacio. Como si nada les importara llegar tarde a todas las citas, a la oficina o al taller. Parecen seres desocupados que no han trabajado nunca. Que siempre vivieron de sus rentas. Y hasta es seguro que si a alguno le dijeran: «Señor,

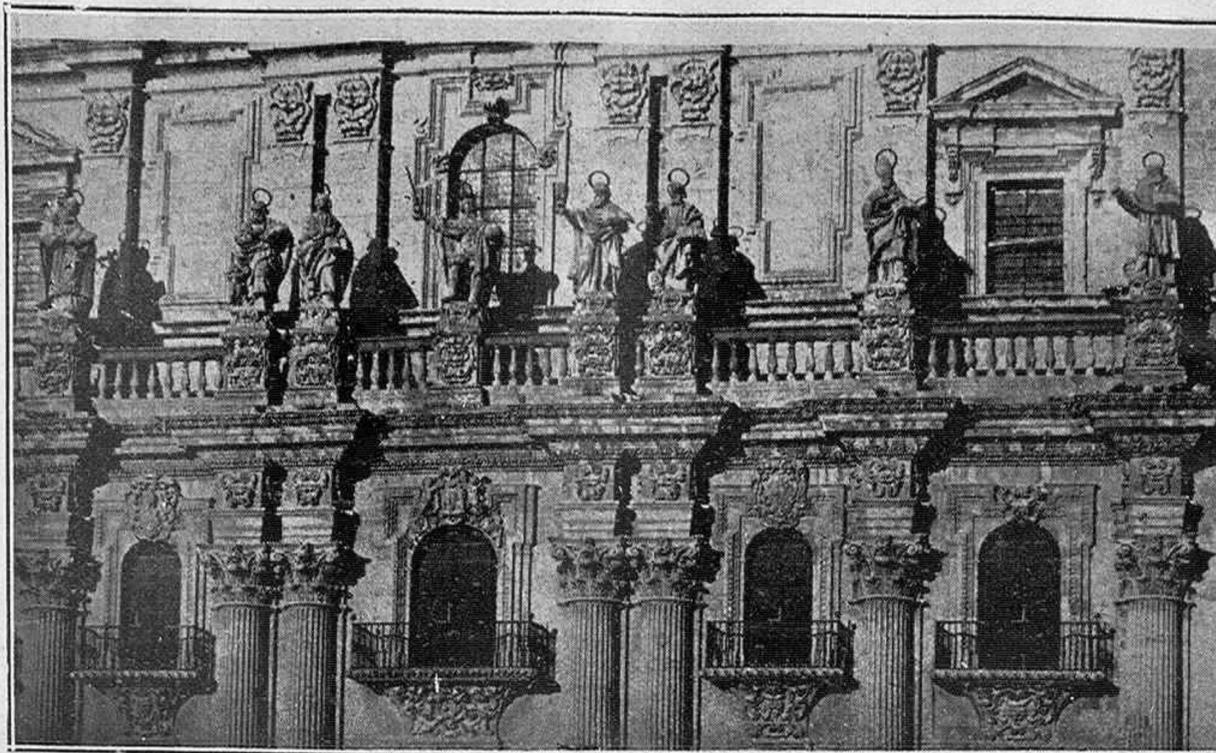
toda su casa está ardiendo; su mujer y sus hijos van á perecer entre las llamas», había de contar, después de dedicarnos esa sonrisa de bondad que les caracteriza: «Muchas gracias por su aviso; después de tomar café iré á ver lo que ocurre.»

Y el caso es que triunfa el orden. Que los campos suponen una riqueza fabulosa, porque la tierra está admirablemente cultivada. Que existe la abundancia. Que no hay pobres. Esa acentuada miseria tan vulgar en las grandes ciudades, donde todo es movimiento, actividad, lucha, inquietud. Que nada les falta.

Y que sin correr, sin apresurarse, llegan á todas partes con los mejores y más prósperos resultados.

¿Cuándo trabaja el mallorquín? Este es el secreto. Pero lo cierto es que trabaja. Y que se afana por mostrar á los ojos del forastero una tierra bella, culta y productora, como pocas podemos encontrar.

La ciudad es pequeñita, alegre y bulliciosa. Sus calles, muy limpias. Casi todas estrechas, torcidas y largas. Algunas están en cuesta y tienen unas escaleras interminables, como la de Santo Domingo, la de Berga, la de Cintas y la del Teatro. Esta última, invadida á todas horas



La Catedral de Palma de Mallorca



Palma.—Calle de la Almudaina

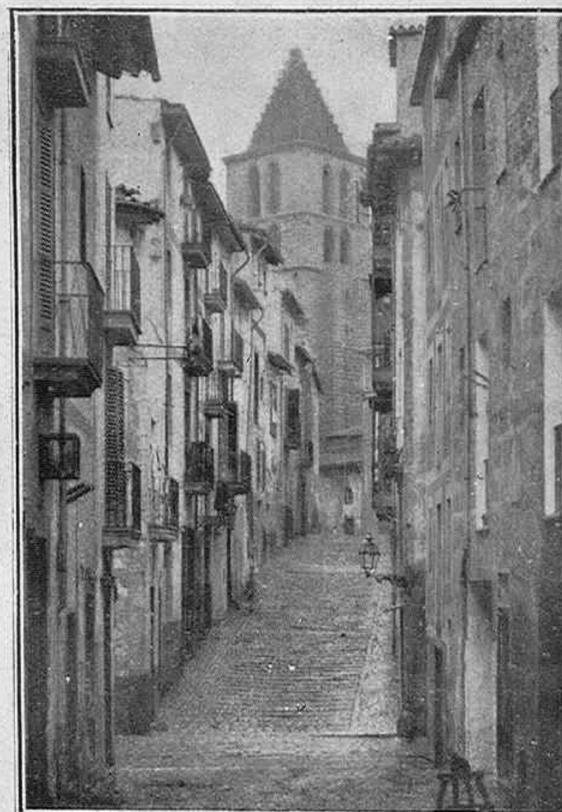
por los vendedores ambulantes de baratijas, que á derecha é izquierda muestran sus variadas mercancías en el suelo, dando fuertes gritos, con los que atraen infinidad de compradores.

Tiene cuatro grandes teatros. Una plaza de toros con cabida para 16.000 almas. Muchas escuelas. Jardines. Dos hermosos paseos: «La Rambla» y «El Borne», donde las lindas muchachitas acuden al anochecer en busca del galán, que tiene siempre para ellas un piropo, y que sabe contarlas, tan bien, sus aventuras en países lejanos.

Cuatro periódicos diarios: *El Día*, *La Última Hora*, *La Almudaina* y *El Correo de Mallorca*. Varios cafés, donde una taza de rico moka y una copa de buen anís valen solamente quince céntimos. Cómodos hoteles. Buen servicio de taxis. Coches de caballos. Aristocráticos casinos con amplias terrazas. Y *el fomento del turismo* mejor organizado de España, porque hasta aquí llegan diariamente centenares de turistas de todas las fronteras.

Las industrias principales son: el calzado, el embutido y la mimbre, [de la que hacen esas maletas y baúles que se venden en todas partes.

También tiene muchos monumentos de incalculable valor artístico: el de Jaime I *el Conquistador*, el Consulado, la Catedral, el Claustro de San



Palma.—Calle de Olivera

Antonio de Viana, el palacio de la Almudaina, el Ayuntamiento y las casas señoriales, blasonadas por heráldicos escudos. Donde habita la nobleza mallorquina.

Tiene, en fin, un rápido ferrocarril, en el que se puede recorrer toda la isla, para saborear sus encantos y sentir con ello la más deliciosa de las emociones.

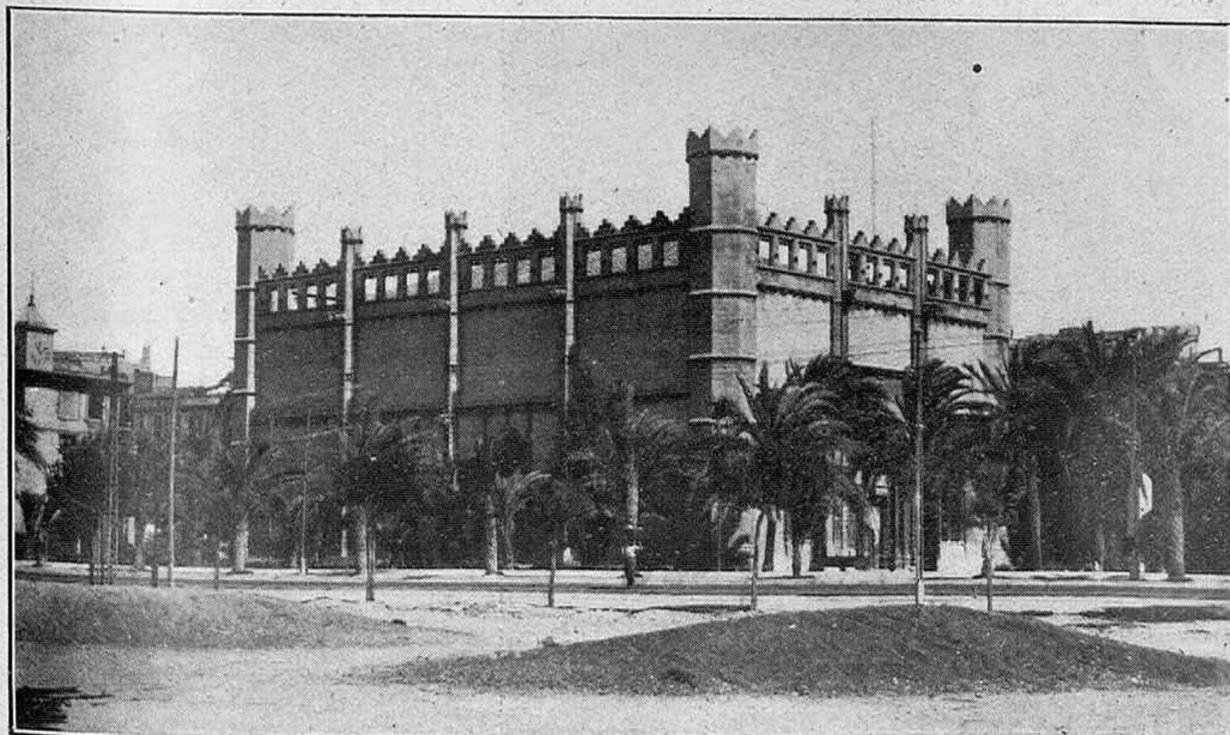
•••••

Satisfecho de mi primer paseo dentro de la ciudad, regreso al hotel para acostarme. Las calles están desiertas. De vez en cuando pasa algún trasnochador que se pierde en las sombras, dejando, como yo, el eco breve de sus pisadas.

Ya en mi habitación, oigo la voz del vigilante, que turba el silencio absoluto de la noche: «Serenoooooo, alabado sea Dios, las doce y serenoooooo...!»

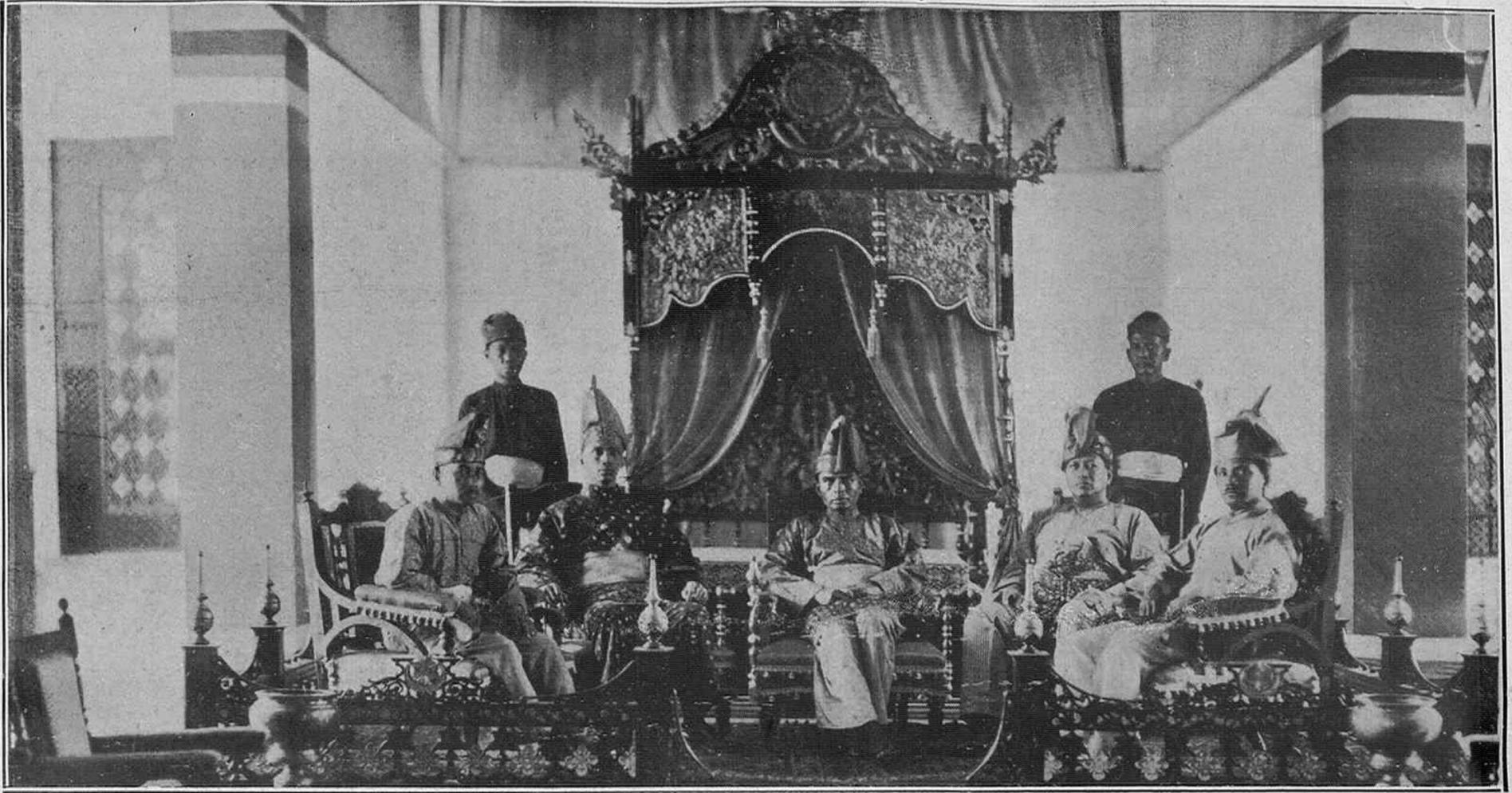
Y me quedo dormido, deseando llegue pronto el nuevo día para ir en busca de otras bellezas.

MARIO ARNOLD



Palma.—La Lonja

Palma de Mallorca, 1929



El Sultán de Perak, con sus Rajaes, en el trono de Opoh, la capital de Maylay, el protectorado inglés. Este monarca es un ex alumno de Oxford

INFORMACIONES COMENTADAS

El puro amor de la Ciencia ó los buscadores de caucho

UN lector, que por su posición en el mundo diplomático me impone la reserva de su nombre, me escribe comentando recientes artículos que dediqué en *Nuevo Mundo* á las andanzas de expediciones de sabios yanquis por el mar de la China y el Estrecho de Malaca. «Pocos empeños periodísticos—me dice este lector—habrá más útiles y beneficiosos que el de preparar á la opinión española para sucesos que vendrán inevitablemente. Dueños los yanquis de Filipinas, basta contemplar un mapa del mar de la China para comprender que tarde ó temprano tiene que prender en el espíritu de ese pueblo todopoderoso, como un ideal nacional, el anhelo de ser dueños de las islas de la Sonda, sometida la mayoría de sus territorios á una nación pequeña como Holanda, sin escuadras y sin ejército... Esta misma debilidad ampara la posesión y el dominio; sería monstruoso, ante la Humanidad y ante la Historia, un acto de fuerza; parecería hecho monstruoso también una compra de tan ricos dominios. Esta doble dificultad hace girar el pensamiento yanqui hacia la cercana costa de Asia, donde el reino de Siam, Birmania, Cambodge, Laos, por ejemplo, pudieran desprenderse sin gran quebranto y gran escándalo de los coloniatos británico ó galo, en canje y saldo de buenas deudas... Ya sé que la idea despierta gran indignación en los pueblos poseedores y que se le repele con una frase heroica y rimbombante; pero la realidad es que los Estados Uni-



dos necesitan caucho, y lo tendrán... Esto es todo; si no se le da por las buenas se lo tomarán por la tremenda. Véase esto claramente expresado en cifras recogidas de estadísticas de hace dos años, referentes al consumo de caucho en el mundo:

Estados Unidos..	388.000 toneladas.
Inglaterra.....	50.000 —
Francia.....	40.000 —
Alemania.....	20.000 —

A estas horas, los Estados Unidos, que consumen cuatro veces más caucho que el resto del mundo, no tienen un sólo árbol productor que puedan llamar suyo; han hecho plantaciones en El Brasil, en Liberia, en Cochinchina, en el Sur de Annam. Y he aquí la mayor necesidad del mundo sometida á una satisfacción precaria, lograda en extrañas tierras, á merced de gobiernos extranjeros.

Desgraciadamente para la paz del mundo, las tierras apropiadas para el cultivo del hevea no se ofrecen con la extensión y diversidad de los yacimientos de petróleo. La destilación del caucho necesita el calor del Ecuador, la proximidad del mar, la humedad abundante, etcétera, etc. Al lado

Grupo de exploradores norteamericanos en las selvas de Borneo, capturando serpientes

de aquella necesidad yanqui, véase la zona de producción:

Malasia inglesa ...	268.000 toneladas.
Ceilán	45.000 —
Indias holandesas.	180.000 —
Brasil	26.000 —
Indochina	9.000 —
Varios países. ...	30.000 —

En breves años esta estadística se modificará profundamente. La producción habrá aumentado considerablemente en Java, en Borneo, en Cochinchina, en Bangkok, Cambodge, Annam y Laos... Algo así como hecho á medida de la necesidad yanqui. ¿Cómo no pensar que este Estado, que necesita tierras propias para cultivar el prodigioso árbol cauchotero, que al cabo de los siglos viene á servir á la civilización con mayor eficacia que la servirán la vid y el olivo legendarios, es acreedor de Inglaterra por la enorme suma de once mil ciento seis millones de dólares y es acreedor de Francia por seis mil ochocientos cincuenta millones de dólares?»

Llegan ahí las observaciones de mi lector. Bueno será completarlas haciendo notar que la guerra del caucho está planteada desde 1918 entre Inglaterra, el mayor productor, y los Estados Unidos, el más grande consumidor. Una restricción de producción imaginada con el nombre de «plan Stevenson», por los productores ingleses, fué el reto imprudente que los yanquis han recogido. Hay, no sólo un interés nacional, un interés vital para la industria más poderosa que tienen hoy los

Una danzarina del Sultán de Perak. Estas muchachas, entre los quince á diez y ocho años, son verdaderas artistas de la danza, y se considera como un privilegio formar parte de los regios coros. Sus trajes riquísimos están adornados con broches de oro y piedras preciosas



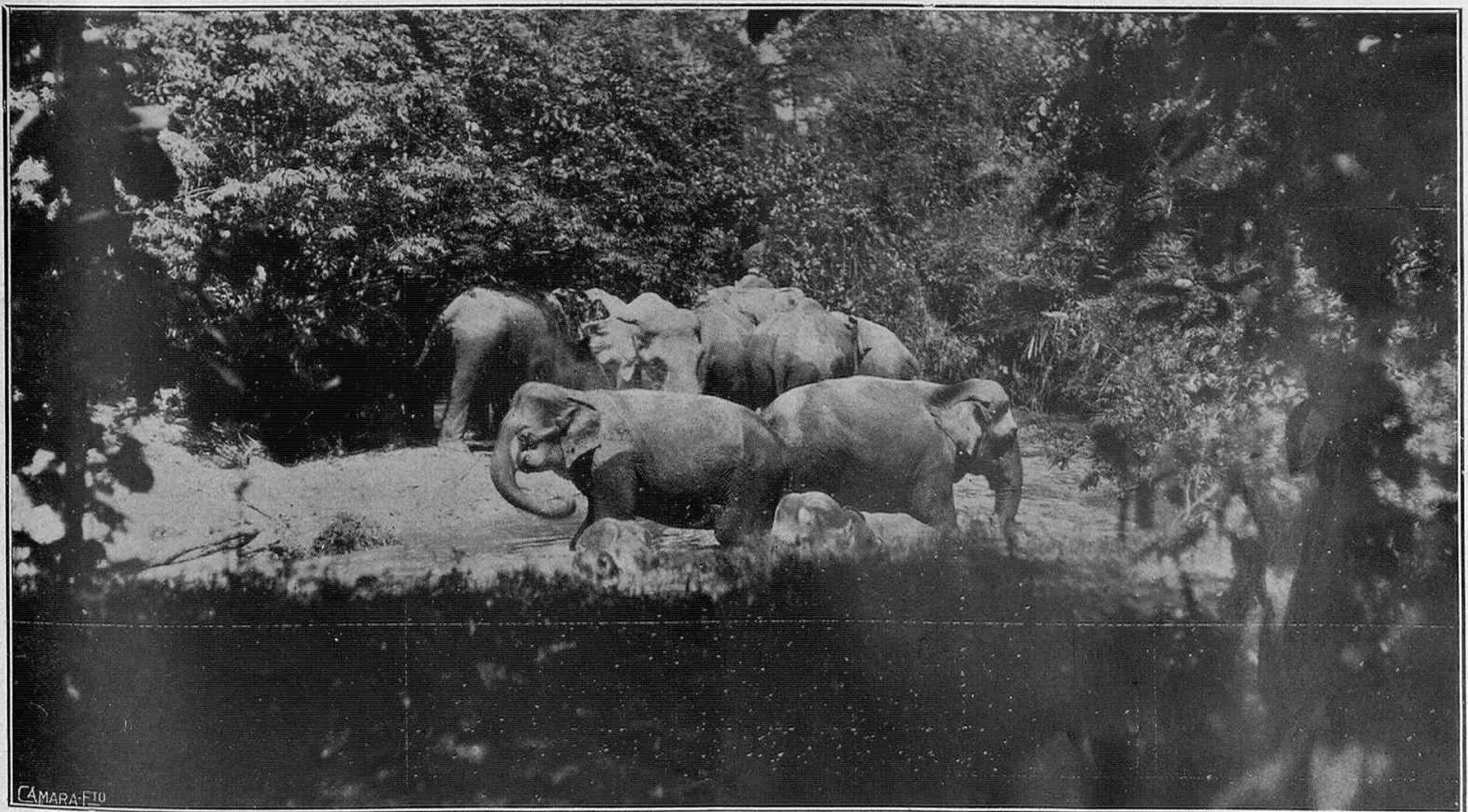
Estados Unidos, sino una razón de perfeccionamiento y bienestar humanos. Sin caucho abundante, sin caucho barato, el aumento y difusión del automóvil, que ha de transformar al mundo, se lograrán difícil y lentamente.

Se justificará así el saciamiento de una necesidad de que son precursores estas expediciones de sabios yanquis que han recorrido Borneo, Sumatra, Java, Malaca y la Indochina.

Regresan á sus Universidades, á sus Parlamentos federales y á sus redacciones, proclamando que Reclus tenía razón cuando aseguraba que estas islas y penínsulas son «la obra maestra de la Creación», verdad que ya afirmara en 1521 nuestro Sebastián Elcano, cuando descubiera este encantado paraíso y lo denominara Islas de la Especería, perfumado con el aroma del sándalo, el alcanfor, la pimienta, la nuez moscada, la canela, la vainilla, el ilang, el pachulí y cien otras plantas odoríferas...

Regresan también estos profesores yanquis clamando que á pesar de todos los progresos materiales, puertos, ferrocarriles, carreteras, saneamientos, telégrafos y demás obras y servicios que las metrópolis han realizado, los indígenas siguen sometidos no sólo al bárbaro despotismo de rajás, sátrapas y reyezuelos, sino á la inclemente esclavitud de financieros y colonizadores... Se responde así á la acusación llevada á la Sociedad de Naciones de que en Liberia se vendían esclavos para las plantaciones de caucho hechas por los yanquis. Y he aquí, como prueba de la virginidad en que están aún estos territorios, las películas de los bosques donde viven manadas de elefantes y se pueden capturar con lazo terribles culebrones... Y se invoca la civilización y la libertad para plantar árboles que produzcan el caucho que necesitan los fabricantes de automóviles...

DIONISIO PÉREZ



Una manada de elefantes bañándose en el río, durante las horas del terrible calor que se sufre durante el verano de Borneo (Fots. Ortiz)

CAMARA-FIO

LAS EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN CONSTANTINOPLA

LA «PUERTA DE ORO» Y SU HISTORIA

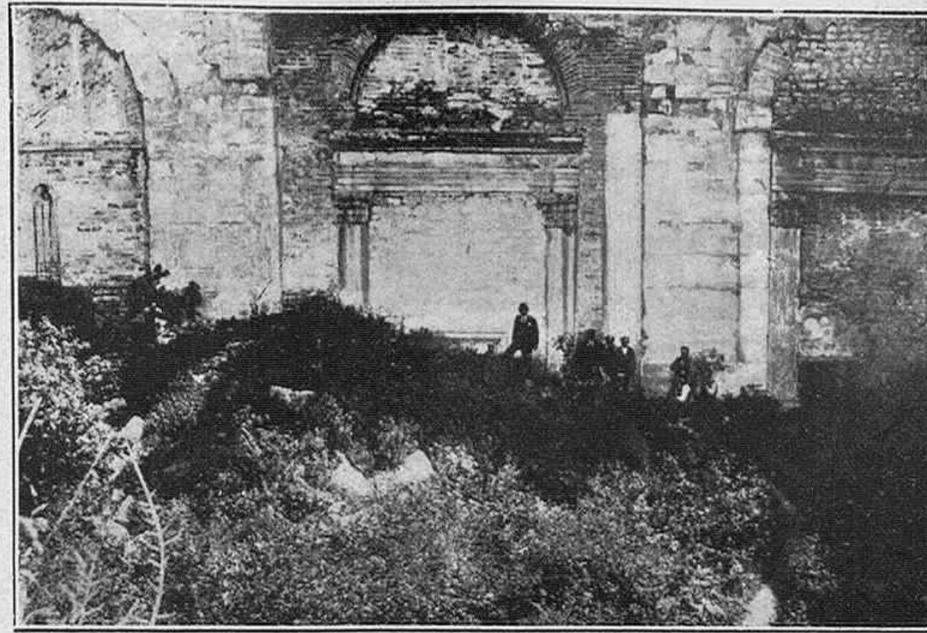
Es la *Puerta de Oro* uno de los monumentos más famosos y románticos de cuantos han sobrevivido en Constantinopla á las injurias del tiempo y á la barbarie de los hombres. Hubo de ser construido por orden del Emperador Teodosio el Grande entre los años 388 y 391. Así lo consignaba la inscripción original sobre el arco del centro, y que decía textualmente: «Teodosio decoró este lugar cuando pereció el tirano. El que construye la Puerta de Oro nos lleva á la Edad de Oro.»

Desde aquel tiempo la leyenda y la historia, de consuno, no han cesado de referirse, con uno ú otro motivo, á la fundación teodosiana. Ya en la época de su nacimiento decíase que quien pasaba bajo la Puerta de Oro hacía probable el llegar á Emperador de Constantinopla. Y es lo cierto que la clausura definitiva de la puerta, inmediatamente después de conquistar los turcos la ciudad, fué ordenada para impedir á los ambiciosos osados cualquier intento de mejora personal cimentada en el paso bajo el Arco de Teodosio.

Al ocurrir la ocupación de Constantinopla por las tropas inglesas, en 1918, aseguraba la voz popular que no habiendo entrado los conquistadores por la *Puerta de Oro*, aún tapiada, no permanecerían mucho tiempo en la ciudad. Efectivamente, así fué: cinco años más tarde se verificaba la salida de las fuerzas de ocupación británicas.

El estado actual del histórico monumento no puede ser más deplorable. Aunque había resistido valientemente á través de los siglos fuertes terremotos, el violentísimo de 1894 cuarteó una de las torres laterales y derrumbó gran parte de los arcos. Pero aun con todo ese destrozo, la *Puerta de Oro* es una construcción majestuosa é impresionante, hallándose constituida por un triple arco al que flanquean dos enormes bastiones de mármol blanco formados de losas superpuestas de un pie de espesor.

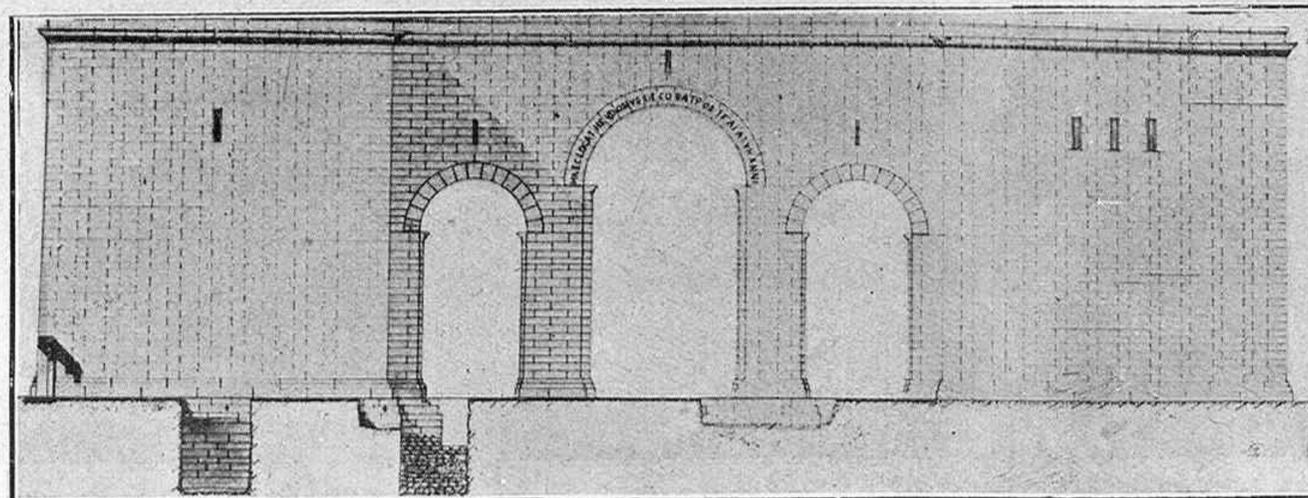
El monumento armoniza de un modo perfecto con las robustas murallas de la ciudad, de las que es una continuación. Hasta el momento de emprenderse las excavaciones á que se refiere este artículo, la puerta se hallaba casi oculta por montones de escombros. Se desconocía su exacta historia arquitectónica, y no se habían estudiado, ó se habían estudiado poco, los métodos y la naturaleza de su construcción. Tales han sido, pues, las finalidades perseguidas, al acordar la *British Academy* y el Mu-



La «Puerta de Oro» antes de comenzar las excavaciones que han dejado al descubierto la magnífica joya arquitectónica teodosiana



Parte exterior del muro que flanquea la «Puerta de Oro», y que al tiempo de su construcción decoraban hermosos alto-relieves



Aspecto de la «Puerta de Oro» en la época de su construcción por Teodosio

seo Arqueológico de Estambul el desescombro y limpieza total del monumento, ya desembarazado al presente de cuanto imposibilitaba el acceso y dificultaba su contemplación. Así ha podido quedar al descubierto una parte interesantísima de la magna obra teodosiana, cuya existencia no se sospechaba. Tal es un pequeño arco de mármol frente al arco del centro, que era como el propileo de la entrada principal. Tanto este ingreso como el pequeño se usaban especialmente al regresar los Emperadores de sus campa-

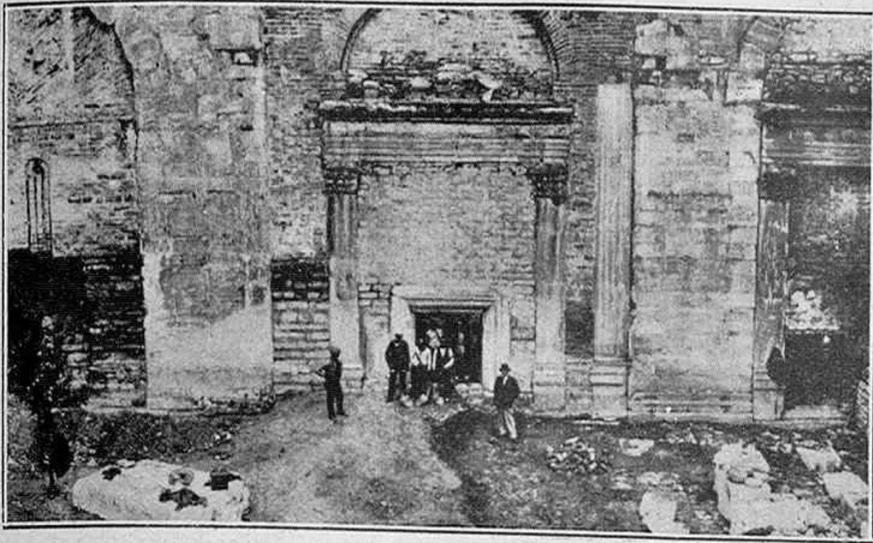
ñas victoriosas, como la de Heraclio en Persia, ó al tornar á la capital cubiertos de laureles los generales en sus luchas contra los bárbaros. También servían para la llegada á Bizancio de los Legados Pontificios ó de las embajadas orientales. Pero, aparte de tan solemnes ocasiones, la Puerta de Oro—así llamada porque sus hojas se hallaban cubiertas de planchas de bronce bruñido—permanecía constantemente cerrada y custodiada en su interior por un fuerte destacamento de legionarios imperiales.

Uno de los objetos de las actuales excavaciones revestía especial importancia arqueológica y artística. Los viajeros más antiguos habían descrito minuciosamente doce alto-relieves que adornaban la parte exterior del muro que flanquea el propileo. La primera mención de dichos alto-relieves se hace ya en los relatos de viajeros de principios del siglo xv. Al llegar el año 1791 se pierde el rastro de la referida obra escultórica, que en 1544 había visto aún emplazada en su primitivo lugar el anticuario francés Gilles, que confirmaba en sus descripciones el número de doce alto-relieves antes mencionados.

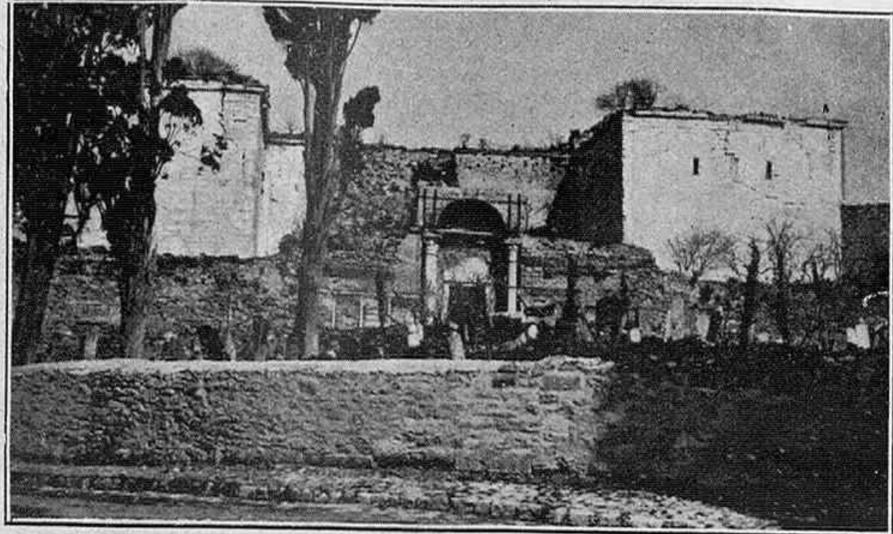
Pero antes de la fecha primeramente expuesta, en 1625, un embajador de la Gran Bretaña cerca del Gobierno otomano, intentaba adquirir para la famosa colección de mármoles antiguos reunida por lord Arundel, seis de los alto-relieves teodosianos, únicos que, aun en extremo deteriorados, eran los que habían logrado salvarse de las injurias del tiempo y de las depredaciones de los hombres. Amotinóse el populacho de Constantinopla al circular la noticia de la venta á una

potencia extranjera, y la negociación no pasó adelante. Luego, varios temblores de tierra debieron acabar la obra destructora de los años, y de las doce obras de arte no quedaron sino los fragmentos que ahora van apareciendo en las excavaciones.

Por las descripciones del referido embajador inglés se sabe que los relieves representaban *Los tra-*



Vista general de la «Puerta de Oro» desde la parte exterior de las murallas

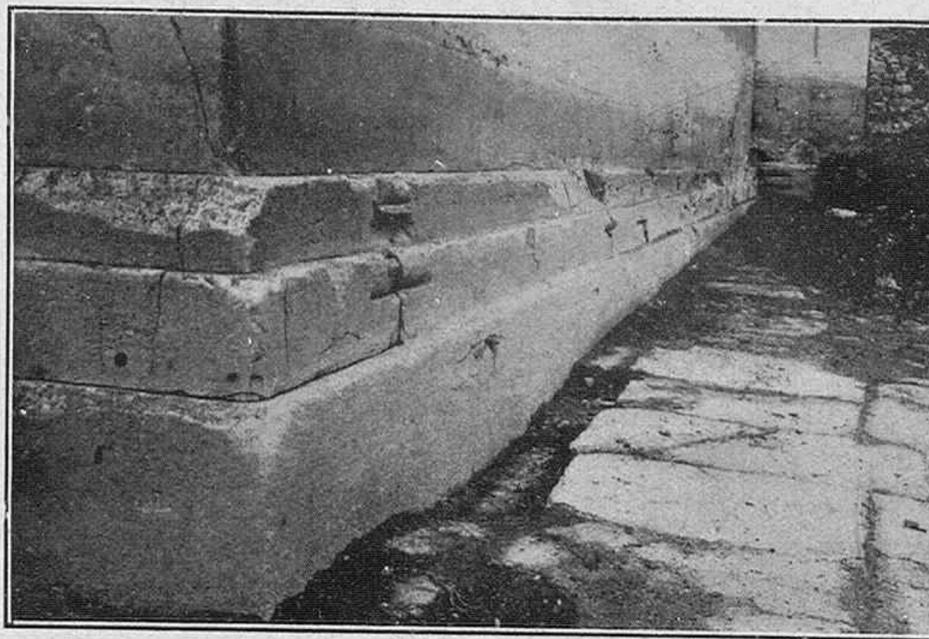


La «Puerta de Oro» despejada de los montones de escombros que la obstruían desde hace siglos

bajos de Hércules, Endimión y Diana, Pegaso y las Musas, y otros asuntos mitológicos, comprobando este aserto el hallazgo durante los actuales trabajos de una magnífica cabeza de Diana y de una mano de la misma diosa lunar, más un pequeño fragmento de escultura femenina que se supone es una de las musas.

Aparte de estos descubrimientos artísticos, los principales resultados de las excavaciones han sido mostrar en detalle las características arquitectónicas de la célebre Puerta de Oro. Podría decirse que la gradual ruina de este soberbio monumento triunfal, orgullo y pasmo de la maravillosa Bizancio en los tiempos teodosianos, es índice expresivo del ocaso y caída del poderoso imperio de Oriente.

Lo ya limpio de escombros permite reconstruir el monumento con bastante aproximación a su aspecto primitivo. Según puede verse en el adjunto dibujo de Mr. Stanley Casson, director de las excavaciones, la Puerta de Oro poseía originalmente tres arcos, alcanzando mayor elevación y anchura el central. En época posterior, acaso



Besamento de mármol del bastión septentrional de la «Puerta de Oro»

durante el reinado de Justiniano, hubo de pensarse que los huecos de la puerta eran demasiado grandes para formar parte integrante de un recinto fortificado, sobre todo tratándose de una ciudad que sufría frecuentes asedios. Entonces

se transformaron los arcos en huecos rectangulares, acortando la luz de los mismos. Todavía años adelante, quizá durante los siglos décimo ó undécimo, se tapió una de las puertas, y, por último, bajo la amenaza turca, no quedó abierto sino el hueco central, reducido á un verdadero portillo, que fué definitivamente tapiado por los otomanos al adueñarse de la ciudad en 1453. Una interesante reliquia del asalto de Constantinopla por las tropas de Mohamed II es un yelmo de fabricación italiana que lleva grabadas unas iniciales y fecha

de principios del siglo xv. Se supone que debió pertenecer á uno de los mercenarios venecianos mandados por Contarini, y que, según refieren las crónicas de la época, defendían la Puerta de Oro.

Esta formaba parte durante la dominación turca de una fortaleza llamada *Las siete torres*.

En ella eran encarcelados los embajadores y rehenes extranjeros cuando Turquía guerreaba con los países á que los detenidos pertenecían.

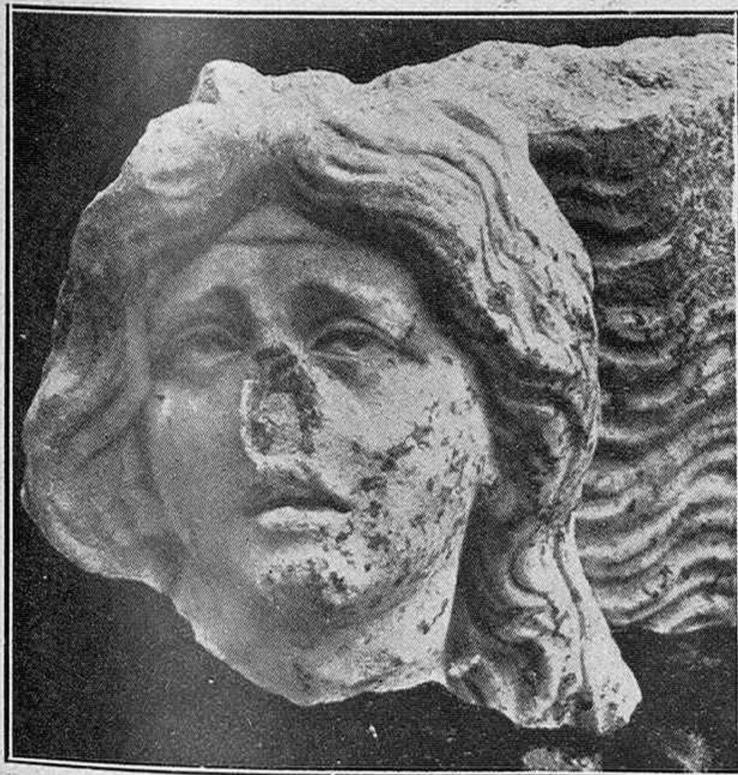
Aún pueden leerse en los muros de esta prisión de Estado las inscripciones trazadas por los cautivos.

La más completa es, sin embargo, la de un almirante veneciano que permaneció encerrado siete años en la referida fortaleza.

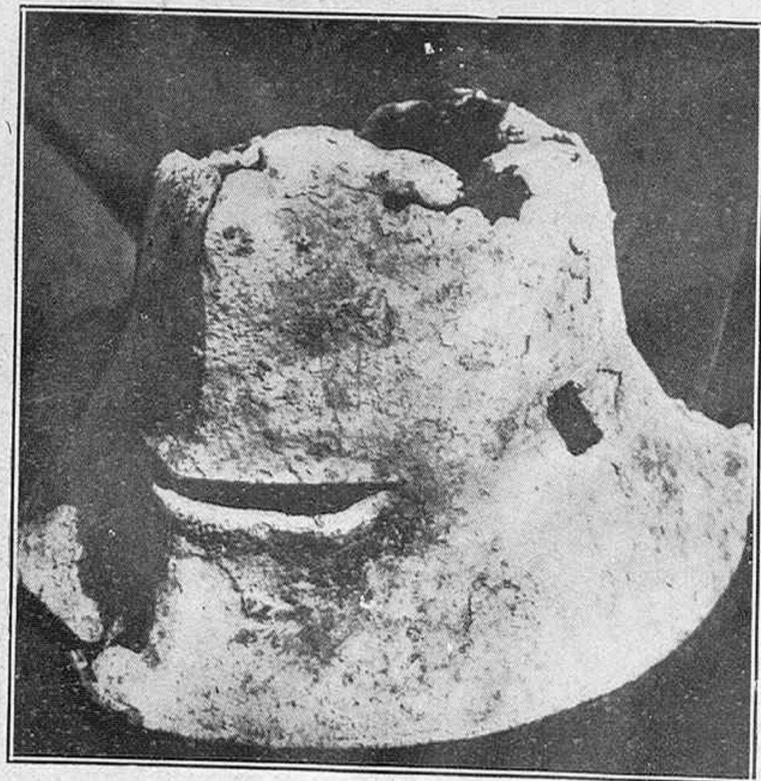
Tienen los trabajos realizados un indudable valor artístico y un no menor interés histórico.

La antigüedad nos ha legado signos borrosos de su grandeza, que los hombres de ciencia van lentamente esclareciendo.

D. R.



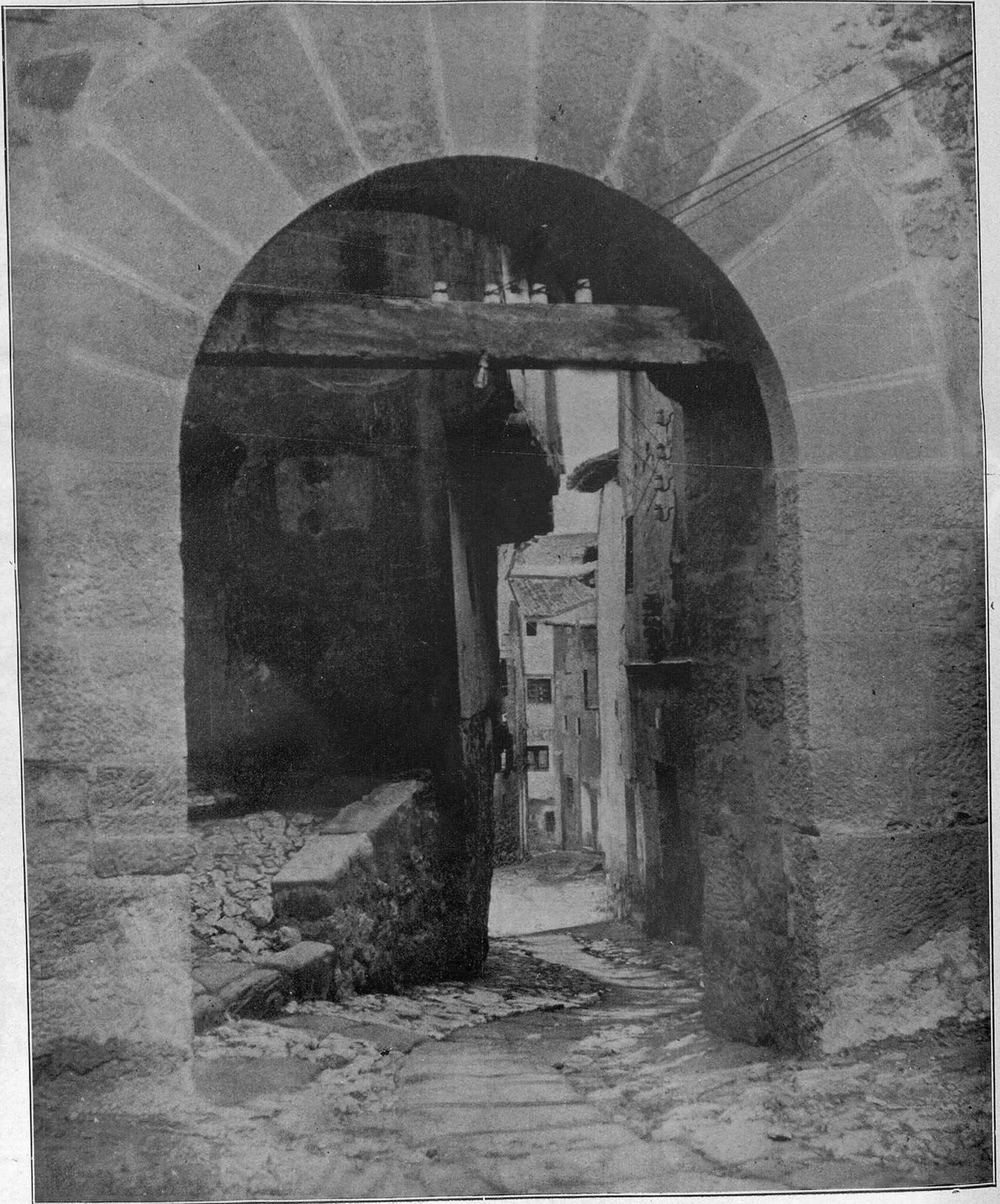
Cabeza de Diana, en mármol, descubierta durante las actuales excavaciones en la «Puerta de Oro»



Yelmo descubierto en las excavaciones y que debió pertenecer á uno de los mercenarios venecianos que defendieron á Bizancio en 1453 contra los turcos



E S P A Ñ A A R T Í S T I C A



Albarracín (Teruel).—Portal denominado de Molina

(Fot. López Segura)

VERITAS



LOS CABELLOS SANOS EMBELLECEN EL ROSTRO

Todos admiran una cabellera abundante y bien cuidada; porque los cabellos de seda, limpios, sanos y vigorosos -guirnalda de bucles- coronan la belleza femenina. Asegure usted ese preciado tesoro con la eficaz ayuda del

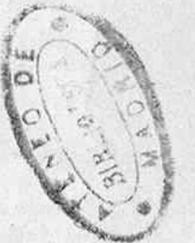
Petróleo Gal

Es la loción higiénica de tocador que mayor éxito ha obtenido en estos últimos treinta años. Extirpa la caspa y contiene la caída del pelo. Inofensiva, agradable de acción enérgica y segura. Vigoriza la raíz del cabello, favorece su crecimiento, realza su belleza natural.

**FRASCO, 2,50
EN TODA ESPAÑA**

El impuesto del Timbre a cargo del comprador

El Jefe del Laboratorio del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, certificó en Mayo de 1899, que el Petróleo Gal no contiene substancia alguna perjudicial para la salud ni es inflamable



GLOSA DEL «TENORIO»

DON JUAN EN EL CEMENTERIO



EN un caluroso día de Julio de 1530 arribó al puerto de Cádiz un navío que obra de veinte días antes saliera de la bahía de Nápoles. Traía por pasaje licenciados de los Tercios á quienes las armas ó las fiebres maltesas habían apartado del servicio del Rey, y venían rotos y aspeados á mendigar por los caminos y las lonjas de los templos de España; lo que Su Majestad, viéndoles inútiles, no creíase obligado á darles, puesto que ya no les había necesidad de ellos, que éste suele ser el triste fin del soldado.

Entre alguna gente de calidad que venía en la nave estaba don Juan Tenorio, que en los campos italianos parece que se portó tal como bueno, aunque más que en los dichos campos, lo hizo en la corte del Emperador, el cual, maravillado de sus galantes y arrojadas aventuras,

*dijo: Hombre de tanto brío
merece el amparo mío;
vuelva á España cuando quiera.*

Su merced, que estaba ansioso de tornar al principal teatro de sus hazañas, no se hizo rogar, y embarcóse en la primera nave que había de hacer el viaje con rumbo á las costas de su nación.

En Cádiz no se detuvo más del tiempo preciso para que su fidelísimo Ciutti comprara dos briosos cuartagos que les llevaran hasta el mismo Arenal de Sevilla.

Una legua antes de entrar los dos jinetes en la ciudad encaminábase hacia la quinta que tan violentamente hubieron de dejar la noche en que acaeció el rapto de doña Inés y la muerte de don Gonzalo y don Luis, y halláronse con la sorpresa de que la magnífica mansión había sido derribada y labrado sobre ella un pequeño pero suntuoso cementerio.

No hace mucha mella en don Juan la lúgubre mudanza; se encoge de hombros; encaminábase, siempre seguido de su fiel escudero, á una posada de la plaza del Salvador; descansan en ella amo y mozo, y cuando están satisfechos de sueño, dícele aquél á éste:

—Busca casa, pero casa nuestra y bien pro-

vista, donde nos alojemos desde esta noche. El mozo es despierto y travieso como el señor, y como tiene á su cargo dinero abundante en libranzas y giros de judíos genoveses, no tarda en cumplir al pie de la letra los mandatos de don Juan.

Pasando bajo los porches del Ayuntamiento, entérase de que en aquel mismo instante va á celebrarse en la Consistorial la subasta de una magnífica casa en el barrio de Santa Cruz,

*de un necio que se arruinó
por una mujer...;*

pujó Ciutti más alto que todos, y alzóse con la finca tal y como su dueño la dejara.

A punta de noche don Juan siente la necesidad de recorrer los antiguos lugares de sus aventuras, y una fuerza extraña le impulsa á visitar lo que en otro tiempo había sido su mansión; monta á caballo y allá se encamina, dispuesto á pasar algún tiempo entre sus víctimas.

Cuando llega al fúnebre recinto, en el que penetra resueltamente, como quien pisa en terreno propio, hállase con un hidalgo, que no es otro que el Escultor que labrara las efigies funerarias, que da el postrero vistazo á su obra, de la que mostrábase satisfecho por todo extremo.

A las preguntas interesadas de don Juan da el artífice cumplida satisfacción, aunque con prisa, pues la ciudad está lejos, enterándole de su propia historia y pintándole con tan vivos colores como estos—que, dicho sea de paso, no hacen la más ligera mella en el cínico ánimo del modelo—:

*Tuvo un hijo este don Diego
peor mil veces que el fuego,
un aborto del abismo,
un mozo sangriento y cruel
que, con tierra y cielo en guerra,
dicen que nada en la tierra
fué respetado por él.
Quimerista, seductor
y jugador con ventura,
no hubo para él segura
vida, ni hacienda ni honor.*

*Así le pinta la historia,
y si tal era, por cierto
que obró cuerdamente el muerto
para ganarse la gloria.*

... Y el «interesado» pregunta, displicente y un tanto molesto con la opinión gratuita del Escultor:

Pues ¿cómo obró?

Y responde aquél:

*Dejó entera
su hacienda al que la empleara
en un panteón que asombrara
á la gente venidera;
mas con la condición, dijo,
que se enterraran en él
los que á la mano cruel
sucumbieron de su hijo.
Y mirad en derredor
los sepulcros de los más
de ellos.*

Don Juan, á la clara luz de la luna contempla las estatuas de los que en los mortales filos de su espada encontraron el pasaporte para la otra vida, y tiene un sacrilego sarcasmo para cada uno; sólo al llegar al sepulcro de doña Inés, cuya muerte ignora y á la que reconoce por el prodigioso parecido, se inmuta y siente reanimarse el rescoldo de aquella gran pasión en que se abrasó su alma; ya no quiere testigos; desea estar solo con su amor de ultratumba, y luego de hacer un buen obsequio metálico al asombrado artista por la maestría con que supo dejar recordadas en el mármol las lindas facciones de la amada muerta, descubre quién es y le arroja de mala guisa, diciéndole:

*¡Viven los cielos!...
Dejad á don Juan Tenorio
velar el lecho mortuario
donde duermen sus abuelos.*

Y el hombre, invadido de un terror pánico, deja las llaves en manos del antojadizo caballero, gritando mientras atropelladamente busca la salida:

*¡Tomad! No quiero la piel
dejar aquí entre sus manos.
Ahora que los sevillanos
se las compongan con él.*

Apenas don Juan se ve solo, procura tranquilizar su abatido espíritu, conformándose con la decisión de su padre, y una leve ráfaga de arrepentimiento le hace exclamar:

*Hermosa noche. ¡Ay de mí!
¡Cuántas como ésta tan puras
en infames aventuras
desatinado perdí!
¡Cuántas al mismo fulgor
de esa luna transparente
arranqué á algún inocente
la existencia ó el honor!*

La efigie de doña Inés le atrae con fuerza sobrenatural, y, arrodillado ante el sarcófago, llora y protesta de que el adorado recuerdo se ha mantenido puro en el embate de las más rudas jornadas de su vida azarosa y pendenciera, y le pide un lado junto á ella en la mansión de la muerte.

Entonces el alma de doña Inés, que le espera sin desprenderse de la materia, se levanta y le ofrece la salvación, diciéndole:

*Yo á Dios mi alma ofrecí
en premio de tu alma impura;
y Dios, al ver la ternura
con que te amaba mi afán,
me dijo: «Espera á don Juan
en tu misma sepultura...»*

*.....
Por él vela; mas si cruel
te desprecia tu ternura
y en su torpeza y locura
sigue con bárbaro afán,
llévese tu alma don Juan
de tu misma sepultura...*

El terror se apodera de don Juan. El miedo del más allá invade su ánimo y le pone en riesgo de perder la razón. Cree que las estatuas de sus antepasados y de sus víctimas se mueven en sus pedestales, y en un espasmo de bravuconería impotente grita, poniendo mano á la espada:

*... ¡Alzaos, fantasmas vanos,
y os volveré con mis manos
á vuestros lechos de piedra!*

*.....
Yo soy vuestro matador,
como al mundo es bien notorio;
si en vuestro alcázar mortuario
me aprestáis venganza fiera,
daos prisa, que aquí os espera
otra vez don Juan Tenorio.*

Las ondas del eco llevan la temerosa voz fuera del sagrado recinto, y dos jinetes que caminan hacia Sevilla, así de como oyen á tal hora y en tan desusado lugar el nombre de don Juan Tenorio, penetran en el cementerio, dándose á conocer al empavorecido mozo, que de momento los mira como á fantasmas de la otra vida.

Mas pasado que es el primer momento de extrañeza, don Juan reconoce en ellos al capitán Centellas y á don Rafael de Avellaneda, antiguos camaradas de orgías y francachelas.

Hombres de pelo en pecho, creen que don Juan ha venido á escarnecer á sus víctimas, y el miedo tradicional á la muerte le ha hecho volver sobre su acuerdo. Ante tal suposición, don Juan, ya dueño de sí, responde con su habitual arrogancia:

*No á fe; contra todos juntos
tengo aliento y tengo manos.
Si volvieran á salir
de las tumbas en que están,
á las manos de don Juan
volverían á morir...*

Y encarándose con Centellas, que es quien ha lanzado la sospecha de cobardía, le apostrofa con tales palabras:

*Y desde aquí en adelante,
sabed, señor capitán,
que yo soy siempre don Juan
y no hay cosa que me espante.*

Conciértanse las amistades, y deseando saber los recién llegados nuevas de su camarada, invítanle á volver á Sevilla y que para distraer el camino les refiera las aventuras que ha corrido durante su ausencia; su merced se muestra propicio, diciendo:

*Lo haré así.
Si mi historia os interesa,
á fe que oirla merece,
aunque mejor me parece
que la oigais de sobremesa.*

Acceden Centellas y don Rafael, aunque protestando de que por ellos no vaya á dejar el anfitrión alguna más deleitosa compañía; don Juan protesta á su vez:

*¡Bah! Si apenas he llegado.
No habrá allí más que vosotros
esta noche...
Los tres solos cenaremos;
digo, si de esta jornada
no quiere igualmente ser
alguno de estos...*

agrega, dirigiéndose á las esculturas funerarias. Ante tan sacrílego convite son Avellaneda y Centellas quienes ponen mala cara, y don Juan, para vengarse de la duda en que pusieron su temeridad, les zahiere, diciéndoles:

*... á poder ser, estad ciertos
que cenaréis con los muertos
y os los voy á convidar.
.....
duda en mi valor ponerme,*

*cuando hombre soy para hacerme
platos con sus calaveras...*

Y encarándose con la efigie del Comendador, continúa:

*Tú eres el más ofendido;
mas si quieres, te convido
á cenar, Comendador.
Que no lo puedas hacer
creo, y es lo que me pesa;
mas por mi parte en la mesa
te haré un cubierto poner,
y á fe que favor me harás,
pues podré saber de ti
si hay más mundo que el de aquí
y otra vida en que jamás
á decir verdad creí.*

Todavía protestan los otros espantados:

*Don Juan, eso no es valor.
Locura, delirio es.*

Y don Juan, cediéndoles el paso y dirigiéndose nuevamente á la efigie de don Gonzalo, termina la polémica:

*Como lo juzguéis mejor;
yo cumplo así. Vamos, pues.
¡Lo dicho, Comendador!*

Y todos tres abandonan bulliciosamente el camposanto...

DIEGO SAN JOSE

(Dibujos de Echea)



Elegancias



Vestido de lanilla inglesa, con guarnición de piel de nutria

Abriego de terciopelo color «beige», con piel de bisón

Dos trajes de paseo: uno en «crêpe satin» negro y otro en «popelin» azul



Vestido de «crêpe marocain» color verde seco, con lazos de seda negra



Vestido de «crêpe satin» estampado, con una corbata de cinta de seda

LA moda masculina puede decirse que no ha sufrido cambio alguno, con respecto á la del pasado invierno.

Los colores azul marino y marrón oscuro se estabilizan, habiendo desaparecido por completo esos tonos absurdos que por un momento causaron sensación y fueron adoptados sin tener en cuenta su fealdad. Nos referimos á esos paños color ladrillo, lila, violeta, almendra claro, etc., de tan pésimo gusto.

Hoy, por fortuna, imperan los tonos neutros, que son los preferidos siempre por un hombre *chic*.

En los abrigos de mucho poner se emplean tejidos ingleses de dibujo grande; confeccionadas estas prendas en estilo deportivo, con ancha tabla en la espalda, grandes solapas y trabilla, resultan muy elegantes.

Para los abrigos de más vestir se usa el estambre en azul marino, gris oscuro y marrón. Impera en estas prendas la línea recta, con una sola fila de botones. Para los abrigos que se llevan sobre los trajes de etiqueta vuelven las grandes solapas de seda.

En los trajes para la mañana se emplean tejidos con trama en uno ó diversos colores, formando anchas rayas hechas con menudas filaturas. En esa clase de trajes, los colores no son oscuros, sino todo lo contrario, bastante claros, pero en gamas discretas dignas de los hombres que saben vestir: tonos grises, *beiges* tostados, azules y marrones claros, propios para el trabajo y el deporte, y en perfecta consonancia con el abrigo deportivo y demás detalles de la *toilette*.

Entre estos detalles complementarios, la corbata, la camisa, la botonadura tienen una gran importancia, y su elección requiere el mejor gusto.

En el aspecto deportivo, el arte de vestir tiene para el hombre serias dificultades, pues hay que adoptar trajes de línea perfecta que se ajusten al *sport* que se cultiva, y esto requiere detenido estudio.

Para practicar el *golf*, por ejemplo, hay un modelo elegantísimo. El pantalón hasta la rodilla, la media de punto inglés, el *sweater* de antílope y la gorra de amplia visera.

Para el polo, pantalón blanco, bota de montar de charol y *jersey* de punto, en el color del equipo.

ANGELITA NARDI

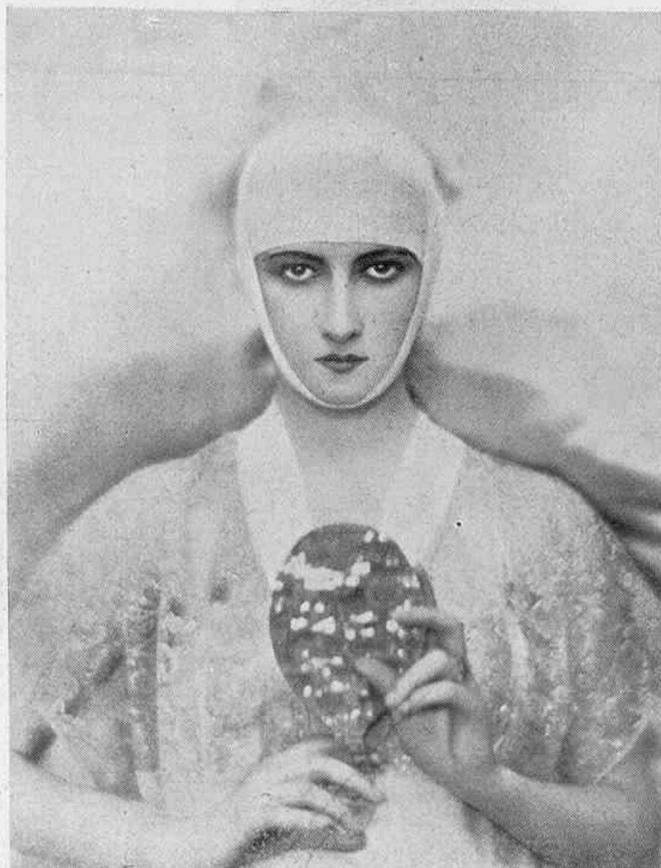
MIRE USTED EN EL ESPEJO MAS PRECIOSO SU "YO" *dice Elizabeth Arden*

LA antigua diosa japonesa del sol estaba enfadada. Se retiró á una gruta y dejó el cielo obscurecido.

No abandonó su retiro hasta que otros dioses decidieron crear el primer espejo. Venció la curiosidad y la diosa salió para verse á sí misma, resplandeciendo nuevamente el maravilloso cielo en el Japón antiguo y la diosa exclamó: «Fuji Todopoderoso, ¿por qué no me has dicho nunca que mi nariz brilla?»

Ninguna mujer bien cuidada según el método de Elizabeth Arden, tendrá que dejar que su nariz brille. Esto no es debido á que el «brillo» haya desaparecido debajo de los polvos.

Es debido á que por medio del tratamiento regular de Miss Arden, la piel adquiere un estado de absoluta salud y es mantenida sana por los preparados que á este fin fueron creados por la propia Miss Arden. Siguiendo este tratamiento,



Confíe usted en Elizabeth Arden y no tendrá que temer á ningún espejo

el cutis se vuelve tan claro y fino como en un principio ha sido creado por la naturaleza.

Si usted no tiene ocasión de visitar uno de sus modernos Salones, Miss Arden gus-

tosa le mandará gratis el librito «En pos de la belleza». Este pequeño libro le enseñará cómo podrá usted cuidar su cutis para que aparezca con insuperable frescura, cómo usted puede fortalecer su cutis, hacerlo liso y quitar las arrugas.

Siguiendo paso á paso este tratamiento puede usted tener la certeza que no sólo cada etapa del mismo ha sido llevada á tal perfección por la propia Miss Arden, sino que Miss Arden personalmente ha empleado cada preparado antes y que aún vigila con el mayor cuidado la elaboración.

Se dice que en el Japón existen espejos mágicos. Los espejos de Elizabeth Arden han visto muchos cambios que parecen mágicos.

También el espejo de usted será un espejo encantado cuando usted haya aprendido á emplear los preparados de Elizabeth Arden, que con tanto cuidado y comprensión científica han sido elaborados.

CREMA LIMPIADORA (CLEANSING CREAM)

Se disuelve al calor de la piel, penetrando profundamente en los poros, y elimina las impurezas. Deja el cutis liso y terso.—Ptas. 8.—/15.—

TONICO ARDENA PARA EL CUTIS (ARDENA SKIN TONIC)

Pone terso el cutis, dándole suave firmeza y aclarándolo. Se aplica con la Crema Limpiadora y después de ella.—Ptas. 9.—/22.—

CREMA VELVA (VELVA CREAM)

Suavísima crema para los cutis delicados. Muy indicada también para caras llenas, pues da al cutis una nota delicada sin producir grasa.—Ptas. 8.—/15.—

ALIMENTO ORANGE PARA LA PIEL (ORANGE SKIN FOOD)

Corrige los surcos y arrugas y da al cutis una apariencia lozana y cuidada.—Ptas. 8.—/12.—

POLVOS ARDENA (ARDENA POWDER)

Finísimos polvos delicadamente perfumados, que responden á las más refinadas exigencias. Existen los siguientes matices: Ardena, Rachel, Ocre, Blanco, Minerva, Plátano, Amande verde, Lila, Mate foncé, Rosetta - Bronce claro, mediano y oscuro.—Ptas. 20.—

ASTRINGENTE ESPECIAL (SPECIAL ASTRINGENT)

Reafirma la piel de las mejillas y del cuello. Fortifica las células y da elasticidad á los músculos.—Ptas. 16.—

ACEITE PARA LOS MUSCULOS (MUSCLE OIL)

Es un aceite de admirables propiedades nutritivas, que quita las arrugas y devuelve el vigor á los músculos faciales.—Ptas. 6.50/14.—

CREMA PARA LAS ARRUGAS (ANTI-WRINKLE CREAM)

Rellena las pequeñas arrugas y surcos del rostro, suavizando y afirmando el cutis. Excelente para el tratamiento de la tarde en su propio tocador.—Ptas. 7.—/21.—

CREMA PARA LOS POROS (PORE CREAM)

Una crema astringente y sin grasa que cierra los poros, evitando así la flacidez de la piel. Antes de acostarse, aplíquese sobre los poros gruesos.—Ptas. 8.—

LOCION PARA LOS OJOS (EYE LOTION)

Se aplica por la mañana y por la noche para lavar y refrescar los ojos mediante una ojera.—Ptas. 12.50.

CREMA PARA LOS OJOS (EYE CREAM)

Rellena las arrugas y surcos de las ojeras y sienas. Es recomendable dejar una ligera capa durante la noche.—Ptas. 10.—

Los preparados de Elizabeth Arden se encuentran en los mejores y más elegantes establecimientos de España, Portugal y del mundo entero.

ELIZABETH ARDEN

691 FIFTH AVENUE NEW YORK

ELIZABETH ARDEN, S. A.

MADRID CALLE DE ALCALÁ 71

LONDON

PARIS

BERLIN

ROMA

(Reproducción reservada)



Cuadro representando los efectos desastrosos del excesivo ruido en los ciudadanos de las grandes capitales
(Fot. Agencia Gráfica)

UNA EXPOSICIÓN DE HIGIENE LOS PELIGROS DEL RUIDO

LA Humanidad tiene, evidentemente, una extraordinaria fuerza de adaptación, y gracias á ella vive y perdura. Los higienistas no suelen tener en cuenta ese poder, y á veces se equivocan en sus predicciones por olvidarle.

En realidad, si resucitase ahora un pacífico ciudadano de los que vivieron hace cien años, es muy posible que se muriera de repente, ó, por lo menos, que no pudiese resistir mucho tiempo á la agitación de la vida actual; pero á esa agitación no se ha llegado súbitamente, *per saltum*, como dicen los naturalistas, sino paulatinamente, evolucionando, y el hombre ha podido seguir esa evolución, evolucionar sincrónicamente y llegar al momento actual suficientemente adaptado para que la excesiva velocidad y el excesivo ruido de la vida que se ve forzado á hacer no le sean fatales.

El peligro, actualmente, es sólo amenazador para los que súbitamente, sin la preparación nerviosa, automática, indispensable, se ven trasladados de una vida campesina absolutamente tranquila, á la vida urbana, con todas sus complicaciones.

Pero, aun en ese caso, la vida nueva no tiene tan inminente peligro, ó le tiene sólo en contados casos, porque son pocos los que hacen el cambio en condiciones apropiadas para ser víctimas, desde el primer día, de los ruidos ciudadanos.

En la Exposición de Higiene de los Nervios, celebrada recientemente en Berlín, se ha exhibido un cuadro en que se trata de representar los efectos desastrosos del excesivo ruido sobre los nervios de los míseros mortales.

No todos los ruidos que figuran en el cuadro afectan por igual, como puede verse con sólo examinarlos á todos. Algunos, además, han sido

suprimidos ya en muchas capitales, y por eso el autor del cuadro ha necesitado poner en juego muy intensamente su imaginación para pintar figuras en momentos de exaltación nerviosa, exacerbada hasta el paroxismo.

Sería curioso tener una estadística bien hecha de la evolución de la neurastenia durante un siglo, y probablemente se sacaría como consecuencia, que si tuvo un primer período de exacerbación, después ha disminuído el número de casos; y, en definitiva, los que perduran están más en relación con las ocupaciones ó las diversiones de cada individuo, que con las que pudiéramos denominar normas generales de vida.

No huelgan, sin embargo, esos terroríficos cuadros con que los higienistas pretenden convencernos de que debemos poner freno á nuestra velocidad y sordina á nuestras estridencias sonoras: por mucha que sea ya la resistencia del hombre actual, en determinadas circunstancias, esa resistencia puede resultar amenguada, y para atender á esa contingencia, ninguna precaución es excesiva.

Hay, por otra parte, sujetos en que, por excesivo desgaste nervioso ancestral ó por otras causas menos generalmente propias, no tienen esa capacidad primitiva de adaptación: éstos resultan, finalmente, inadaptables al medio social en que la época les obliga á vivir en las grandes ciudades, y de esa inadaptación resultan las diversas formas de parasitismo social, que además, y como germen, han de producir nuevas generaciones igualmente parasitarias; es decir, generaciones que habrán de vivir igualmente del trabajo ajeno, usufructuando sus productos mediante el hurto, la mendicidad, etc.

En este sentido, la Exposición de higiene nerviosa es, al mismo tiempo, una exposición de

higiene social, que interesa, tanto como á los médicos, á los sociólogos.

La vida social, efectivamente, tiene una serie de exigencias que es imposible desatender; y como sería absurdo pretender desatenderlas para adaptarlas á las necesidades de un número relativamente mínimo de inadaptables, en los Estados Unidos primero, y en otros países, muy singularmente en Suiza, después, se ha llegado á soluciones de última y definitiva violencia, que pugnan con los sentimientos de la generalidad de nuestros compatriotas, para evitar que el mal se propague.

Los yanquis, ante esos casos, han llegado á un criterio que expresan con la fórmula concisa: «adaptación ó eliminación». Cuando un individuo no tiene capacidad adaptativa para un medio determinado, le llevan, ó le hacen ir, á otro menos exigente (á un medio rural, por ejemplo), eliminándole así del urbano, para que carezca de posibilidades; y, en último extremo, cuando la inadaptación es extrema y, por añadidura, resulta dañosa para la sociedad, llevan la eliminación al más cruento de los extremos, considerando siempre el perjuicio individual, por grave que sea, menos interesante que el social.

Pero, lo repetimos, esos casos no son, ni con mucho, los más frecuentes, y, en general, los preceptos de higiene de los nervios interesan más á los que abusan, que á los simplemente usufructuarios de la vida. Para éstos hay aún en las grandes ciudades muchos ruidos que pueden llegar á ser peligrosos; pero hay otros que jamás oirán. El peligro, pues, resulta infinitamente menor. Por otra parte, ¿quién podría medir de un modo general la peligrosidad de un ruido?

¿No fué á uno de los Goncourt al que molesta-
ba horriblemente el canto de un pájaro?

**Una curiosa
ceremonia ostrícola**



Colchester, la laboriosa ciudad inglesa del condado de Essex, aunque no es precisamente una localidad marítima, porque se halla á once kilómetros de la costa, presenta la particularidad de obtener grandes beneficios de sus parques de ostras, explotados por la Compañía *Colne Fisheries*, que surte del apetitoso molusco á los principales mercados del país.

Ahora bien; de los criaderos de Colchester, situados en la desembocadura del río Colne en el mar, no sale una sola ostra sin permiso del Municipio. Y esa autorización no se otorga hasta la fecha justa de la terminación de la veda. Cuando llega el momento, se rodea la concesión del permiso de cierto aparato protocolario, que al mismo tiempo que satisfaga la vanidad de las ostras destinadas al sacrificio, deje bien confirmado el respeto á las viejas tradiciones británicas. La *season ostrícola* se señala por la asistencia del Municipio en pleno al parque de las *Colne Fisheries*. El alcalde, su adjunto y el principal macero, ataviados con el indumento de gran ceremonia, pescan las primeras víctimas de la temporada y se las comen aliñadas con sus correspondientes gotitas de limón, declarando luego ante los buenos vecinos de Colchester que queda levantada la prohibición legal del consumo del molusco.

Libros nuevos

Hemos recibido tres números de la popular y prestigiosa revista *Los Poetas*, en los que recogen los mejores versos de Cervantes, Quevedo y Joaquín Dicenta, con sendos y respectivos prólogos de Ortiz de Pinedo, Luis de Oteyza y Fernando Castán Palomar.

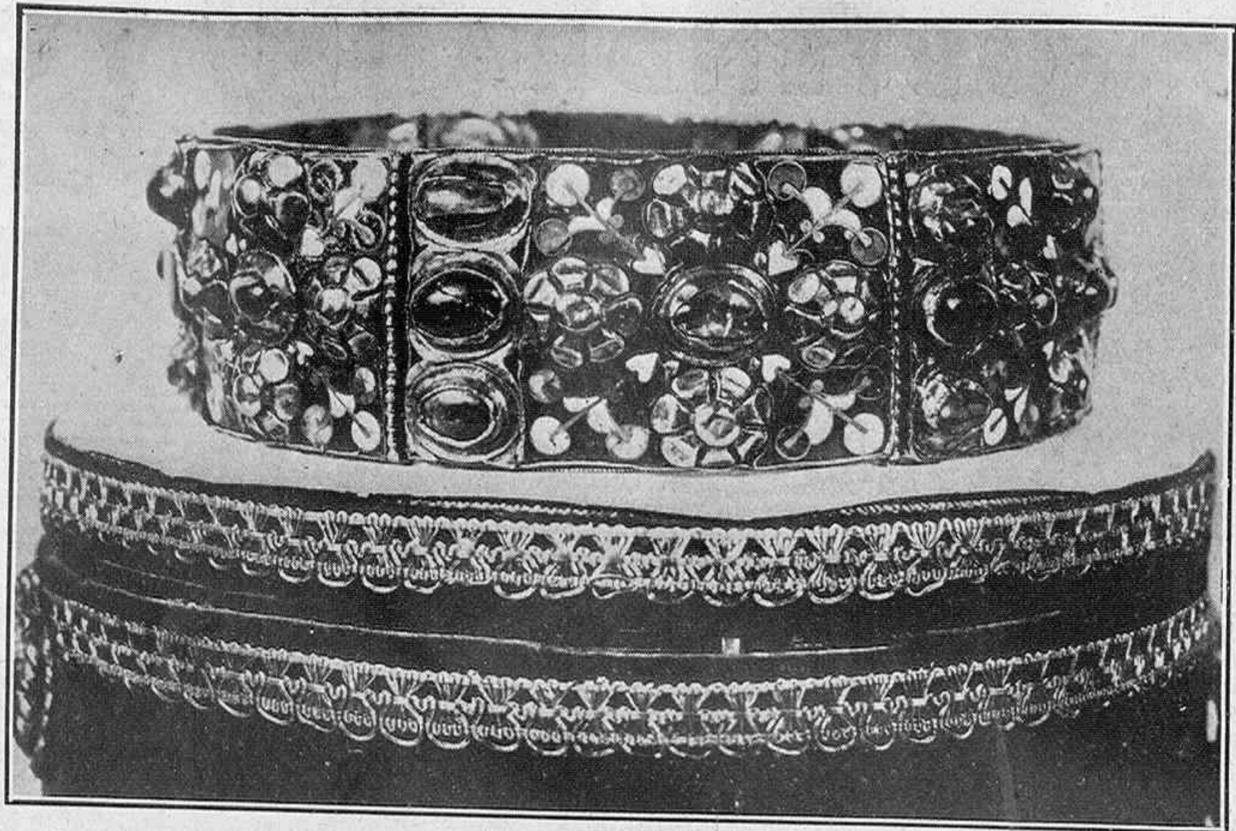
—La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, firme en su propósito de propagar las firmas más populares y valiosas de la contemporánea literatura, acaba de hacer nuevas ediciones de las tres obras teatrales que más justa fama dieron á Alfonso Vidal y Planas: *Santa Isabel de Ceres*, *Los gorriones del Prado*, *La virgen del infierno*, de cuyas obras todos los críticos emitieron á su tiempo sendos elogios.

—*Sangre de claveles*, por Federico de Mendizábal.

He aquí un libro de versos llenos de color y matices, de diafanidad y de luces, como encendidos bajo el azul del cielo sevillano. Ya en *Eco de siglos*, Federico Mendizábal se nos manifestó como un poeta fácil, notabilísimo, y entonces como ahora, que hace vibrar su lira con temas de honda raigambre hispana. *La Giralda*, *Zambra* y ocho ó diez sonetos, como magistrales pinceladas de *La Corrida*, garantizan con el presente libro á tan notable poeta.

—*Sola y única*, novela, por Elpidio de Mier. Al fonso Camín, ese excelente poeta de nuestra literatura, dice en un interesante prólogo, tras de trazar la romántica silueta de este asiduo colaborador de nuestras Revistas, que *Sola y única*, novela descriptiva de arte y belleza, es directa consecuencia de ideas del gran místico, que, en vez de conocer la vida á los quince años de ala, pasó treinta bien cumplidos mientras Dios y el diablo discutían cosas imposibles».

La corona de hierro de Monza



Un periódico italiano recoge el rumor de que, como nueva prueba de las buenas relaciones entre el Vaticano y el Quirinal, no sería difícil que el Papa realizase, en una fecha próxima, la ceremonia tradicional de imponer sobre la cabeza del Rey de Italia la histórica *corona de hierro* de Monza, que usó Napoleón al coronarse emperador en la Catedral de Nuestra Señora, de París, en 1805.

Entre las coronas bizantinas que se conservan, ofrece especial interés arqueológico esta de Monza, perteneciente al tesoro de la Catedral. Según

la tradición, fué donada por la reina lombarda Teodolinda (muerta en 625) á la iglesia de San Juan, de Monza. La costumbre de suspender coronas de orfebrería en las iglesias y sobre el altar mayor data de los siglos IV al VI, y fué practicada tanto en Oriente como en Occidente. Del centro de estas coronas, llamadas votivas, pendía una cruz ó una lámpara. A esta clase de coronas debieron pertenecer las góticas del famoso tesoro de Guarrazar.

Contra lo que afirma la tradición, la *corona de hierro*, de Monza, es evidentemente bizantina. Consiste en un arco de oro dividido en seis placas, unidas por goznes y esmaltadas de verde, con filete de oro y con placas rojas, azules y blancas. Por la parte interna tiene un arco de hierro, que, según la tradición, fué forjado con un clavo de la Pasión.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL.
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

EL CABILDO DE CANARIAS Y «LA ESFERA»

Un acuerdo muy grato

EL presidente del Cabildo canario, D. Eduardo Rodríguez, nos comunica telegráficamente un acuerdo de aquella ilustre Corporación que nos honra en extremo: la satisfacción con que ha sido acogida una información acerca de aquel bellissimo archipiélago, publicada en LA ESFERA.

El telegrama dice así:

«Enterada Corporación magnífico trabajo ilustrado Casas Pérez sobre esta isla, inserto en el número veintiocho Septiembre último en la valiosa revista que tan acertadamente dirige, el Cabildo insular, en sesión del veintidós del actual, acordó participar á usted su agradecimiento por tal distinción y encargar á su representante en esta cien ejemplares de la citada revista. Salúdale atentamente presidente Cabildo Eduardo Rodríguez.»

Estimamos en lo muchísimo que vale la manifestación del Cabildo canario, y á nuestra vez la agradecemos muy intensamente.

Ella nos obliga á perseverar en nuestro constante propósito de exaltar á las regiones de España que tanto lo merecen.

**Al levantarse
póngase
CREMA HINDS**



La Crema Hinds al levantarse le sirve como base para que el polvo adhiera pa-rejo y bien.



Durante las horas de labores, en la oficina o en la casa, úsese la Crema Hinds para conservar los dedos suaves, las manos tersas y blancas.



Por la noche, al acostarse un ligero masaje con Crema Hinds devuelve al cutis su tersura y suavidad.



**y al
acostarse
CREMA HINDS
póngase**

OBTENDRA MAYOR RENDIMIENTO DE SU



GASOLINA

Los automovilistas cada vez exigen más y más a sus motores — Sin embargo, un motor de alta compresión no solía funcionar satisfactoriamente con combustibles corrientes—Este era el problema que se le presentó a Chrysler. Chrysler lo solucionó con su maravilloso motor “Silver Dome.” El “Silver Dome” produce la potencia de un motor de alta compresión.

Y funciona suave y silenciosamente con combustibles corrientes. Tiene una culata de modelo especial. Y cuando el gas producido por combustibles corrientes pasa a los cilindros, la culata “Silver Dome” hace que este gas se arremoline dentro del cilindro. Luego viene la chispa. El gas que está girando se quema por igual, rápidamente, totalmente, obteniéndose su máximo rendimiento. Haciendo que su Chrysler corone a gran velocidad la mas larga pendiente. Proporcionándole una aceleración instantánea que le facilitará el conducir entre el tráfico.



CHRYSLER

Tres magnificas series de 6 cilindros—el Chrysler Imperial, el Chrysler 75, el Chrysler 65. Automóviles Chrysler de todos precios y tipos. Vea los modelos en el Salón de Exposición del Concesionario. Escriba pidiendo catálogos.

AGENCIA EXCLUSIVA PARA ESPAÑA : S.E.I.D.A. (S.A.) FERNANFLOR 2, PISO 1º, MADRID
VENTA AL PUBLICO : AVENIDA DE PI Y MARGALL 14

Chrysler Motors, Detroit, Michigan